

BIBLIOTECA HISPANO-AMERICANA.

NOVELAS

DE

ALEJANDRO MAGARINÓS CERVANTES:

CARAMURÚ,

NOVELA HISTORICA ORIGINAL;

LA VIDA POR UN CAPRICHÓ,

EPISODIO DE LA CONQUISTA DEL RIO DE LA PLATA.

CUARTA EDICION.

Teodomiro Real y Prado, Editor.

BUENOS AIRES.

Imprenta del Orden, Victoria 203—Libreria de Real y Prado, Bolivar 77.

1865.



INTRODUCCION.

Sr. D. Alejandro Magariños Cervantes.

Mi estimado amigo: La lectura de su *Caramurú* me ha proporcionado la satisfaccion de ver cumplido un deseo que hace tiempo tenia: y era que alguno intentase sacar provecho de los infinitos portentos naturales de América y de las interesantes costumbres de sus habitantes para la composicion de la novela descriptiva ó de carácter, á que tan adecuada y admirablemente se prestan las unas y los otros, sin mas trabajo por parte del autor que ver bien lo que á su vista se ofrece, y pintar con naturalidad y sóbrio gusto lo que ha visto; trabajo grande, atento que pocas cosas puede haber mas dificiles que trasladar al papel con el imperfecto y limitado instrumento de las lenguas lo que el corazon y la mente, instrumentos menos limitados é imperfectos de la sensibilidad y de la inteligencia, tienen las mas veces por superior á sus fuerzas, pero para el cual son comunmente aptos los que han visto la luz en aquellas sorprendentes regiones; mayormente si á las congénitas dotes del cuerpo y del alma, que deben á su pródigo cielo, han sabido unir las que solo pueden adquirirse por medio del estudio y del libre ejercicio de una razon sana y vigorosa.

Muchos y recientes ensayos, de que aqui, por desgracia se tiene escasa noticia, ó se hace poco aprecio, prueban que la juventud americana empieza á conocer los grandes recursos que ofrece su pais á la poesia de todos géneros, y con especialidad á la lirica, en que tanto han sobresalido Olmedo, Bello, Plácido y Heredia; y á la popular ó de romances que Echeverria y otros paisanos de V. cultivan felicisimamente hoy dia. Y, sin embargo, *Caramurú* es el primer trabajo de su especie que he visto hecho por un americano, siendo asi que (á lo menos en mi sentir) hay de presente para la novela en América mas rica mina de materiales que para cualquiera otra obra de literatura: aserto de todo punto evidente para cuantos han estudiado la historia de las repúblicas americanas, y que, considerando á estas á cierta luz, y en ciertos determinados aspectos, reconocen de cuanta utilidad pueden y deben ser para la fábula el portento de su descubrimiento y conquista; la vida casi monástica de sus hijos en el dilatado período de su union con la madre patria; las sorprendentes peripecias de su guerra de independencia; y, lo que es mas, la lucha permanente de sus razas, y la misteriosa progresiva marcha de ellas hácia la unidad de legislacion, costumbres y naturaleza.

Repito, pues, que me alegro de ver seguir á V. un camino, en mi concepto llano, y cuanto llano y descampado, ameno y deleitoso. Si por ventura, y como yo lo espero, lo recorre V. con felicidad y gloria, la patria natural le agradecerá el lustre que dé á su nombre y á sus cosas; y la adoptiva el presente de las novelas en que le ofrezca la pintura de aquellas bajo la forma mas agradable que ha dado el ingenio humano al maravilloso arte de la palabra escrita.

Soy su afectísimo amigo.

R. MARIA BARALT.

CRITICA LITERARIA.



CARAMURU (1)

NOVELA ORIGINAL DE D. ALEJANDRO MAGARIÑOS CERVANTES.

En medio del infortunio que hoy pesa sobre la noble raza española en la mitad del continente americano; en medio de las contiendas civiles que lo devastan y ensangrientan; en medio de esa eterna lucha que, como el fénix de la fábula, renace de sus propias cenizas, y lleva en pos de sí la desolacion y la muerte, es grato para el que ha visto la luz del sol bajo su espléndido cielo, oír de vez en cuando un eco perdido, una voz melancólica y doliente que evoque con los recuerdos de la infancia el dulce recuerdo de la patria. Es grato para el que desde las remotas playas de la Europa sigue la marcha de la inteligencia en el hemisferio de Colon, divisar al través de tanta oscuridad, algun fugitivo destello que ilumine, aunque sea por breves instantes, la negra noche

(1) Publicamos con el mayor gusto el siguiente juicio crítico que el Sr. Orgaz nos ha remitido acerca de la primera novela del Sr. Magariños. Nuestro amigo el Sr. Orgaz, como americano y escritor ventajosamente conocido, es sin duda una de las personas mas competentes en Madrid para juzgar las producciones hispano-americanas que revisten el carácter de *Curamurú* y *La Vida por un capricho*.—Nota del Editor, en la 2.^a edicion de esta novela hecha en Madrid por la Biblioteca del *Siglo* en 1850; que es la que nos sirve para la presente con algunas ligeras correcciones del autor.

que va atravesando. Muy grato y consolador es para el literato que comprende las dificultades inmensas que todavía por muchos años se opondrán en el nuevo mundo al desarrollo de la inteligencia, y con las que hoy tienen que luchar los que, con mas ó menos talento, con mas ó menos fortuna, se sienten llamados á la grande obra de crear una literatura propia, americana, que refleje su virgen, sin igual naturaleza; que pinte sus dolores, sus costumbres, sus creencias, sus necesidades; que armonice el pasado con el presente; que se eleve al porvenir en brazos de la Providencia, y creyendo ciegamente en ella y en la libertad, fecundice y busque sus inspiraciones en la democracia... Es muy grato, muy consolador, repetimos, para nosotros los americanos, los hijos desventurados de aquella tierra desventurada, al mas débil rumor que modula su nombre, á la mas débil lucecilla que asoma en su pálido horizonte, prestar el oido, volver con ansia los ojos y tender una mano amiga al poeta ó al escritor que ofrece trasladarnos, y nos traslada con la imaginacion á nuestro perdido paraíso.

Hé aquí las reflexiones que nos saltaron al leer las primeras páginas de la novela del Sr. Magariños Cervantes, escritor americano, ya ventajosamente conocido en su patria y en las repúblicas vecinas.

Sin dar á este trabajo mas importancia que la que debe tener, considerado como novela, y examinándolo únicamente bajo ese punto de vista, creemos que se recomienda y que honra á su autor por mas de un título. Juzgamos que aparte de algunos ligeros defectos, que el Sr. Magariños Cervantes corregirá por poco que lo desee con empeño, este trabajo revela en él dotes no comunes; y como somos enemigos de sentar ninguna proposicion sin probarla, y como, por otra parte, deseamos poner en relieve lo que dejamos consignado

mas arriba, en pro del arte y de nuestros jóvenes compatriotas, haremos un breve análisis del argumento, del carácter de los personajes, de la acción dramática, de la trama, y, en fin, del espíritu y tendencias del libro que nos ocupa.

Antes de pasar adelante creemos conveniente trasladar algunos párrafos de un concienzudo artículo del apocribado y joven escritor D. Antonio Cánovas del Castillo. He aquí como se expresaba al hacer la crítica de la *Estrella del Sud*, otra novela del Sr. Magariños Cervantes, inferior á la presente:

«Magariños es de los jóvenes escritores americanos el que pone mas color local en sus obras: acaso el que lleva mas fé patriótica en el corazon: acaso tambien el que mas se deja arrastrar de los vicios de la sociedad en que ha vivido, por lo mismo que sabe retratarla bien, y comprende como pocos las bellezas poéticas que ella encierra.»

Y mas adelante, indagando con suma sagacidad el origen de sus defectos, que encuentra en el desquicio social y en la vida fatigosa que arrastran aquellos pueblos en las fértiles y malhadadas orillas del Plata y en las cuevas riquísimas de los Andes, añade el Sr. Cánovas:

«¿Qué podia hacer un joven de veinte años, en cuya frente ardía la inspiracion, cuya alma se levantaba á la noble ambicion de la gloria, del amor íntimo de la patria y del fanatismo por el vago eco de la libertad? ¿Qué podia hacer, decimos, Magariños Cervantes en medio de ese torrente desbordado, de tanta tiniobla por un lado, de tan sinistros resplandores por otro? Nada mas que marchar al frente del movimiento, ya que detenerlo no estaba en su mano: no otra cosa que dejar sembrada su carrera de admirables rasgos de ingenio, de pensamientos originales, de gotas de fé, de relámpagos de esperanzas: únicamente escribir *La Estrella del Sud* y las *Brisas del Plata*.

«Ya lo dejamos dicho en otro párrafo: ese joven escritor tiene talento, instruccion y entusiasmo; imaginacion encendida en el sol de las *pampas*, y la pólvora siempre humeante de los cañones de Rosas; espíritu incierto que se eleva y vaga entre mil reminiscencias diversas y entre mil principios contradictorios; buen hijo, en fin, de esa América desgraciada, sigue el torrente que le señalan su patria y su siglo, sin pensar en otra cosa que en caminar delante de ellos.»

Veamos ahora si este juicio del Sr. Cánovas se encuentra confirmado en la presente novela.

La época en que el autor coloca la accion no puede ser mas dramática y nacional. El país arrebatado á la dominacion española por Artigas y sus compañeros, enflaquecido por la guerra civil y la anarquía, acaba de ser incorporado al imperio del Brasil. Las ciudades, divididas en banderías y parcialidades, siguen el movimiento general, y de grado ó por fuerza, se adhieren al nuevo órden de cosas. Las campañas solamente resisten, las hordas pastoras, el elemento semi-salvaje cuyos instintos bélicos é ingénito amor á la independencia ha despertado la lucha con la madre patria, protesta y se levanta contra el usurpador. Oscuros guerrilleros, caudillos sin nombres salidos de sus filas se ponen al frente del movimiento, y se atreven á desafiar el poder colosal de D. Juan VI primero, y luego de su sucesor, el esforzado D. Pedro de Braganza. Débiles en número, pero fuertes y enaltecidos por el santo amor de la patria, combaten con desesperado aliento. Vencidos mil veces, acosados en todas direcciones, puestos fuera de la ley, no desmayan por eso. Puede decirse de ellos lo que Byron decia de los españoles de 1808:

“Back to the struggle, baffled in the strife, ”

“War, War is still the cry, War even to the knife!”

La proscripcion, la miseria, el cadalso no les intimidan.

; *Viva la patria!* repiten á cada ^{vez} nuevo desastre, y así luchan y reluchan por espacio de doce años contra sus opresores, hasta arrebatárles su presa.

Amaro es el tipo que ha escogido el Sr. Magariños Cervantes para idealizar cuanto hay de noble y grande en esa resistencia heroica. *Gaucho*, intrépido, valiente, generoso, fanático por la libertad, con mas corazon que cabeza, dejándose llevar siempre de sus primeros impulsos; espíritu indómito, nacido con todas las dotes necesarias para salir de la esfera humilde en que la suerte le ha colocado; voluntad de hierro, que se estrella contra los obstáculos ó los anonada: Amaro simboliza al hombre de las soledades americanas, que, sin tener los vicios de la civilizacion, reúne á muchas de sus ventajas la primitiva espontaneidad que engendran costumbres, hábitos é ideas mas en armonia con la naturaleza, y que permiten se desarrollen con mas vehemencia los afectos que nacen del corazon. Por eso nos inspira tanto interés: disculpamos sus errores; simpatizamos con sus esfuerzos, y anhelamos verle salir triunfante de los multiplicados peligros que le rodean.

La necesidad de concretar nuestras observaciones á un círculo muy limitado, no nos permiten estendernos como deseáramos sobre los demas caracteres. Diremos, no obstante, que el de Lia nos ha parecido bello é interesante; bien sostenidos los del conde y D. Carlos; perfectamente bosquejados los del *Cambueta* y *Tapalquem*; débiles, comparados con los anteriores los de doña Petra y el del comerciante brasileño.

La accion dramática que nace del choque de estos encontrados caracteres lleva al lector agradablemente entretenido de capítulo en capítulo hasta el fin de la obra. Amaro, impetuoso, ardiente, loco de amores, dominado por una idea fija, la salvacion de su patria, hace aparecer mas tierna, mas

apasionada, mas pura y candorosa á Lia, *ángel de trece primaveras, que rayaba apenas en esa edad dichosa en que la infancia se confunde con la pubertad, y en que la fisonomía refleja la candidez del adolescente y los hechizos de la mujer; Lia, cuya belleza, sin haberse desarrollado del todo, producía esa magnética influencia, ese vago é indefinible embeleso que atrae las miradas de los hombres y les obliga á volver involuntariamente la cabeza, si pasa por delante de ellos, para seguirla con la vista como á una aparición ideal como el trasunto de la mujer que se han forjado en sus ensueños de amor y poesía.*

La hidalguía y generosidad de Amaro, que deja ir libre dos veces á su rival cuando le basta una palabra para deshacerse de él, contrastan con el odio que le profesa el conde, prometido esposo de Lia: y el carácter tímido del comerciante D. Nereo, que pudiendo salvar á su hermano con una palabra, no se atreve á pronunciarla por temor de incurrir en su enojo: la bondad extrema de D. Carlos, que perdona á Amaro el rapto de su hija, y le abraza apenas descubre quién es; la astucia del *Cambueta*, la leal amistad de aquel feroz cacique ante quién todos tiemblan, y que compromete su poder y su vida por retribuir al caudillo patriota los favores que le debe, aumentan el interes de la narracion por grados y nada dejan que desear. La trama que eslabona unos acontecimientos con otros está bien urdida: el estilo es fácil, vehemente, rico de imágenes y sentimiento. Hubiéramos deseado, sin embargo, que á veces el autor hubiese limado mas algunos períodos y les hubiese dado un giro mas castizo. Se conoce que escribe con gran facilidad, y que suele abusar de esa ventaja.

Pero donde mas campea la rica imaginacion del Sr. Margaritos Cervantes es en las descripciones y episodios locales, y en el colorido especial con que sabe engalanarlos. Hay algunas descripciones escritas con las tintas de la inspiracion

poética. Citaremos entre otras, las de los capítulos I, X y XII. Los episodios que se refieren á América participan en general de las mismas cualidades, y son sin disputa lo mejor que hay en la novela. El combate del *enchalecador* con Amaro en la *pulperia*; la escena del *Yacaré*; el robo del caballo; la entrevista con el *Cambueta*; el cuadro de las carreras, y algunos otros que no recordamos, pertenecen á un género nuevo, característico, especialísimo, al que desearíamos se dedicasen con preferencia nuestros jóvenes compatriotas, convencidos como estamos de que para las obras de la imaginación solo en el estudio de nuestra naturaleza, de nuestras costumbres nacionales, en el de la vida de nuestros campos, sorprendiendo en el fondo de los bosques la lucha de la civilización con la barbarie, y de la inteligencia con la materia; lejos, en fin, del círculo de ideas en que se ha educado el espíritu europeo, conseguirán imprimir á sus producciones un sello de originalidad y vida que les asigne un puesto distinguido, no solo en la naciente literatura americana, si no también en la europea.

En este concepto el autor de *Caramuru* merece todos nuestros elogios. En el género que él cultiva no conocemos en prosa ninguna producción de los escritores hispano-americanos que revista el carácter de las suyas. Bello, Olmedo, Echeverría, y Abigail Lozano, han escrito bellísimas composiciones en verso, destinadas principalmente á describir los accidentes físicos del suelo. El joven poeta del Uruguay aspira á penetrar en la vida íntima del pueblo hispano-americano, á marchar por una senda no explorada por nadie todavía, sin que le arredren los obstáculos ni desconozca las dificultades que tendrá que vencer, y el escaso premio que tal vez aguarda á sus laudables esfuerzos, como él mismo indica en una de sus composiciones poéticas :

"Es muy largo el camino y no trillado,
 La realidad difícil cuanto hermosa,
 Doblados los obstáculos y grande
 La constancia y tesón de cada hora ;
 Pero no importa : ¡trabajar debemos
 Sin esperanza de adquirir mas gloria
 Que arrojar á las plantas de la patria
 Aunque sea en silencio una hoja sola ;
 Que tal vez algún géneo se levante,
 Y con esas humildes, pobres hojas,
 En las siénes de América triunfante
 Una guirnalda americana ponga!"

En cuanto al espíritu y tendencias de esta novela, creemos que el Sr. Magariños Cervantes llena cumplidamente el principal objeto que deben proponerse los escritores americanos hasta en las obras de mero pasatiempo, y que acaso son las que mas influencia ejercen en las creencias populares, por cuanto son las que mas se leen. El amor á la patria, la pureza en los afectos, la recompensa de la virtud, resaltan en su libro. Amaro, que había jurado morir ó libertar al suelo que le vió nacer; Amaro, que perdona por dos veces á su rival, pudiendo impunemente deshacerse de él; Amaro, que pudo abusar de la inocencia y del cariño de Lia; Lia que, arrancada contra su voluntad del hogar paterno, supo conservar la flor de su honestidad, aun en medio del *vértigo* de su pasión, reciben al fin el premio que merecen. El lector asiste con melancólico placer á la patética escena con que finaliza su historia y sus amores, cuando el conde, herido de muerte por la mano de la Providencia, une sus diestrás, pronuncia algunas palabras, y espira en brazos de los dos amantes, que le ruegan ¡ay, en vano! que viva para coronar su ventura.

Tal es la novela del Sr. Magariños: la hemos juzgado tal como la comprendemos, y si este artículo no fuese ya tan extenso y nuestras ocupaciones nos lo consintiesen, con gusto

hubiéramos hablado de otras dos obras suyas; el *Ensayo histórico-político* y *Las Brisas*, que también hemos leído, aunque no con la detención que la presente. En la imposibilidad de hacerlo como desearíamos, trasladamos á continuación el siguiente párrafo del artículo del señor Cánovas, en que se ocupa de las dos obras mencionadas:

«El Sr. Magariños se distingue entre sus compatriotas por ese amor á las verdaderas fuentes de su literatura nacional. Hijos de los conquistadores, de los libros de estos deben partir sus esfuerzos literarios, ya que no quieran someterse á la inspiración de Garcilaso ó Herrera. Magariños ha desenterrado del polvo los antiguos poemas de la conquista, los romances y cánticos con que aliviaban sus fatigas los soldados del descubrimiento. Las crónicas é historias españolas de aquellos sucesos toman por lo común bajo su pluma un colorido local que nada tiene que ver con el estilo de Pulgar de Mendoza ó de Coloma. Aquellos hombres, tan lejos de su país, renuncian, por decirlo así, á los sentimientos europeos enaltecidos por la inmensidad de los Andes, por la grandeza del Niágara, por la riqueza del Potosí, por la maravilla de aquellos bosques primitivos, de aquellas flores ignoradas, de aquellas serpientes desconocidas, de aquellos desiertos inexplorables. El Sr. Magariños sabe aprovecharse de todo esto, y lo deja traslucir en sus escritos al través de esa cruidición extranjera, bastante estensa, si no siempre bien escogida, que caracteriza á los escritos de la nueva generación americana. Hemos visto por acaso una obra suya harto importante por el objeto, que se intitula, si no estamos trascorridos, *Ensayo histórico y político sobre las repúblicas del Rio de la Plata*; libro escrito con admirable conciencia, que su patria debiera imprimir á ser menos desdichada, y que quisiéramos verlo á la luz en España.»

Unimos nuestros votos á los de nuestro apreciable amigo el Sr. Cánovas, porque nosotros considerámoslos como un deber estimular á todo jóven que revele las felices disposiciones del Sr. Magariños, y mucho mas si reúne á su talento la circunstancia de haber nacido bajo el mismo cielo que nosotros. Cualquiera que sea, pues, nuestra importancia literaria y el valor de nuestros juicios, deseamos que en anteriores líneas le sirvan de estímulo para que persevere en sus trabajos y justifique algun dia las fundadas esperanzas de sus amigos y de los que se interesan en el lustre y progreso de las letras en América.

Entre tanto no olvide nunca el Sr. Magariños Cervantes que nosotros los americanos, los hijos desventurados de aquella tierra desventurada, al mas léve rumor que modula su nombre, á la mas débil lucecilla que asoma en su pálido horizonte, prestamos el oido, volvemos con ánsia los ojos y tendemos una mano amiga al poeta ó al escritor que ofrece trasladarnos, y nos traslada con la imaginacion á nuestro perdido paraíso.

FRANCISCO ORGAZ.

ADVERTENCIA.

Aunque esta no sea una novela histórica ni tenga las pretensiones de tal, sus personajes no pueden considerarse absolutamente como hijos de la imaginación.

Nos daremos por muy felices, no obstante, si á favor de una fábula que interese agradablemente al lector y escite sus nobles sentimientos, conseguimos bosquejar algunos rasgos del país, de la época y de los personajes que figuran en este libro.

A. MAGARIÑOS CERVANTES.

Madrid--1848.

CARAMURÚ.

I.

El rapto.

Lóbrega y pavorosa noche estiende sus alas sobre el mundo, como una inmensa lápida mortuoria. No se descubre una solá estrella al través de su ennegrecido velo: la luna yace oculta bajo un pabellon de nubes, y solo lanza á intervalos un rayo de luz tibio y desmayado, que brilla y se apaga al punto, cual fuego fátuo que se levanta del seno de las tumbas. Do quiera la luz es absorbida por la sombra, y se diria que á la voz del génio de las tienieblas los astros huyen y se esconden espantados de tanta densa oscuridad.

El *pampero*, ese viento terrible que, naciendo en las nevadas cimas de los Andes, donde no se ha estampado la planta del hombre, recorre los desiertos de la Pampa argentina, cruza el Plata, y va á espirar en los confines del Brasil ó en las inmensidades del Atlántico, arrancando de raiz en su tránsito árboles que cuentan siglos, haciendo salir de madre los rios, y derribando cuanto intenta detenerle.... el *pampero* brama ahora, abriéndose paso por entre el tupido

ramaje de vírgenes bosques tan antiguos como el mundo, y se oye en lontananza, mas profundo y violento á medida que se acerca, el grito que exhalan los corpulentos *molles*, los espinosos *guaviyús* y férreos *ñandúbaýs*, al caer tronchados por su poderosa mano.

Y en verdad que no le falta espacio donde ejercer su saña; si pudieran nuestros lectores trasladarse con el pensamiento á las floridas riberas del *Uruguay*, sin duda les encantaria el bellissimo paisaje que presenta el lugar donde comienza nuestra historia, ora le contemplasen á la radiosa claridad del sol, ora iluminado por el rocío de plata que vierte la luna del cielo americano.

Figuráos una dilatada planicie cortada al horizonte por una cadena de montañas, é interrumpida apenas en el centro por una que otra pequeña eminencia, ó sea *cuchilla*, como las llaman en el pais: á la derecha un gran rio, y á la izquierda una selva impenetrable. Colocad en medio de aquel desierto, solitaria y aislada, á unos quinientos pasos del rio y media legua de la selva, una gran casa de material edificada sobre una de las citadas *cuchillas*, y flanqueada por largos galpones de madera (1) y de varios *ranchos*, ó sean chozas de barro y paja, parecidas á las de algunos pueblos de la Mancha y de Castilla, y acaso os forméis una idea aproximada de la localidad adonde deseáramos conducirlos; es decir, á una *Estancia*, á una posesion rural sita en la provincia de Paisandú, á seis leguas de la poblacion de su nombre, villa y cabeza de departamento.

No cumple á nuestro objeto entrar ahora en detalles

(1) Almacenes de depósito para las salazones y cueros.

sobre lo que entendemos por *Estancia*. En la série de cuadros característicos y locales que nos proponemos reseñar, nos sobrarán ocasiones de describirla con la detención que merece. Entre tanto, conténtense nuestros lectores con la anterior ligera indicación, indispensable para la perfecta inteligencia de los hechos que vamos narrando.

A poca distancia de la casa de que hablábamos no ha mucho tiempo, elévase como avanzado centinela un *ombú*, árbol jigantesco, de enorme tronco y pobladas ramas, que brota espontáneamente en nuestras interminables soledades, aislado y sin compañeros, y que sirve de punto de reunión á los habitantes de la *Estancia*, á los viajeros y á los *gauchos* estantes y traseuntes de la provincia.

Ahora bien; en esta noche tan lóbrega y tempestuosa, á favor del resplandor fugitivo que de vez en cuando vertía la luna, hubiérase podido distinguir un hombre montado en un brioso corcel, que seguía á galope la estrecha senda que conducía desde el río á la *Estancia*.

A los primeros amagos, al rumor lejano que precede á la venida del *pampero*; el desconocido trató de guarecerse bajo el *ombú*.

El viento cada vez mayor, apenas le dió tiempo para echar pié á tierra y acostarse cuan largo era al pié del árbol acción que instintivamente imitó su caballo:

Entonces; á merced de los fugitivos resplandores de que hemos hecho mención, se dibujaban en la sombra los rasgos de su fisonomía y de su caprichoso traje.

Era un jóven como de veinte y ocho años; alto, de tez morena y vigorosa musculatura. Cubría su espaciosa frente un sombrero portugués de copa redonda y ancha ala, ador-

nado con algunas plumas de pavo real, entre las que se distinguía un ramito de flores silvestres ya marchito y atado en la cinta del sombrero con otra de seda. Abundantes cabellos negros, tersos y relucientes, flotaban sobre sus robustas espaldas, en agradable desorden: su larga y poblada barba, que le llegaba hasta el pecho, caía sobre la botonadura de plata de su *poncho*, especie de capa cerrada que se mete por la cabeza; sus ojos rasgados y brillantes, coronados por espesas cejas que se unían en forma de herradura, tenían una indefinible expresión de arrogancia y de orgullo, templada por cierto aire régio é imponente que subyugaba ó predisponía á su favor. La nariz aguileña, la boca grande, pero muy delgados los labios, revelando la desdeñosa altivez del que se cree superior á cuanto le rodea.

Cuando el viento levantaba el halda de su *poncho*, distinguíase debajo de él una chaqueta de grana bordada con trencilla negra: un pañuelo de espumilla formaba el *chiripá*, liado por la cintura á guisa de saya, recogidas las puntas entre los muslos para poder montar á caballo, y sujeto al cuerpo por un *tirador*, especie de canana de piel de gamuza, de la cual pendía un enorme puñal de vaina y cabo de plata: anchos calzoncillos de finísimo lienzo, adornados en los extremos con un gran fleco ó *crivao*, resguardaban sus piernas, y descendiendo hasta los tobillos, ocultaban á medias unas espuelas de plata colosales, y las blanquecinas botas de potro formadas con la piel sobada de este animal. Dichas botas, partidas en la punta, dejaban al descubrimiento los dedos de los pies para asegurarse mejor en los estribos, de forma triangular y tan pequeños, que apenas daban cabida al dedo principal.

Basta esta descripción para conocer que es un *gaucho* el héroe de nuestra historia, porque solo ellos visten de esa manera.

—¿Y qué es un *gaucho*? preguntarán algunos de nuestros lectores, que probablemente no habrán oído en su vida pronunciar ese nombre.

—Un *gaucho* es un hombre que se ha criado vagando de estancia en estancia, que vive y tiene todos los hábitos, inclinaciones é ideas de la vida nómada y salvaje, amalgamadas con las de la civilización. Espíritu indómito, audaz, lleno de ignorancia preocupaciones, pero valiente hasta el heroísmo; carácter escéntrico y original que no conoce mas leyes que su capricho, ni anhela mas felicidad que su independencia; que desprecia al hombre de las ciudades y cifra su ventura en los azares, en los peligros, en las violentas emociones de su existencia errante y vagabunda. Es labon que une al hombre civilizado con el salvaje, sin ser una cosa ni otra, como ha dicho perfectamente el Sr. Aguilar en una nota que puso al pié de un fragmento de una de nuestras leyendas, titulada *Cebiar*.

Decíamos, pues, que el personaje, cuyo nombre ignoramos aun, se había guarecido bajo el *ombú*, buscando un refugio á los furores del *panpero*.

Allí permaneció largo rato, mientras el viento, bramando cada vez con mas ímpetu, vino á estrellarse en las cimbradoras ramas del árbol protector, que se inclinaron hasta tocar el suelo, irgiéndose y humillándose alternativamente, no sin perder en las furiosas embestidas del huracan sus mas lozanas hojas.

El gigante de los aires y el gigante de las selvas lucha-

ban cuerpo á cuerpo como dos vigorosos atletas, hasta que, fatigado el primero, escapóse de los brazos de su rival, y tendió su vuelo en otra direccion, lanzando un prolongado alarido, semejante al estruendo de las embravecidas olas, cuando se azotan contra un banco de piedra enmedio del Océano.

El *gaucho* alzó tranquilamente la cabeza, y, al través del ramaje, miró al firmamento. Un escuadron de negras y apiñadas nubes volaba delante del *pampero*, dejando despejado el espacio por donde aquel cruzaba; volvian á relucir las estréllas, y la luna asomaba su disco amarillento, ceñido de una aureola encarnada. De modo que la mitad del cielo ofrecia el aspecto de una plácida noche de verano, y la otra mitad el de la mas fria y nebulosa noche de invierno.

Púsose de pié el desconocido, ató su caballo á las ramas del *ombú*, se levantó las espuelas para que no sonasen las cadenillas y la estrella de los espigones al rodar por la yerba doblóse el poncho sobre los hombros, desenvainó el puñal, y paseando la vista en torno suyo, encaminóse paso á paso á la casa, que, como hemos dicho, quedaba á poca distancia del *ombú*.

Detúvose delante de una ventana baja, defendida por anchos barrotes de madera, y apoyado contra el muro, remedó por dos veces veces el lúgubre acento del *aguará*, pequeño animal de nuestros bosques, que solo de noche hace oír su voz, triste y melancólica, como la postrer plegaria de un moribundo.

Nadie respondió á esta señal; pero, en cambio, un oido muy atento habría percibido á intervalos el casi impercep-

tible ruido de un pasador de hierro que alguna mano muy trémula descorria: luego la ventana se fué abriendo poco á poco, y una mujer, bella como la esperanza, graciosa como la primera imágen de amor que cruza por la frente de un adolescente, asomó tímida y ruborosa su infantil cabeza, y con voz entrecortada y apenas inteligible, murmuró:

—Todavía no. . . .

La ventana volvió á cerrarse lentamente, y trascurrieron dos horas mortales de angustia é incertidumbre para el desconocido. Por vez tercera, el doliente clamor del *aguardá* fué á resonar en los oídos de la hermosa y á recordarle el cumplimiento de una promesa que acaso se olvidaba ó se arrepentía de haber hecho.

Esta vez se abrió del todo la ventana, y se entabló á media voz el siguiente diálogo entre la dama y el galán:

—¡Valor alma mia! . . . Ha llegado el momento solemne. . . .

—Todavía es temprano.

—No, que va á despuntar el alba.

Le jóven como si luchase con encontrados sentimientos, fijó irresoluta sus bellos ojos en los de su amante.

—Vamos, ¿qué dices? continuó este.

—¡Ay, tengo miedo! . . .

—¿Ahora te arrepientes? ¿Y de qué tienes miedo?

• —No sé. . . . pero me parece que no todos duermen. . . . van á sorprendernos, Amaro; mas vale que lo dejemos para mañana.

—¡Mañana! ¡Imposible, imposible! repitió el *gaucho* con acento sombrío; mañana vendrá tu padre á buscarte. Lia, es preciso que me sigas ahora mismo.

-Mira, repuso la pobre niña medio turbada por el modo imperativo con que se le exigía una obediencia que no estaba acostumbrada á prestar á nadie: mira, no he podido ganar al esclavo que debía favorecer mi evasión, y . .

—¡Y bien! . . . exclamó Amaro, centelleándole los ojos de ira.

—No tengo por donde salir, contestó Lia humildemente, fascinada por aquella terrible mirada y dejando caer una lágrima sobre la mano de su amante, que tenía cojida entre las suyas.

—¿No es mas que eso? preguntó este trocando en alegría su enojo; ¿si tuvieras por donde salir, me seguirías? . .

—Sí, murmuró ella volviendo atrás la vista como para cerciorarse que nadie los observaba.

—¡Pues sal!

Al decir estas palabras apoyó el *gaucho* su hercúlea diestra sobre un extremo de los barrotes de madera que hacían las veces de reja, y los clavos que lo sujetaban al marco saltaron cual menudas astillas.

Lia, mas blanca que un cadáver, retrocedió al medio del aposento, y haciéndole una señal para que huyese, apagó la luz, é inmóvil, roto el aliento y desencajada la faz, esperó que se abriese la puerta que comunicaba á la habitacion inmediata y acudiesen en tropel los que dormían en ella, despertados por aquel ruido extraño y alarmante en las altas horas de la noche.

Pero fuese efecto del letargo profundo en que yacían, ó lo que parece mas probable, que lo atribuyesen entre sueños á alguna ráfaga perdida del huracan que momentos antes se habia desencadenado, nadie se levantó á inquirir su causa.

CARAMURÚ



Inv. 1.ª

Teodomiro Real y Prado editor

Lit: SAN MARTÍN N.º 1.

Partió á galope hácia al monte cercano, y á poco se perdió entre su lobregó ramaje.

Después de algunos instantes, Lia, sacando fuerzas de flaqueza, se acercó de nuevo á la ventana, y tornó á suplicar á Amaro, que habia permanecido tranquilo en su puesto, resuelto á partirle el corazón de una puñalada al primero que se acercase que difriese su fuga hasta el día siguiente.

Sardónica risa resbaló por los delgados labios del gaucho; sus dientes rechinaron de rabia é indignacion, y en vez de poner un beso de despedida, como solía, en la pura frente que su amada le presentaba, frenético la cogió brusca-mente de un brazo, y con resuelta y amenazadora voz, le dijo:

—¡Me sigues ahora mismo, ó te mato!

Lia vió resplandecer á dos pulgadas de su pecho la acerada hoja del puñal que hasta entonces Amaro habia tenido oculto bajo el poncho, y acobarda y trémula, inclinóse llorando sobre el hombro de su amante, que la cogió veloz-mente por la cintura, y la arrancó de su hogar con la misma facilidad que el vendaba la hoja seca de una rosa.

Lia perdió el conocimiento.

El raptor llevóla en brazos desmayada hasta el pié del ombú, montó con ella á caballo, partió á galope hácia el monte cercano, y á poco se perdió entre su lóbrego ramaje.

II.

Puñaladas.

Al anochecer del siguiente día en que acaecieron los sucesos narrados en el capítulo anterior, se encaminaba el personage, que por ahora conocemos con el nombre de Amaro, al vecino pueblo de *Paysandú*.

A una bala de cañon del pueblo, había, allá por los años de 1823, una *pulpería*, ó lo que es lo mismo, un ventorrillo ó taberna *sui generis*, donde se espendia detestable vino, aguardiente, miel, tortas, *flores de maiz*, tasajo ahumado y otros comestibles.

A pesar de la mala calidad de sus artículos de consumo, ninguna *pulpería* en todo el departamento gozaba de una popularidad tan envidiable. Allí se reunian por la mañana y al caer la tarde, *d echar un trago*, todos los gauchos de diez leguas á la redonda. Hablaban de las próximas carreras, hacian apuestas, se concertaban para una batida de tigres ó de *guanacos* (venados), improvisaban los *palladores* (cantores) tocando la guitarra, y si habia en la reunion algun forastero, se le obligaba á contar *sus trabajos, fatigas y peregrinaciones por media América enterita, errante de pago en pago y de*

tapera (casa derribada en medio del campo) en *galpon*, *perseguido por la tierra y por el cielo, pensando solo en sus aparceros y en su china* (querida).

Con las indicaciones que hemos hecho sobre el carácter de los gauchos, fácil es suponer cuán frecuentes serían las disputas, y el resultado que tendrían. A la menor palabra indiscreta, á la menor alusión que lastimara su nimia susceptibilidad, los puñales salían á relucir y no volvían á la vaina sino teñidos con la sangre de uno de los contendientes. Los espectadores, tranquilos é impasibles, se levantaban de los cráneos de caballo que les servían de asiento, y formando un ancho círculo en torno de los dos combatientes, les dejaban acuchillarse á su sabor hasta que corría la sangre. Entonces se interponían y les obligaban á darse las manos, á menos que alguno hubiese muerto, lo que rara vez acontecía, porque existen ciertas reglas de nobleza entre aquella gente desalmada, que les veda matar á su contrario por causas triviales. Les basta únicamente con *señalarlo, marcarlo en la geta*, como ellos dicen, *para que aprenda en adelante á que pingo* (1) *echa el pial* (2).

Amaro, que se dirigía al pueblo, tenía forzosamente que pasar por delante de la pulperia, en cuya *tranquera* (3) se veían atados mas de cuarenta caballos; tal vez estaba muy lejos de su pensamiento el detenerse, pero oyó al acercarse ciertas palabras de una conversacion muy interesante para él; contuvo el galope de su alazan, escuchó un momento, y

(1) Caballo medio domado.

(2) Lazo escurridizo.

(3) Una viga atravesada en dos postes.

confirmándose en sus dudas, apeóse, se caló el sombrero hasta las cejas, y entró en la pulpería.

La discusión versaba sobre el rapto verificado la noche antes. Un hombre de faz torba, ceguijuntó, de mirar oblicuo y voz áspera é imperativa, apoyado negligentemente sobre el mostrador, con un vaso de aguardiente en la mano y un enorme cigarro en la boca, se dirijia medio ébrio y con aire de perdonavidas á un grupo que le rodeaba y parecia escucharle con marcadas muestras de deferencia.

— ¡Ay juna! (1) decia el valenton, á quien en vez de su nombre patronímico daban el de *Enchalecador*, aludiendo sin duda al oficio que desempeñaba en el ejército del célebre *Artigas*, caudillo americano, que acostumbraba á hacer coser á sus prisioneros españoles dentro de la piel de un novillo recién muerto, dejándoles solamente fuera la cabeza y esponiéndolos encima de una *cuchilla* á los ardientes rayos del sol, hasta que morian de hambre y de sed: suplicio atroz que el implacable guerrillero llamaba *enchalecar*, y á los que lo practicaban *enchalecadores*:— ¡Ay juna! decia el valenton: han de saber ustedes que anoche, ¡vive el diablo! han robado de la *Estancia* de la Cruz alta, ¡vaya un lance! á aquella niña, ¡hide p! . . . que vino de Montevideo . . . ¡ja, ja, ja! hace tres meses, enferma . . . ¡crach! . . . á tomar las aguas del Uruguay . .

(1) No usamos completamente el lenguaje, ó mas bien jerga, de los gauchos, porque necesitaríamos, para que la entendiesen nuestros lectores escribir cada momento una larga nota: trabajo ingrato y fastidioso que ni ellos nos agradecerian, ni, aun cuando quiéramos, nos lo permitirian las cortas dimensiones de esta novela. Imitaremos no obstante su manera de expresarse cuanto nos sea posible.

—¿Y no se sabe quien ha sido el robador? preguntó uno de los circunstantes.

—¡Ca! respondió otro, reforzando su exclamacion con una doble interjeccion que la pluma se resiste á trazar.

—¡Pues sepa usted, so bruto, continuó el orador, que á mí nada se me escapa, ¡mal rayo! y ando á la pista de ese tunante *morao* (1) y ruin!

—¿Le conoceis acaso?...

—Sí, contestó el enchalecador; ¡buena alhaja! Y sé... ¡voto vá! donde se oculta.

Al oír estas palabras, Amaro, que hacia dos minutos que habia entrado y colocádose á su espalda en un grasioento banquillo con honores de mesa, se estremeció y perdió el color, no sabemos si de ira ó de temor de verse descubierto.

—Vamos, aparcerero, exclamaron algunos de los interlocutores; eso lo decís por alabaros. ¿Cómo en tan poco tiempo habeis podido averiguarlo?

—¿Cómo? ¡Bah! ¿Os habeis olvidado, *sonsos* (2), que yo tengo quien me lo cuente todo?

Los gauchos se miraron unos á otros con ojos espantados: el enchalecador tenia en la comarca fama de *brujo*, y mas de una vieja aseguraba haberle visto en las altas horas de la noche hablando con el diablo en la puerta del cementerio.

Demás está decir que él, como todos los embaucadores de profesion, sabia explotar hábilmente esta creencia popular, á la que prestaba todos los visos de la realidad la manera cómo se manejaba para saber los sucesos antes que nadie; lo

[1] Cobarde.

[2] Necios.

qual, á fuerza de repetir una y otra vez, había impresionado de tal modo la imaginacion crédula y supersticiosa de sus iguales, que no había uno solo que no le tuviese por adivino y hechicero.

— Sí, debe saberlo, murmuró uno de ellos al oído de su compañero; tiene pacto con el diablo.

— Pues harías bien en contárnoslo, dijo este último en voz alta; así nos proporcionareis ocasion de ganar la magnífica recompensa que ha ofrecido el comandante de *Paysandú*, que segun parece es pariente de la *pueblera* (1), al que descubra su paradero, porque en cuanto al raptor, se ignora todavía quién es.

— ¡*Oigalé!* Eso es lo que tú quisieras, *ñandú* (2), para engordar á mis costillas, ¡*ay mi cielo!* tienes todavía la leche sobre los lábios para engañar, ¡*tararira rira rira!* á un *reyuno* (3) tan *maestrazo* como yo. . . .

— Pero, en fin, repuso otro; decinos al menos el nombre del robador.

— Así como así, continuó el interpelado, presentando el vaso al pulpero para que selo de aguardiente llenase por la décima ó duodécima vez; poco importa, ¡*Satanás!* que os lo diga, porque ninguno de vosotros, ¡*quidá!* es capaz de atravesar el caballo para cortarle el paso si le encontrase en su camino. . . . ¡*Pafs!*

— ¿Pues quién es? preguntaron todos llenos de admiracion.

[1] Habitante de la capital.

[2] Avestruz.

[3] Caballo á que cortaban una oreja por malo, ó por pertenecer al rey ó á la patria!

—¿No recordais aquel *alarife*, ¡buen *mándria!* que vino, ¡*puñaláa!*.... de.... de.... ¿qué sé yo?... ¡de los infiernos!.... Nade sabe qué burro lo ha pario, diantre, ni qué viento lo trajo por acá!....

—¿Calibar?... exclamaron todos con vivísimo interés, que al punto se trocó en manifiesta incredulidad: ¡eh! no puede ser, hace mas de quince días que partió para la Rioja.

Calibar no era otro que Amaro; ya esplicaremos en lugar oportuno su verdadero nombre y el origen de la creencia de que no se hallaba entonces en Paysandú.

—¡Ira de Dios! gritó el perdonavidas, descargando un fiero ~~puñalazo~~ puñalazo sobre el mostrador, echando mano al puñal y sacudiendo su cerdosa y encrespada cabellera; ¡repito que ha sido él, Calibar, ¡traidorazo!.... el robador de esa hembra! ¡Yo, yo le he visto, mal rayo!.... yo le he visto con estos ojos que se han de comer la tierra.... ¡ach! ¿Y quién es el *quiebra* (1) que se atreve á dudar de la veracidad de mis palabras?....

— ¡Yo! contestó á su espalda una voz varonil y resuelta.

Volvióse rápidamente el enchalecador cual autómatas tocado por un invisible resorte, y se encontró solo, frente á frente con el personaje que acababa de nombrar, porque sus demás compañeros retrocedieron á una prudente distancia apenas le vieron apoyar la mano sobre el pomo de su montante.

Amaro se habia echado atrás el sombrero, y sus negras pupilas, brillantes como dos brasas encendidas, chispeaban

(1) Valiente.

con el resplandor rojizo y fascinante de los ojos del *sarucucú* (1); un ligero temblor nervioso hacia vacilar su mano y entreabría sus lábios como para dejar salir el aliento de fuego que se escapaba de sus pulmones abrasados, y á una palidez mortal sucedíase alternativamente el carmin de la ira, que coloreaba su tez morena, y derramaba un barniz satánico sobre su imponente y avallasadora fisonomía. . . .

Solo el enchalecador, entre todos los que allí estaban, le miró con rostro sereno, y acabando tranquilamente de apurar su vaso, le puso con mucha flemma sobre el mostrador, añadiendo en seguida con la misma calma:

—Voy á matarte.

—Lo mismo iba á decirte, respondió Amaro insultante menor precio; veamos si eres tan valiente en obras como en palabras; defiéndete bien, porque es preciso que uno de los dos no salga de aquí sino para ir al campo santo.

Ambos contrarios se sacaron el poncho y se lo arrollaron en el brazo izquierdo; las dos puntas de sus piés se tocaron, y al mismo tiempo brillaron en el aire como dos relámpagos, describiendo círculos y espirales, dos largas hojas de acero tan afiladas como navajas de afeitar.

Diestros ambos, y animados por el mismo ardiente deseo de esterminarse, engendrado en el maton por la envidia y méngua que empezó á sufrir su fama de valiente desde la llegada de su rival, y en éste por la necesidad de enterrar en la tumba su secreto, puesto que por su desgracia aquel hombre había llegado á sorprenderlo, lucharon por espacio de media hora con igual maestría y fortuna. En vano era in-

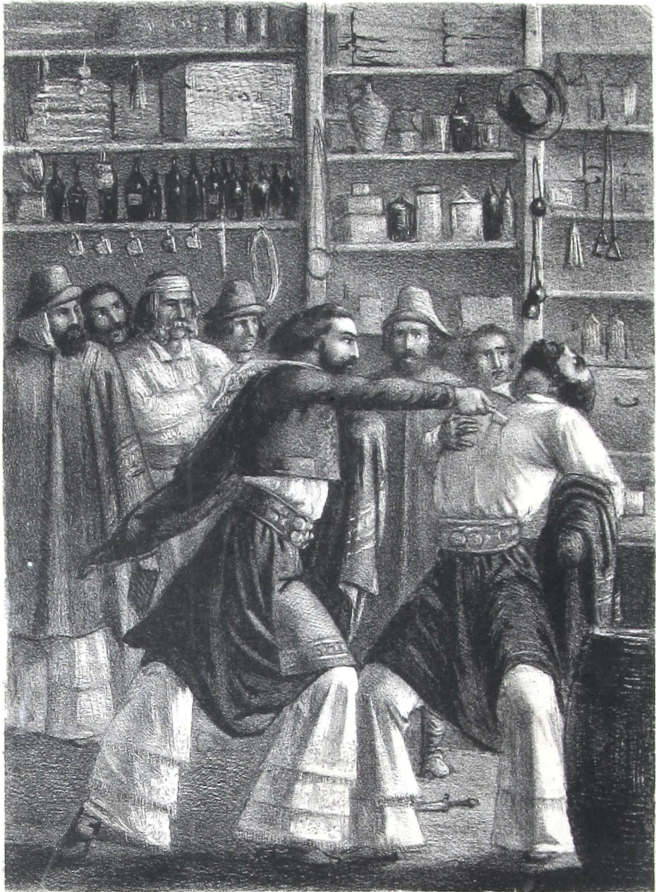
(1) Serpiente del Brasil en extremo feroz: su veneno es de los mas activos que se conocen.

clinarse, amagar al brazo y tirar al pecho, hacer falsos ataques á un punto reiteradas veces, y caer de repente sobre otro con la velocidad del rayo; en vano clavar una rodilla en tierra para herir al contrario por debajo, ó retroceder intencionalmente, girar como una rueda, serpear como un buscapié, cambiar á cada momento de posicion como una ardi-lla. . . . ¡en vano! . . . En vano dejar correr el puñal á lo largo de la hoja buscando los dedos ó la muñeca. En vano asestarse sin parar quince ó veinte golpes seguidos para fatigar la vista del contrario, y deslumbrarle en las rápidas evoluciones del acero mas veloz que el pensamiento. . . . ¡todo era inútil! . . . Siempre el hierro rechazaba al hierro, despidiendo azuladas chispas, siempre el poncho recibia el golpe mortal, y el tajo no llegaba á la piel, gracias á la celeridad y presencia de ánimo de los combatientes. Parecía que tenian una armadura oculta, ó que una mano invisible, en el momento crítico, desviaba las certeras y al parecer inevitables puñaladas que uno y otro se dirigian. . . .

Una circunstancia casual vino á decidir la lucha cuando menos se esperaba, ya por el igual valor y destreza de los gauchos, ya por la llegada de varios *celadores* (1) que acudieron del pueblo, prevenidos sin duda por alguno: la hoja del puñal del enchalecador saltó en el mismo instante que Amaro le asestaba un golpe al corazon; el desgraciado arrojó el mango de su arma inutilizada, y se llevó las dos manos juntas al pecho como para resguardarse, pero el hierro de su enemigo iba dirigido con tal fuerza, que le atravesó ambas palmas y asomó por la espalda.—¡Me ha muerto! ¡Voto al! . . .

(1) Soldados de policia.

CARAMURÚ



Lit. Duteil i. a. 12.

Teodomiro Real y Prado editor.

En SAN MARTÍN N.º 1

¡Me ha muerto! ¡ Voto al! fueron las únicas palabras que pronunció al caer sin vida

fueron las únicas palabras que pronunció al caer sin vida, partido el corazón en dos pedazos.

Amaro, blandiendo el puñal ensangrentado, tendió la vista en torno suyo, y divisó á los celadores que defendían la puerta con sus sables desenvainados.

— ¡Dése preso el asesino! dijo el sargento tendiendo su espada á la altura de su pecho, y haciendo seña á los que allí se encontraban para que lo sujetasen por detrás.

Los gauchos se alzaron de hombros, y ninguno se movió. Aun cuando hubiera sido su padre ó su hermano el muerto, muerto lealmente, según sus reglas, no habrían prestado su apoyo á la justicia para prender al matador.

— ¡Paso! gritó Amaro, atropellando audazmente al sargento, é hiriéndole en la cara, lo mismo á un soldado que tuvo la imprudencia ó el arrojo de cogerle por el cuello del poncho; ¡paso, canalla imbécil!

Y mientras se rehacían los agentes de protección y seguridad pública á la voz del sargento, avergonzados de retroceder ante un hombre solo, cortaba él las riendas á su caballo, no teniendo tiempo para desatarlas, montaba y partía á escape con dirección al río.

A poco resonó en sus oídos el rumor de la tropa que galopaba tras él.

El fugitivo se encontraba en el declive de una cuchilla, y pasaba junto á unos espesos *sarandíes* y *guayacanes* que se extendían á lo largo del camino.

La luna no había asomado aun.

Picó espuelas á su cabalgadura, y al pasar junto á los árboles, sin pararse, se agarró con las manos y encaramóse en las ramas de uno de ellos, descargando con los pies un

golpe en las ancas de su potro, y gritándole con voz vibrante ¡jahá! ¡jahá! palabra *guarani*, que significa ¡vamos! ¡vamos! y cuya importancia en la presente ocasión comprendió el inteligente animal á las mil maravillas, porque redobló su carrera y se perdió muy pronto de vista.

Diez minutos despues vió Amaro desde las ramas del *guayacan*, cruzar á los ocho soldados que iban en su persecusion.

—Bien, se dijo, bajándose del árbol, y tomando una senda estraviada, que conducia á la villa; mientras ellos persiguen á mi caballo creyendo que yo voy encima, tengo tiempo de sobra para llegar al pueblo y hablar con el Sr. de Abregó, ya que es indispensable que sea esta noche, por que mañana y en estos dias estarán ya en acecho los esbirros y me atraparían sin remedio. En cuanto á mi caballo nada tengo que temer, está *aquerenciado* y es *parejero*; con lo que queria significar que en cualquier parte que soltase su corcel, aunque fuese á doscientas leguas de distancia, se volveria al paraje donde se habia criado ó cobrado *aficion* con el trascurso de los años, lo que ejecutaria en menos tiempo que otro cualquiera, por ser *parejero*, es decir, adiestrado desde pequeño á la carrera y acostumbrado á salvar grandes distancias en pocos minutos.

Embebido en tales ideas, llegó al pueblo á las nueve de la noche, y entró por la parte opuesta al sitio de la catástrofe. Oyó por las calles hablar del suceso, y ni siquiera se le ocurrió la idea de retroceder. Detúvose en la plaza, y llamó á una soberbia casa cuya fachada indicaba la riqueza de su dueño.

Allí residia el acaudalado propietario comerciante

brasileño, D. Nereu Abreu de Itapeby, el cual no bien supo su venida, abandonó al punto su escogida tertulia compuesta de las primeras personas del pueblo por su posición política y fortuna, para encerrarse con él en su gabinete, con él, oscuro y humilde gaúcho, cuya vida era un misterio y que en el corto espacio de veinte y cuatro horas había robado una mujer contra su voluntad y muerto á un hombre.

¿Qué vínculos podían unir á estos dos seres, colocados el uno en la primera y el otro en la última grada de la escala social? . Francamente, este capítulo es ya muy extenso, y solo podremos aclarar tus dudas, lector carísimo, en el siguiente, cuyo título estamos seguros te agradaría muchísimo ver en tu poder de otro modo que en letras de molde, como, por ejemplo convertido en buenas doblas mejicanas ó en billetes del banco de San Fernando, magüé fuesen estos un descuento de veinte por ciento, como sucedió en el año de gracia de 1848.

III.

!!!Cien mil patacones!!!

En un espacioso gabinete, alhajado con esquisita elegancia, tendido muellemente en una cómoda butaca el Sr. de Abreu, y á poca distancia Amaro, sentado con las piernas cruzadas, como los turcos, sobre una magnífica piel de *jaguar* (1); prepáranse á interrogarse mutuamente, previos los cumplimientos y frases de costumbre entre antiguos amigos que no se han visto en algunos años.

La postura del opulento brasileño revelaba la indolencia habitual de los ricos, y característica de los que habitan en aquel hermoso pedazo del Eden americano, que riega el Amazonas fecundiza el sol de los trópicos; y la del gaucho, la insuperable arrogancia del bárbaro que desprecia las comodidades del lujo de la civilización, y que no sacrifica sus hábitos ni aun en el seno de otra sociedad diversa de la suya.

Y sin embargo, á pesar de esta circunstancia, aparecía marcar el orgullo de cada uno y establecer entre ellos

(1) Variedad del tigre.

diferencias radicales, la persona menos fisonomista, á poco que se fijase, habría notado en su semblante rasgos marcadísimos que estaban indicando ocultas y misteriosas afinidades

Diferenciábanse únicamente en la estatura, en la edad, en la manera de espresarse; el brasilero era mas jóven y delicado: los áridos vientos del Norte no habian calcinado su rostro ni desarrollado su enfermiza complexion largos viajes á caballo, luengos dias y menguadas noches pasadas en vela y á la intemperie, y á veces los rudos aunque cortos trabajo de una *Estancia*; pero su fisonomia, fuese efecto de la casualidad ó de otro motivo que todavia ignoramos, sin tener la misma espresion altiva y amenazadora que la de Amaro, vista aisladamente, y salvo las modificaciones producidas en la de aquel por las causas mencionadas, ofrecia tantas semejanzas con la del gaucho, que cualquiera los hubiera creído hermanos, ó cuando menos parientes.

El comerciante sacó una petaca de esa finísima paja llamada *jipi-japa*, que con tan singular destreza tejen los peruanos y chilenos, y ofreció un habano á su compañeros.

Amaro cogió tres; encendió uno, y puso los restantes á su lado, para irlos tomando á medida que se le concluyese el que tenia en la boca.

—Ante todas cosas, Amaro, dijo D. Nereb, al principio á la conversacion, quiero que me espliques que diablos has hecho en Minas (1) para andar oculto y con otro nombre, y por qué no has venido á verme cuando hace mas de un mes que estoy aquí, y cuando te necesitaba y podias prestarme un señalado servicio

(1) Uno de los departamentos de la República del Uruguay.

—Señor, contestó Amaro: la razón de haber salido de Minas es muy sencilla: vuestros compatriotas, como no ignorais, hace tiempo que se han apoderado de nuestro territorio, y como tengo enemigos muy poderosos desde aquel desgraciado asunto del que me salvó vuestro tío, el Sr. de Niser, el nuevo comandante me ha perseguido á instigación suya, y: . . .

—¿Te ha parecido conveniente tomar las de villadiego y con un nombre supuesto buscar refugio en otra provincia donde no te conociesen? . . .

—No me quedaba otro recurso, estoy calificado de *montonero*, y ya sabeis cuán inexorables son vuestros paisanos con los que no se plegan á su dominación.

—¿Acaso formarías tu parte de la gavilla de ese demonio á quien llaman *Caramurú*, de ese gaucho, mestizo, mulato ó indio, que tan implacable ódio nos ha jurado, y que según dicen ha sido últimamente muerto en una celada con todos los suyos en el departamento de Tacuarembó, teatro de sus crímenes?

—Caramurú no ha muerto, Sr. D. Nereo, respondió el gaucho con aspecto sombrío: la traición ha podido arrojarle de aquel Departamento; pero á Dios gracias vive todavía, y mientras él viva siempre tendrán vuestros compatriotas quien les dispute su presa: está resuelto á hacerles una guerra de esterminio hasta morir.

—Veo que eres su amigo, repuso el comerciante, disgustado de semejante respuesta, y en verdad, lo siento, Amaro, porque si te echan el guante, nadie en la tierra podrá salvarte del anatema que pesa sobre todos los que siguen sus banderas. . . .

—Sea en buen hora, añadió el gaucho con arrogancia: ¡moriremos si Dios así lo quiere; pero moriremos libres! ¡No hemos arrojado á los *godos* (1), para dejar que los portugueses ni nadie venga á esclavizarnos otra vez!

Conviene advertir que por aquella época, en 1816, el gobierno portugués, al cual estaba el Brasil sujeto entonces á pretexto de sostener los derechos de Fernando VII, é impedir que la propaganda revolucionaria penetrase en sus colonias, pero en realidad, con el plausible objeto de apoderarse del territorio comprendido entre las cabeceras del *Cuarehim*, el Atlántico y la margen izquierda del Plata, que hoy forma la república Oriental del Uruguay, había invadido nuestras fronteras con un ejército que se apoderó en breve de todo el país. Divididos y estenuados los *patriotas*, es decir, los jefes americanos que habían arrojado á los españoles, encontráronse impotentes para resistirles en batallas campales, y se organizaron en guerrillas, haciendo cada uno por su cuenta y riesgo la guerra de *montonera*, llamada así, porque sus fuerzas se componían de pequeñas divisiones de caballería, sin disciplina, sin armas casi, sin sueldo ni retribucion de ninguna clase, formadas en un día para disolverse al siguiente, y sin mas ley que la voluntad del caudillo que las rejia.

El gobierno portugués y mas tarde el Brasilero emplearon inútilmente para esterminarlas cuantos medios estaban á su alcance: la persecucion, el soborno, la intriga, la traicion. los gauchos, cuyos instintos bélicos é ingénito amor á la independendia había despertado la lucha con la

(1) Españoles.

madre pátria, seguian espontáneamente al primero que se levantaba contra los *rabudos*, como calificaban á los lusitanos victoriosos; y estos, en justa represália, fusilaban en el acto y sin forma de proceso á cuantos montoneros caían en sus manos.

Se vé por esta ligera esplicacion cuán poderosas razones asistian á Amaro para haber emigrado del teatro de sus hazañas, no á causa del *desgraciado asunto* de que nos ocupáremos á su debido tiempo, sino porque él, aparentando ser un simple partidario del célebre montonero, era nada menos que el mismo Caramurú, cuya biografía habia hecho en pocas palabras el Sr. de Itapeby.

El motivo de no concérle este por ese nombre, á pesar de ser antiguos amigos, consistia en que se lo habian dado posteriormente los invasores al comenzar la lucha, á consecuencia de muchas y horrorosas crueldades que le atribuyeron, y que él aceptó por suyas sin haberlas cometido, lo mismo que el odioso epíteto con que le calificaban, y que no podia simbolizar mejor la guerra de esterminio que se propuso hacerles desde un principio, pues *Caramurú* significa *el hombre de la cara de fuego*, ó lo que es lo mismo, *Satanás*, y tuvo origen en uno de los caudillos lusitanos en los primeros tiempos de la conquista del Brasil, á quién por sus inauditos crímenes dieron los indígenas ese nombre.

• Retirado en el departamento de Paysandú, donde nadie, á escepcion de Abreu, le conocia personalmente, los bosques que se estienden á lo largo del Uruguay le ofrecieron un asilo impenetrable; estaba acostumbrado á vivir en las selvas, y únicamente salía de ellas para asistir á las carreras.

á las *trillas* (1), á las *yerras* (2), á las festividades religiosas de los pueblos, ó para reunirse en las pulperías con sus iguales....

—Y ahora, ¿què piensas hacer? le preguntó el comerciante, ya enterado de los graves motivos que le obligáran á alejarse de Minas, ó mejor dicho de *Tacuarembó*.

—Ahora pienso irme á *Catamarca* (3) pero necesito dinero, y por eso se me ha ocurrido haceros esta visita.

¡A *Catamarca*!... ¡Diablo!... exclamó apresuradamente el Sr. de Itapeby incorporándose en su muelle asiento; hombre, ¿estás loco? ¿No te he dicho que ahora te necesito?....

Señor, respondió Amaro con la gravedad de un hombre que no acostumbra repetir dos veces las cosas: ya os he manifestado que tengo que irme, y me iré....

—¿Pero por qué?

—Porque he muerto á un hombre.

El comerciante se levantó del sillón, y dió dos vueltas por el gabinete:—¡Amaro, Amaro! exclamó paseándose cada vez mas agitado; ¡ya van dos con esta! Acuérdate de lo que tuvimos que trabajar mi tío y yo para salvarte la vez primera....

—¿Qué quereis? repuso el gaucho con la misma indiferencia que si se tratase de enlazar un potro salvaje, ó de otra cosa insignificante. Ese hombre me espiaba hace días, y llegó á sorprender un secreto que nadie me arrancará sino con la vida; ¡era preciso que él ó yo dejase de existir!

(1) Fiesta que tiene lugar en la campaña cuando se recoge el trigo.

(2) Reuniones para marcar el ganado.

(3) Ciudad capital de la provincia de su nombre en la república Argentina.

Le he muerto lealmente y cara á cara... No tiene de qué quejarse.

—Lo mismo decías del otro: le he muerto cara á cara... ¡Insensato! ¿No temes que la espada de la justicia caiga al fin sobre tí?

—¡Tal dia hizo un año! respondió Amaro con desden, atusándose los vigotes y haciendo girar sobre la piel de *ja-guar* la estrella de sus grandes espuelas de plata.

—¡Y ahora que tanta falta me hacia! continuó Abreu hablando para sí y juntando las manos en señal de profunda tristeza.

—¡Pues hablad, con mil... santos! contestó el gaucho.

D. Nereo, por toda repuesta, volvió á arrellenarse en su cómodo sillón, y permaneció algunos minutos abismado en sus reflexiones. Su huésped inclinó á un lado la cabeza, apoyó en el muslo el codo, y la sien en la palma de la mano; bostezó dos ó tres veces, y para despertar de su meditacion, que ya empezaba á fastidiarle, á su protector, amigo ó lo que fuese, se puso á silbar, imitando el silbido suave y armonioso de los monos cuando llaman á sus hijuelos.

El comerciante, que sin duda estaba acostumbrado á sus extravagancias, comprendió lo que significaba aquel extraño modo de traerle á la cuestion.

—Ya es inútil todo, murmuró: ¿cuánto necesitas para tu viaje?

—Una letra de diez mil pesos, pagadera á la vista.

—¿Qué dices? preguntó D. Nereo creyendo no haber oído bien.

—Una letra de diez mil pesos, pagadera á la vista, repitió el demandante acentuando las palabras.

El comerciante le contempló fijamente un buen rato juzgando que se burlaba; pero sus ojos tropezaron con la mirada fria y desdenosa del gaucho, y conoció que hablaba de veras.

—Es mucho dinero, no puedo dártelo, contestó con timidez.

—Ved, señor, que os lo pagaré, dijo Amaro poniéndose de pié y con un metal de voz en el que iba envuelta una terrible amenaza.

Abreu vaciló.

—Vamos, ¿me los prestais, ó no? preguntó el amante de Lia acariciando el pomo de su puñal.

—Hombre, si...yo quisiera servirte...ya ves... pero ¡que diablo!...Tengo una apuesta de cien mil patacones, y aunque yo no pago sino la mitad, es indudable que la perderemos...Mas...está empeñada mi palabra... y un hidalgo, el hijo del noble conde de Itapeby, no se desdice jamás...replicó D. Nereo con voz entrecortada por el miedo, casi tartamudeando.

—Si, he oído hablar de eso, y teneis razon, murmuró Amaro: este año, como el pasado, perdereis vuestros *vinetas* (1) tontamente.

—Detesto á esc orgulloso *estanciero*, por lo mismo que la suerte le favorece tanto. ¡Todas las carreras me las gana!...Nadie ha podido *sacar la oreja* (2) hasta ahora á su

[1] Moneda de cobre imaginaria, equivalente á cuatro cuartos.

[2] Adelantar un caballo á otro algunas líneas.

renombrado *Atuhualpa* (1). No sé qué daría para humillar su orgullosa fatuidad. Mira, yo te aguardaba en esta ocasión con ansia, para que me hiciéses un favor en cambio de los muchos que te he prodigado en otro tiempo

—Hablad, señor, repuso friamente el gaucho previendo lo que iba á decirle.

—Si tú quieres, podemos ganar la carrera.

—¡Imposible! Vuestro *parejero* es muy inferior al contrario.

—Pero....

El hijo del noble conde se detuvo con cierto embarazo é in'ecision, que hicieron asomar á los lábios de Amaro una habitual irónica sonrisa.

—¿Pero qué?

—Pero si tú quieres, tú, que éres el primer jinete del Rio de la Plata, tú que sábes todos los ardidés que en ocasionés semejantes deciden la victoria á favor no del mejor *parejero*, sino del mejor corredor, tú *podrías* fácilmente calzarle....

—¡Eh! exclamó Amaro interrumpiéndole entre ofendido é indignado; yo sé matar, ¡pero no sé robar! Eso es una estafa infame, y me admira que siendo tan rico como sois, y conociéndome como me conoceis, me la propongais.

No era finjido el enojo del gaucho: esta accion se mira entre ellos como una de esas raterías bajas y mezquinas que en la sociedad deshonran y llenan para siempre de ignominia al que las ejecuta. Esplicaremos lo que significa.

Nuestros *parejeros* corren cuando van juntos, echándose

[1] Nombre del rey que ocupaba el trono del Perú cuando lo invadió Pizarro.

el uno sobre el otro; el jinete que obra de mala fé, y tiene la destreza suficiente para hacerlo sin que lo noten, mete una de sus piernas en los encuentros del corcel de su cotrario, y al llegar cerca de la meta, vuelve el pié y le golpea con el talon en el costado ó en los encuentros, y mientras el animal, al sentir el golpe, se aparta á un lado, se encalabrina ó retrocede, él pisa triunfante la raya, señalada por los jueces como término de la carrera.

La circunstancia de galopar juntas, la facilidad de esconder la pierna entre los pliegues del *chiripá*, y sobre todo, la habilidad del corredor en el momento decisivo, hacen poco menos que imposible el justificar luego si ha habido *calzada* ó no.

Solo el amor propio humillado, el ódio y la envidia; amor propio, ódio ó envidia que no se comprenderán sino recordando lo que sufren las personas dominadas por una manía, cuando se ven imposibilitadas de satisfacerla, pueden explicar el proceder tan poco digno de un hombre como Abreu, heredero, aunque segundon, de un apellido ilustre y de una fortuna colosal.

—De todos modos, continuó éste, deseando dar otro giro á la conversacion, vista la negativa terminante de su protegido; es una necesidad que hablemos de eso.

—¡Y tanto!

—Necedad, y mas que necesidad, porque aun quetú quisieras, no podrías asistir á las carreras.

—¿Quién os ha dicho eso? preguntó el gaucho en tono de burla, inclinando á un lado la cabeza, y jugando con la botonadura de plata de su poncho.

—Sería una locura, añadió el comerciante con hipó-

crito recelo, venir tú mismo á ponerte en manos de tus enemigos.

—Vaya, hagamos un convénio, respondió **Amaro** sonriéndose; puesto que teneis perdidos los cien mil patacones, ofrezceme, ó mas bien firmadme, ahora mismo un documento que importe el valor de esa suma, y me comprometo á haceros ganar la carrera legalmente, como Dios y nuestros estatutos mandan.

El comerciante se sonrió á su vez; creia que el *gaucho* trataba de burlarse de él.

—Eso es imposible, dijo, despues de reflexionar un instante; no hay en todas estas provincias un caballo capaz de competir con el de mi adversario.

Amaro, con aquel acento irresistible é imperativo ante el cual se humillaba todo, contestó con lacónica aspereza:

—Hay uno, uno solamente.

Aquel hombre fascinaba, la incredulidad de Abreu, se desvaneció al punto.

—En efecto, murmuró golpeándose la frente y evocando confusamente sus recuerdos; he oído hablar de un *parajero* muy superior á Atahualpa... segun dicen; pero pertenece á los indios... no sé á qué tribu... ¡Ah! si... ya recuerdo... á la de los *Tapes*.

—No; os es infiel la memoria, ó estáis mal informado, Sr. de Itapeby, dijo el *gaucho* gravemente; pertenece á otra tribu aun mas feroz que esa.

—Entonces, repuso D. Nereo con doble amargura que antes, tú te burlas. Por valiente que seas, sería mas que insensatéz ir tú solo á sacarlo de manos de esos caribes.

—¿Me dareis los cien mil patacones?

—¡Dios eterno, Dios eterno! exclamó el comerciante asombrado; ¡sería capaz de dejarse matar antes que recoger una palabra indiscreta!

—Vamos, ¿os decidís? Si ó no, repitió Amaro impaciente.

—Pero....

—No hay pero.

—Te matarán....

—Eso no es cuenta vuestra.

—Hombre....

—Por última vez, Sr. de Itapeby: ¿sí ó no?

—¡Si!

—Bien: desde hoy podeis doblar la *parada* (1) sin miedo: el triunfo es vuestro, á menos que yo... me quede por allá, lo que no será muy difícil, refunfuñó Amaro entre dientes.

El comerciante no cabía en sí de gozo:

—Te juro, bajo mi palabra de honor, exclamó, que si ganamos la carrera, son tuyos los cien mil patacones de mis contrarios.

—¿Y vuestro socio?

—Mi socio hará lo que yo le diga.

—Firmadme, pues, el documento....

—¡Oh, eso no!.... Te entregaré el valor de la apuesta en el mismo momento que los jueces declaren la derrota de Atahualpa.

—Basta: dentro de ocho dias estaré de vuelta; voy á traer os el único parejero de estas provincias capaz da pro-

[1] Apuesta.

porcionaros el triunfo que anhelaís; pero si despues de conseguirlo os olvidais de vuestra promesa....

Los ojos del gaucho se animaron con un resplandor sombrío, y un relámpago de cólera desprendiéndose de sus negros párpados, cruzó por sus enarcadas cejas y dilató su espaciosa frente.

El brasileño retrocedió preguntándole con voz temblorosa:

—¿Qué me harías?

—Nada, contestó Amaro sacando el puñal, y con un leve tajo haciéndose una cruz en la yema del dedo pulgar de la mano derecha, cruz sangrienta que besó, uniendo el index con el dedo herido: nada, os mataré donde quiera que os encuentre, de noche ó de dia, dormido ó despierto, en la ciudad ó en el campo, solo ó acompañado. Ahora vengan esos cinco.

Tendióle el comerciante su trémula mano mas pálido que la cera, escapándosele un ¡ay! sofocado, al sentir crugir sus huesos entre los férreos dedos de su pacífico amigo.

—Hacedme ensillar vuestro mejor caballo, y por lo pronto facilitadme veinte *gateadas* (1), añadió Amaro preparándose á partir.

Abreu, pensativo y silencioso, salió, y á poco volvió con un cartucho de oro en la mano, y se lo entregó diciéndole:

—El caballo te espera en la puerta falsa del jardín.

—Gracias, contestó el futuro vencedor de Atahualpa echando el dinero en uno de los bolsillos de su tirador de piel de gamúza, y encendiendo el tercer habano.

[1] Onzas de oro.

—Adios, dijo por despedida; cien mil patacones, ¿eh?

—¡Cien mil patacones! repitió maquinalmente el Sr. de Itapeby, todavía azorado por el extraño juramento y la aterradora amenaza del feroz gaucho.

IV.

Lia Niser.

Tiempo es ya de que informemos á nuestros lectores de la jóven robada y de las relaciones que mediaban entre ella y su raptor.

Lia era hija de un rico y distinguido abogado *oriental* (1), y habia nacido y educádose en Montevideo, en aquella hermosa ciudad que se levanta en la ribera izquiérda del Plata, como un *mburucujá* (2) silvestre á la clara márgen de un riachuelo.

Rayando apenas en esa edad dichosa en que la infancia se confunde con la pubertad, y la fisonomía refleja la candidéz del adolescente y los hechizos de la mujer, su belleza á los trece años, sin haberse desarrollado del todo, producía esa magnética influencia, ese vago é indefinible embeleso que atrae las miradas de los hombres y les obliga á volver involuntariamente la cabeza, si pasa por delante de ellos, para seguirla con la vista como á una aparicion ideal, como al tra-

[1] Así llamamos á los hijos de la república del Uruguay.

[2] Pasionaria.

sunto de la mujer que se han forjado en sus ensueños de amor y de poesía.

Imposible nos sería decir á punto fijo en qué consistía este prestigio, prestigio que se escapaba al ojo mas perspicaz al querer analizarlo, semejante á un fluido inmaterial. No se limitaba á una parte determinada de su físico ó de su alma; estaba derramado en todo su ser; lo mismo en su cútis sonrosado y trasparente, aunque moreno, que en sus ojos pardos, espresivos y voluptuosos, como en su aéreo talle mas flexible que las ramas del *sarandí* (1), lo mismo en su reluciente cabello, sedoso, negro y ondeado, en sus manos tornátiles y reducidos pies dignos del cincel de Phidias, como en su boca de ángel que se parecía al temprano capullo de una rosa, entreabierto con el rocío de la noche y esponjándose con los primeros rayos del sol.

¿Y qué diremos de la gracia inimitable de su andar voluptuoso y reposado? ¿Qué del timbre argentino de su voz armónica que se insinuaba en el alma y la hacía estremecerse de gozo y de embriaguez. ¿Qué de la espresion purísima y al par seductora de su mirada infantil, que si evocaba algun recuerdo amoroso alejaba de la mente todo pensamiento mundano, toda idea que tendiese á despojarla de su aureola divina?

Ángel en forma de mujer, al verla en el mes de abril cruzar los sábados á la tarde por la magnífica calle que hoy llaman *Veinte y cinco de mayo*, vestida de celeste y blanco, dulces colores de nuestra bandera, para dirigirse á la *quinta de las Albas* (2), y volver con las primeras sombras del

[1] Arbol que crece á la márgen de los ríos.

[2] Posesion de campo á un cuarto de legua de la capital.

crepúsculo, deshojando por el camino los ramilletes de preciosas flores con que la habian abrumado sus numerosos adoradores, al verla subir y bajar por las pintorescas serrezuelas y quebradas que rodean á la ciudad, cualquiera hubiera creído, no que hollaba la tierra con su planta, sino que flotaba en el aire y se remontaba al cielo.

No era su belleza lo que mas encantaba, no. Envolvía-la una nube de idealismo, un perfume de castidad, suavísimo como el hálito aromado que se escapaba de sus lábios de clavel, puro como el carmin de sus mejillas, mas tersas que la piel del armiño ó las hojas del *jacarandá*.

Su familia, los amigos de su casa, y hasta los estraños, la idolatraban. Su padre especialmente, que habia visto morir uno tras otro á todos sus demas hijos, la queria con una especie de delirio. Los menores deseos de Lia eran para é órdenes que ejecutaba antes que los espresase; y acaso por esta circunstancia, su madre, injusta en demasia como suelen ser algunas madres, por espíritu de contradiccion ó envidia, nutria contra su hija sino resentimientos de severidad que no bastaban á desipar el respeto, el cariño y las continuas demostraciones de aprecio que la prodigaba ella.

Pero aunque D. Cárlos Niser amase tanto á su hija, no por eso dejaba siempre de plegarse en último resultado á las caprichosas exigencias y al despotismo de su esposa. El buen anciano tenia un carácter harto débil, y la Sra. Petra, su consorte, era un demonio con faldas. Fea, murmuradora, intrigante, irascible, taimada, envidiosa, vengativa y maníática.

Lia tenia una aficion loca por los bailes, y su madre la llevaba á todos. En vano trataba de oponerse D. Cárlos, ma-

nifestando que su salud y delicada complexion no podian soportar aquellas continuas noches de cansancio y locura. La colmilluda señora se reía con una risa especial suya, propia, característica, y le contestaba que no fuese aprensivo y necio, que se marchase á ojear sus mamotretos, á embrollar y á volver blanco lo negro, como buen abogado, y la dejase en paz, porque ella sabia demasiado bien lo que convenia á su *queridita niña*.

No es creíble que esta excelente señora llevase su perversidad hasta el extremo de allanar á su hija el camino de la muerte; pero si estamos autorizados para pensar que su loca pasion al juego la cegaba, y deseosa de satisfacerla, acudia con ánsia á todas partes, llevando consigo á Lia, mas que por complacerla, por vanidad y por tener un pretesto que la disculpase á los ojos de su marido, que por hábito é ideas no asistia á ninguna tertulia y abominaba el juego.

Los temores del anciano no eran infundados. Lia, en cuyas venas corria la sangre andaluza mezclada con la americana, se moria por el baile, y como todas las criollas, era incansable, y siempre estaba pronta á tender su preciosa mano al primer pisaverde que se le acercaba. Joven, hermosa, instruida, con natural ingénio, de carácter festivo y benévolo, rica y única heredera... ¿la dejarian alguna vez consumirse de tédio solitaria y olvidada en su silla?

¡Nunca! porque ella sabia todos los bailes antiguos y modernos, y los bailaba con una gracia particular. En la sociedad escogida, contradanzas, rigodones, gavotas, minuets, walses; en los de menos etiqueta ó mejor dicho en los muy intimos, entre sus deudos, ó amigas por extravagancia, boleras, *ciclitos*, *mediucañas*, y algunos otros inventados por

el g^o genio alegre de los americanos de todas las zonas aficionados á solazarse con amenos ejercicios corporales mas de lo que seria conveniente.

Agradábanle sobre todo á ~~Lia~~ las *boleras* y el *wals*, y era digno de verse y admirarse su gracia y perfeccion en una y otra danza.

El erguido *coronilla* de nuestros valles no inclina con mas languidez su enhiesto tallo, el tímido *caycobé* (1) nó se repliega y esconde mas pronto sus hojas al sentir el roce de una mano estraña, ni la *serpiente de cascabel*, persiguiendo al escuerzo, que se le escapa entre los raquíuticos arbustos y tupída maleza de los pantanos, ondea, salta, vaga y gira con mas velocidad; ni el indolente *quezal*, en cuyas plumas se reflejan los colores del iris, entreabre sus álas con mas abandono y se deja caer muellemente sobre la copa de los *tamarindos* en flor, como Lia resbalando sobre la alfombra, semejante á una ondina.

Entre el turbio vapor de ancha laguna. [2]

Entonces no era la virgen pudorosa é inocente; era la amorosa odalisca, la ardiente bayadera del Indo, sedienta de placer, ébria de voluptuosidad y delirio. Sus bellos ojos, ora se cerraban á medias, ora se animaban de repente lanzando vívidos destellos; su pecho se levantaba y bajaba acelerado, se entreabrian sus lábios purpúreos cual si mendigasen un ósculo de amor, y sus brazos, siguiendo las rápidas ondulaciones de su cuerpo, parecian invitar á algun amante invisible á arrojarse en ellos... hasta que rendida por la fatiga,

[1] Sensitiva.

[2] Zorrilla.

tremula y palpitante, se detenía al estruendo de los aplausos en medio del salón, inclinando la frente con encantadora modestia, y se encaminaba paso á paso á su asiento sin alzar la cabeza, fingiendo no apercibirse del murmullo de admiración, de los elogios y de los bravos que resonaban á su alrededor.

Esa famosa bailarina á quien el público de Madrid tributa hoy (1) tan espléndidas y merecidas ovaciones en el teatro de la Cruz; esa silfide andaluza, que apenas aparece arranca tan estrepitosos aplausos y provoca con su gracia inimitable tan férvidas y espontáneas demostraciones de entusiasmo; la ideal, la bella, la encantadora *Nena* no es acogida por sus admiradores con mas delirio y alborozo que *Lia* por la numerosa y escogida concurrencia que se agolpaba en torno de ella no bien se presentaba en cualquier reunion, suplicándola que la embelesase con alguno de sus bailes favoritos, en cambio de las flores y guirnaldas que llevaban de antemano para tapizar la alfombra donde estampase sus alados piés.

Triunfos eran estos que debían halagar el amor propio de la mujer menos vanidosa, y sin embargo, *Lia* no lo era. Mas que los aplausos de los hombres, buscaba un desahogo á su naturaleza ardiente, ávida de trasportes, amiga del bullicio y del movimiento. Cándida paloma del Eden, peregrino en la tierra, que devoraba el espacio con la vista, y recordando sus perdidos jardines, necesitaba para poder vivir en nuestro mundo prosáico animacion, luz, aromas y armonias.

Pero está escrito que todo placer esconde en sí un gér-

(1) Téngase presente que esto se escribió y publicó en 1848, época en que la célebre *Manuela Berbea* (a) la *Nena* hacia furor en Madrid.

men de dolor; una espina envenenada que primero punza y luego convierte en cancerosa llaga la herida que ocasiona. Lia, cuya complexion era muy delicada, no pudo resistir á las violentas y repetidas emociones del baile. Empezó á resentirse del pecho, y juzgando que seria una ligera indisposicion, en vez de declararlo á su madre, temerosa de que la privase de su diversion favorita, continuó bailando todas las noches con el mismo ardor, hasta que la fiebre vino á revelar el peligro que la amenazaba.

Consultados al punto los médicos, declararon que estaba afectada del pecho, y que presentándose su enfermedad con síntomas alarmantes, era indispensable enviarla sin pérdida de tiempo á tomar las aguas del Uruguay, aguas que no solo tienen una virtud particular para trasmutar en piedra cuanto se arroja en ellas, si que tambien para curar sin el auxilio de otras medicinas varias enfermedades que no nos place, y otras muchas que no queremos enumerar.

Por desgracia en aquella época el padre de Lia estaba empeñado en un pleito de grande importancia que debia fallarse en breve, y no podia, por ningun pretesto, ausentarse de la capital.

En cuanto á la Sra. Petra, hablarla de salir de Montevideo era lo suficiente para granjearse su enemistad. ¡Ella! ¿Cambiar su residencia por la de una *Estancia*? Figuraos la espantosa catadura de una de vuestras elegantes madrileñas, si la propusiérais en el mes de enero irse á encerrar en un cortijo de estremadura. Seguramente que os enviaria en sus adentros á los infiernos, ó cuando menos juzgaria que os chanceábais, que estábais locos, ó que os habeis *escddido* algo en el almuerzo ó la comida.

Aquella cariñosa madre, protestando que la enfermedad de su hija era ocasionada por una cosa muy natural en las personas de su sexo al llegar á la pubertad, se negó rotundamente á acompañarla, y D. Carlos, siempre complaciente y bonachon, por evitarse disgustos con su amable mitad, cuyo génio no era el mas á propósito para las lides parlamentarias, porque al instante apelaba á las vias de hecho, espidió un *chasque* (1) á una hermana suya que se hallaba en Paysandú casada con el comandante de aquel punto, para que, no bien recibiese su carta viniera á llevarse á Lia á la Estancia de su esposo, la cual, como saben nuestros lectores solo distaba seis leguas de aquella ciudad.

La hermana, que profesaba á D. Carlos un verdadero afecto fraternal, aunque de opiniones políticas contrarias á las suyas, se puso en marcha el mismo dia que recibió su misiva, y antes de dos semanas se encontraba de vuelta en la Estancia con su encantadora sobrina, que salió llorando de Montevideo, como llora un niño mimado cuando le arrebatan de las manos el arma con que puede inadvertidamente poner término á sus dias.

Lloraba la pobre niña de tan buena gana, y se asomaba con tanta frecuencia á mirar desde la portezuela del coche, que volaba como una exhalacion, las pardas torres de la *Matriz* y los mil blancos edificios que se estienden en anfiteatro á lo largo de la costa, que su tia doña Eugenia, enternecida de su dolor, no pudo menos de preguntarle:

• —Vamos, Lia, ¿por qué lloras de esa manera? ¿Acaso has dejado allí una parte de tu corazon?

[1] Propio.

--No, señora, contestó ella con una candidez infantil, que no estaba exenta de coquetería: ¿había de querer á nadie estando comprometida? ¿No sabeis que dentro de poco voy á casarme?

—Es verdad... no me acordaba. ¿Y cuando vendrá tu futuro?

—No sé: papá me dijo el otro día, que dentro de dos meses.

—¿Con qué serás condesa?

—Sí, de Itapeby.

—Vamos, cuéntame eso, repuso doña Eugénia, fingiendo que nada sabía, á fin de que la inconsolable jóven se distrajese refiriéndole lo que estaba cansada de saber, pero que juzgaba, como mujer de experiencia, que produciría en su imaginacion el efecto de un tónico bastante eficaz para secar las lágrimas en sus ojos y hacer asomar la sonrisa á sus labios, pues siempre las que están próximas á trocar la guirnalda de sahar por otra de mirtos, aunque aparenten lo contrario, hablan y oyen hablar con placer de su futuro enlace, salvo en los casos en qué éste se realiza contra su voluntad.

—El año pasado, dijo Lia, vino á Montevideo mandando la division *Río-Grandense* (1) el conde D. Alvaro Abreu de Itapeby, pariente cercano de mi madre, y se hospedó en casa.

—Eso lo sé; adelante.

—A los pocos dias, sin haberme dicho una palabra, pero con auencia de mi madre, me pidió en casamiento, para mas adelante, porque... pues...

[1] La provincia de Río Grande pertenece al imperio del Brasil y está fronteriza á las nuestras.

—Comprendo, contestó la tía sonriéndose del embarazo de su sobrina. Lia continuó:

—Mi padre, manifestándose agradecido al favor que nos dispensaba el conde, le insinuó que no pensaba contrariar nunca mi voluntad, y que si entonces, cuando estuviere en estado de casarme, era yo gustosa, él no se opondría.

—¿Cómo? ¡Pues Petra me había escrito lo contrario!

—Escuchad: con este motivo, luego que se retiró D. Alvaro, trabó mi madre un acalorado debate con papá, que contra su costumbre se mantuvo firme, y no quiso ceder. ¡Mi madre se incomodó mucho, muchísimo!... y estuvieron algunos días sin hablarse.

—Hija, ignoraba esos detalles, exclamo doña Eugénia, con creciente curiosidad; ¡oh! Carlos es un babioca, un pobre hombre, y su mujer le maneja como á un chiquillo... Continúa, continúa....

—Una noche, al volver del teatro, mi madre me llamó á su cuarto, y después de besarme y acariciarme, cosa que nunca hacía, y repetirme en un largo y enfadoso sermón, ininteligible para mí, que la dicha se cifraba en las riquezas, que la mujer había nacido para ser la compañera del hombre, y que solo anhelaba mi bien y mi felicidad, me preguntó si me casaría con el conde.

Aquí se detuvo la candorosa Lia; quién sabe si de rubor ó despecho, y se volvió para mirar por última vez la ciudad que se perdía en el horizonte lejano, bañada por la luz crepuscular. El carruaje bajaba la empinada cuesta del Cerrito (1).

[1] Pequeña montaña á dos leguas de Montevideo.

—Y bien, ¿qué respondistes? dijo su compañera, conociendo por el ligero sonrosado que asomaba en las mejillas de la narradora, que había llegado al punto difícil, al nudo gordiano de la cuestión.

—¿Yo? preguntó Lia, con aturdimiento; ¿qué había de responder? Dijo primero que *no*; y como mi madre, sin poder contenerse, levantase la mano para darme una bofetada, respondí en seguida, mas que de prisa: *si, si, si*.

Doña Eugénia soltó una estrepitosa carcajada, y Lia imitó su ejemplo.

—Pero, mujer, añadió la primera cuando hubo pasado aquella mínima explosión de hilaridad; ¿acaso es feo el conde?

—No, no es feo: al contrario, es un arrogante mozo.

—¿Y entonces?

—No sé, repuso la futura esposa, empujando con desahogo la mano adelante el labio inferior, y encongiéndose de hastío, no sé, ... pero no me gusta.

—Pues yo conozco á su hermano D. Nereo, que vive en nuestro pueblo, y te aseguro que es un jóven recomendable bajo todos conceptos. Vámonos, picarilla: tú tienes algunos amoríos; algún maniquí de rizados melenas y voz melosa y enflautada te ha engatuzado....

—¡Ya, ya! repitió Lia en tono de burla golpeando con su piecito en la portezuela del coche; me fastidian, me empalagan, me revientan los hombres de esa clase. ¡Jesus y qué tontos son! ¡Dios me libre de ellos!

—¿Será entonces alguna poeta lloron y meditabundo, cuya sensibilidad, á prueba de caramelo, haya simpatizado con la tuya?

—Idem. contestó ella volviendo pausadamente la cabeza con aire de reina.

—¿Será por ventura alguno de los altos magnates que no ha mucho han llegado de Río-Janeiro?

—Idem, idem, murmuró la jóven con mas desden todavía

—¡Ah, ya caigo! . . . continuó doña Eugénia, cada vez mas deseosa de arrancarle su secreto. ¿Será algún jóven patriota perseguido, uno de esos locos, estúpidos, ambiciosos que pretenden con un puñado de bandidos contrarestar el poder colosal de nuestro amado monarca D. Juan VI?

—No, tampoco, replicó tristemente la interesante enferma, como si la ofendiese á su pesar la manera de espresarse de su tía: y no los canseis, señora, porque os juro por lo mas sagrado que haya; que no he amado á nadie todavía.

—¿Y vas á casarte?

—Tantas cosas me ha dicho mi madre, y la tengo tanto miedo, que me resigno á ser tal vez desgraciada el resto de mi vida para evitar á mi querido y buen padre los males que le amenazan. D. Alvaro es muy poderoso, y seria capaz de todo por vengarse . . .

La conversacion iba tomando un sesgo triste y enojoso, que no cuadraba con el objeto que se propusiera doña Eugénia al entablarla; y para cortarla, nada le pareció mas oportuno que volver al tema que habian dejado.

—Pero no me has explicado aun cómo mi hermano otorgó su consentimiento.

—Mi madre hizo de modo que me interrogase un dia, estando ella en acecho en la pieza inmediata, y yo repetí como una cotorra lo que me habia enseñado. Papá se mostró

satisfecho, y en consecuencia, empeñó su palabra á D. Alvaro de que le otorgaría mi mano, no bien estuviese en disposicion de casarme.

—Y el galan, ¿qué tal? ¿Se mostró digno de esta prueba de aprecio y confianza que le dabas?

—Asi, asi. . . . cuatro meses despues partió para la corte con una mision especial del gobernador.

—Y ha escrito recientemente diciendo que volveria dentro de dos meses?

—Sí.

—Ya para entonces estarás restablecida y mas hermosa que ahora, dijo doña Eujénia con dulzura al notar la sombría nube de tristeza que se difundió en el rostro de la pobre niña.

—¡Ah, querida tia! exclamó ésta tomando sus manos y estrechándolas con efusion; ¡plegue al cielo que se dilate ese momento cuanto sea posible! . . .

El carruaje se detuvo para mudar caballos, y la conversacion se interrumpió. Por lo tanto, mientras se cambia el tiro, nosotros, que tambien estamos fatigados, suspendaremos nuestra narracion imitando su ejemplo.

•



El Yacaré.

Trasladada con su tia á la *Estancia* nuestra jóven enferma, solo se ocupó en restablecerse lo mas pronto posible para volver cuanto antes á la capital. Acostumbrada á vivir en el seno de los placeres, el campo, por mas que la agradase, debia serle muy pronto insoportable:

Sin mas sociedad que la de doña Eugénia y la muger del *capataz* (1), los dos en el último tercio de su vida, y por consiguiente incapaces de adaptarse á sus ideas, á sus sentimientos y á su manera de ver y concebir las cosas, no era extraño que echase de menos á cada instante á sus jóvenes y bulliciosas amigas, y á los festivos tertulianos que frecuentaban su casa.

Mediaba además otra circunstancia para que fuese mas grande este vacío. Las dos señoras, que frisaban ya en los cuarenta y cinco abriles, eran frenéticas *realistas*, pertenecian al partido de los intrusos, é intolerantes hasta el exceso, no consentian que prevaleciese sobre el particular otra opi-

(1) Administrador de la Estancia y encargado de hacer ejecutar las faenas rurales.

nion que la suya, y Lia, hija de un hombre que se habia distinguido entre los mas decididos patriotas en la lucha contra España, simpatizaba ardientemente con los pocos *orientales* que, fieles á sus principios, se negaban á plegarse al yugo de los usurpadores, y rechazan con desden las riquezas, las distinciones y honores que les brindaban en cambio de su apostasía.

El marido de doña Eugénia pertenecia al número de los que desde un principio, traicionando á sus amigos y abandonando vilmente al partido que los habia sacado del polvo y dádoles importancia personal y valor político, se adherieron al nuevo gobierno. Vileza que la córte de Rio Janeiro recompensó generosamente, como todos los gobiernos débiles y menguados, confiriéndole el mando, ó sea la *comandancia general* del departamento de Paisandú. Los camaleones políticos en todas partes y en todos tiempos. . . . el buen juicio del lector completará el período.

Ya hemos visto en el anterior capítulo cómo su esposa calificaba á los patriotas, sin acordarse que su propio hermano lo era. El diccionario de la maledicencia se agotaba en sus lábios cuando se hablaba de ellos.

Lia, con su carácter franco, con su ingenuidad de niña, cuyo corazón simpático é imaginación de fuego se entusiasmaba por todo lo que era bello y noble en sí, no podia oír tranquila que se calumniase en su presencia á aquellos heroicos proscritos, que, seguidos de un puñado de valientes, desnudos, sin armas, sin recursos, perseguidos en todas direcciones, sin mas amparo que su fortaleza, sin mas aliados que la desesperacion, sin mas esperanza que encontrar una muerte gloriosa en las lanzas de sus opresores, cuando

no en un cadalso convertido en el lecho de su gloria, todavía hacían estremecer los desiertos y las ciudades, las montañas y las llanuras, los ríos y los bosques con su formidable grito de guerra:

—¡Libertad ó muerte!

Las hazañas de los intrépidos guerrilleros llegaban en alas de la fama hasta la capital, magnificadas por la distancia, y engrandecidas por el misterio que los rodeaba. Tan pronto era un destacamento de mil hombres batidos por cien, como una división prisionera y pasada toda á tuchillo, ó la toma de un pueblo, ora la sorpresa de un campamento. Luego, los vencedores desaparecían como por encanto, y no se volvía á hablar de ellos hasta que un nuevo rasgo de valor, que rayaba en fabuloso, venía á esparcir la alarma y á poner en movimiento las numerosas tropas lusitanas y brasileñas desparramadas por todo el territorio y dueñas únicamente del suelo que pisaban.

Acaso creerán algunos que mentimos ó exageramos; pero llegaron á infundirles tal espanto las partidas de *montoneros*, que huían de ellos los usurpadores al solo amago. Por regla general, no aceptaban el combate sino veinte contra uno.

De esta manera las filas de los patriotas se fueron engrosando, y á no ser por la mala inteligencia y rivalidades de los jefes, es indudable que hubieran acabado con los intrusos, sin necesidad del refuerzo que mas tarde les envió Buenos Aires.

Los hombres, egoistas y mezquinos por lo comun, ó si se quiere, mas espuestos á comprometerse, guardaban una prudente reserva, esperando ver mas despejado el horizon-

te; no así el bello sexo, que acogia con el mayor entusiasmo las noticias favorables á los rebeldes, las propalaba, mantenía correspondencia con ellos, y los proclamaba en voz alta *beneméritos de la patria*.

Entre estos caudillos, modelo casi todos de audacia y heroísmo, Amaro, bajo el nombre de Caramurú, ocupaba talvez el primer lugar. Su fama se habia estendido, no solo por los departamentos de Tacuarembó y Salto, teatro de sus primeros hechos de armas, si que tambien por las dos riberas del Plata y estados limítrofes.

Los rumores que circulaban acerca de él eran muy extraños y contradictorios. Unos decian que era indio, otros mestizo ó mulato, y no faltaba quien asegurase que era bastardo y que pertenecia á una distinguida familia de *Rio-Grande*; pero lo cierto es que todos ignoraban su verdadero origen, y solo sabian que era un gaucho, en toda la estension de la palabra, que habia despreciado por tres veces el grado de general y una crecida suma de dinero que le prometió el gobierno portugués con tal que se sometiese, y que no pudiendo conseguirlo, habia puesto á precio su cabeza ofreciendo cien *contos de reis* (1) al que se lo entregase muerto ó vivo.

Lia habia oido hablar muchas veces de aquel hombre extraordinario, y muchas veces se habia llenado de entusiasmo y admiracion al escuchar las cosas inauditas que se contaban de su arrojo, de su presencia de ánimo, de su indomable fiera, de su desinterés, y del juramento que hiciera de sacrificar su vida en aras de la patria ó libertarla de sus

[1] Cien mil duros: hoy el *conto* en el Brasil solo asciende á quinientos.

opresores. Su viva imaginacion se lo pintaba con los mas alhagüeños colores, y estaba persuadida que le conocería en cualquier parte que le viese y le distinguiría entre mil personas antes que le dijeran su nombre. Lisonjera ilusion que la realidad debía desvanecer muy pronto. . . .

Como el médico le tenia recomendado el ejercicio por la mañana, se levantaba muy temprano, y se iba á pasear con un libro en la mano por las márgenes del rio, que quedaba á unas quinientas varas de la casa.

Una vez, distraida con una novela que le interesaba en extremo, se alejó mas que de costumbre, y sintiéndose fatigada, se sentó en el tronco de uno de los sauces que crecian á las orillas, y continuó su lectura sin acordarse de la prevencion que la habian hecho de no encaminarse nunca por aquel lado, cubierto de tupidas enredaderas, juncos altísimos, y espesos cañaverales.

Cuando mas engolfada estaba, oyó á poca distancia un ruido seco y áspero, acompañado de un quejido lastimero que erizó sus cabellos, y heló la sangre en sus venas. Estallaban las cañas huecas y se doblaban los crugientes juncos como si rodára por encima de ellos una pesada mole de bronce:

Lia, pálida y temblorosa, trayendo á la memoria las aterradoras palabras de precaucion que habia olvidado, dejó caer de las manos el libro, y clavó sus espantados ojos en el paraje de donde parecia venir el ruido, que iba en aumento.

Poco duró su incertidumbre; un grito desgarrador se escapó de su pecho, y sin saber lo que hacia, echó á correr, no para la estancia, sino en direccion á la selva.

Un enorme yacaré, anfibio, de la misma forma que el cocodrilo y tan feroz como él; seguia sus huellas, ora gimien-

do como un niño, ora exhalando un sordo rujido, semejante al rechinar de una sierra cuando tropieza con un clavo ú otro cuerpo que no puede partir.

Este ruido, indicio de la cólera del animal cuando se le escapa su presa, es ocasionado por el choque de sus mandíbulas, armadas de una triple hilera de dientes, tan afilados como los del tiburón.

A los clamores de Lia, un hombre que parecía venir de la selva cerró espuelas á su caballo, y gritándole: — ¡Corred á derecha é izquierda. . . serpeando! » sacó sin pararse un pañuelo, y se lo ató por los ojos á su corcel, como acostumbran los picadores cuando su rocin, no sabemos si de hambre ó de flaqueza, se empeña en retroceder ante el toro.

La aparición, y sobre todo, la advertencia del desconocido, no pudo ser mas oportuna. El yacaré ganaba terreno por instantes, y la jóven, oyendo cada vez mas cerca el rumor de sus escamas al arrastrarse por el suelo, y el chasquido de su gruesa cola que se movia á un lado y á otro como la pala de una canoa, sentia que se le agolpaba la sangre al corazón, que inundaba su frente un sudor frio, y que una rijidez mortal paralizaba sus miembros y derramaba en todo su cuerpo el hielo de la muerte.

— ¡Corred á derecha é izquierda. . . serpeando! repitió por segunda vez el desconocido, ya á cincuenta pasos, y haciendo girar por encima de su cabeza el arma de los gauchos, cuando quieren matar á un animal ó á un hombre sin bajarse del caballo; la terrible *bola perdida*. (1)

[1] La bola perdida es una esfera de bronce, hierro ó piedra del tamaño del puño, forrada en piel de vaca, sujeta á un cordel para arrojarla hasta á doscientos pasos de distancia, ó dar el golpe mortal sin soltarla. Es increíble la fuerza que lleva con el girar del brazo y la carrera del caballo.

Lia, al verle, hizo un postrer esfuerzo, y obedeció instintivamente á aquella voz vibrante y poderosa, que le infundia nuevo aliento, resonando en sus oídos como el éco de un ángel que bajase del cielo para salvarla.

Y la salvó en efecto, porque el *yacaré*, como todos los animales de su especie, corre con bastante rapidéz en línea recta, pero teniendo que volver el cuerpo, es tardo y se le burla con facilidad variando al huir de dirección.

No obstante, Lia estaba tan fatigada, que probablemente habria sido víctima al fin del espantoso reptil, á no interponerse entre ella y él su libertador.

Pasó este á escape, y sin detenerse se inclinó y descargó un tremendo golpe en la cabeza del yacaré; pero la férrea bola, en vez de herirle en una de las concavidades de la frente, como pensó el gaucho, chocó en el capacete del cuello, y rechazada, resbaló á lo largo del espinazo.

Al mismo tiempo el caballo, volviéndose de pronto, olfateó al caiman, y acometido de un temblor nervioso, se replegó sobre sus cuartos traseros, crispadas las piernas delanteras, enhiesto el cuello, erguidas las orejas, erizada la crin, y aspirando y despidiendo el aire con un ardiente y prolongado resoplido, insensible á la espuela y aun á los golpes de bola que le descargaba el jinete, cual si hubiera echado raíces en la tierra.

El yacaré, que estaba hambriento, fijó en él sus pequeños ojos de serpiente inyectados de sangre, se incorporó velozmente, y le clavó en el pecho sus dos garras, armada cada una de cinco puñales, porque no merecen otro nombre, las aceradas púas que las defienden.

Caballo y caballero rodaron sobre la yerba: Lia dió un grito, alzó las manos al cielo, y cayó desmayada.

Entonces tuvo lugar una de aquellas escenas horribles que solo se ven en los bosques de América.

El caballo quedó muerto en el acto, y á esto debieron su salvacion Lia y el desconocido. El terrible anfibio le habia abierto en el pecho una ancha puerta, por donde salia un raudal de negra sangre, que él bebia ávidamente sin reparar en los dos desgraciados que, tendidos á veinte pasos, sin conocimiento el uno y atontecido el otro por la caída, habrían podido pasar de su letargo á la eternidad sin oponerle la menor resistencia.

Cuando el reptil se hartó de beber, metió su larga y aplastada cabeza por el pecho del caballo para devorarle las entrañas. El gaucho se levantó, y conceptuando inútil la *bola perdida*, vista la imposibilidad de herirle en la cabeza, se le fué acercando cautelosamente, y con mano firme y certera le escondió en la juntura de una de las patas delanteras la hoja de su puñal hasta el pomo, revolviéndosela dentro el breve instante que tardó el yacaré en sacar la cabeza de los encuentros del caballo.

El agresor, impenetrable y sereno, retrocedió dos pasos, y volvió á esgrimir la *bola perdida*.

Esta vez el golpe fué mas certero; la metálica esfera se hundió toda en una de las concavidades de la frente, y los sesos del animal asomaron al través de la rasgada concha.

Iba el valiente gaucho á ultimarle con nuevos golpes, cuando el reptil comenzó á dar vueltas, desatentado y furioso, escarbando la tierra y arrojando sangre por la boca; de repente se detuvo, dió un rugido, acompañado de un fuerte

sacudimiento, y agitándose con las ansias de la muerte, cayó de espaldas, encogió las patas, y espiró. Tenia partido el corazón.

El vencedor corrió donde estaba Lia desmayada, la tomó en sus brazos, y la contempló algunos minutos con el enbeleso de una jóven madre que acaba de salvar á su primer hijo de una enfermedad mortal.

Un pensamiento indigno del desconocido cruzó por su frente.

—¡Qué bella es! murmuró; intenciones me dan de llevármela....

Y giró la vista á su alrededor, como para cerciorarse de que estaban solos y podia impunemente realizar su intento.

—¡Pero es tan jóven, continuó, tan delicada....y su aire, su traje, todo indica que pertenece á otra clase muy distinta de la mia....y sin embargo!....

El gaucho la seguía mirando irresoluto y dudoso; por fin, se dijo:

—No, ¡sería una infamia!

Lia abrió los ojos, y al verse en los brazos de un hombre, al tropezar con sus miradas fascinantes y abrasadoras, por un involuntario impulso de pudor se cubrió el rostro con las manos, y trató de ponerse de pié.

Comprendió él su deseo, y se apresuró á satisfacerlo. Lia le dió las gracias, y después de informarse muy minuciosamente de los pormenores que ignoraba y preguntarle si estaba herido, le suplicó la acompañase á la estancia, por que deseaba presentarlo á su familia.

—Gracias, hermosa niña; mil gracias, contestó él tristemente; y si de algun modo quereis recompensarme el

corto servicio que he tenido la suerte de haceros, guardad el mas profundo silencio acerca de nuestra aventura.

—¿Por qué? preguntó Lia sorprendida.

—Por dos razones: la primera, porque os privarán en adelante de salir sola; y la segunda, porque no me conviene llamar aquí la atencion de nadie.

—¿Seriais acaso uno de esos valientes que andan errantes y perseguidos por su noble amor al suelo que les vió nacer?

—Tal vez, respondió el interpelado, sonriéndose del calor y entusiasmo con que se espresaba la jóven republicana.

—Pues entonces. . . .

—¿Qué?

—Veo que teneis razon; seguiré vuestro consejo.

—¿Y no vendreis á verme alguna vez?

—¿Por qué no? repuso Lia con afabilidad. Me habeis salvado la vida, y no soy ingrata. . . .Ademas, el motivo que os obliga á ocultaros es un título que os hace mas digno de mi aprecio. . . .

Un relámpago de alegría iluminó el semblante varonil y melancólico del proscripto.

—¡Ah! esclamo; que no sea en esta, sino en otra parte del rio. Este es un paraje muy peligroso, y no sé cómo os habeis atrevido. . . .

—Me lo habían dicho, contestó Lia moviendo la cabeza; pero lo olvidé distraida con la lectura.

Y dándose un golpecito en la frente, sacó del seno un pequeño reloj del tamaño de medio duro embutido de perlas, y añadió con el infantil candor y ligereza de una niña:

—Ya son las diez. y me estarán aguardando para al-

morzar. . . . Con qué hasta mañana, ¿eh? . . . No vaya á venir alguno y nos encuentre juntos.

El gaucho la acompañó en silencio, y cuando llegaron á los últimos cañaverales, se detuvo y estrechó y besó la mano que Lia le tendió con una sonrisa angelical y un afectuoso:

—Adios: hasta mañana á las seis.

—¡Adios! respondió él, y siguió mirándola hasta que se perdió de vista en el pequeño declive que formaba la cuchilla sobre que estaba edificada la casa de la Estancia.

—¡Qué hermosa, qué ingénuo, qué inocente es! decía él al retirarse, mientras ella por su parte añadía:

—¡Qué gallarda presencia y qué aspecto tan agradable tiene! ¡Qué valiente es! ¡Cuánto me gusta! . . . De buena gana le trocaria por mi insulso conde. . . .

Y en verdad que no iba desacertada, porque Amaro, pues no era otro el personaje que ha figurado en todo este capítulo, aunque gaucho, valía mil veces mas, física y moralmente, que el egregio y elegante D. Alvaro Abreu de Itapeby.

VI.

Amor vírgen.

Esa noche por la vez primera de su vida huyó el sueño de los párpados de Lia. Estraños pensamientos se levantaban en su pecho; experimentaba el desasosiego y la inquietud fébril que se apoderan de nosotros cuando un objeto nos preocupa fuertemente el ánimo. La imágen del desconocido la perseguía vagando en torno de ella: cerraba los ojos para no verla, y la sentia aproximarse y resbalar como un céfiro suave por sus sienes palpitantes. . . .

Recordaba su aspecto melancólico y lleno de majestad, sus facciones varoniles, la espresion arrogante y avasalladora de su mirada, la proscripcion que pesaba sobre él, y cada vez le encontraba mas interesante; cada vez su ardorosa imaginacion se empeñaba en rasgar con mas ánsia el misterioso velo que le envolvía.

—¿Quién era? ¿Qué esperaba? ¿Cuáles serían sus proyectos?

Hé aquí lo que ella se preguntaba mil veces sin hallar una respuesta satisfactoria á sus dudas; hé aquí el enigma que se proponia, sin acertar á descifrarlo.

Y era que Lia, sin saberlo, habia encontrado al hombre

de sus ensueños, al tipo que reflejaba sus delirios é ilusiones de mujer; hombre antes que todo gallardo, intrépido, valiente, con aires de rey destronado, y perseguido por una noble causa, ¿qué mas se necesitaba para insinuarse en el corazon y electrizar la fantasía de una tierna niña, entusiasta por las ideas democráticas, y harto propensa, como la generalidad de las mujeres, á impresionarse por todo lo que se presentaba á sus ojos con el irresistible prestigio de una verdadera superioridad física y moral?

¿Qué extraño era esto? Su alma, como la cuerda de un instrumento sonoro, que solo aguarda el arco que ha de hacerla vibrar, estaba predispuesta de antemano á favor de Amaro, y para comprenderlo solo esperaba una mirada suya que encendiese el fuego que en ella se escondia, un acento que sacudiese la fibras de su corazon, modulando suavemente su nombre.

Y lo mismo le sucedia al proscrito: habian nacido el uno para el otro; su alma era una sola, que la Providencia en sus juicios impenetrables habia dividido en el cielo para que volviesen á unirse en la tierra. Amaro no había amado á mujer alguna antes de conocer á Lia.

Por eso cuando la vió en sus brazos, la primer idea que se le ocurrió, el primer indomable y vehementísimo deseo que le asaltó, fué llevársela al fondo de los bosques, y allí de grado ó por fuerza, conquistar su cariño sin abusar de su debilidad. Encerraba demasiado nobleza el alma del gaucho, y le conmovian demasiado los pocos años, la hermosura y la inocencia de Lia para cometer tal infamia.

¡ Ah, no lo acuseis por su conducta, al parecer tan poco caballeresca! Vosotros. con vuestros hábitos é ideas euro-

peas, difícilmente comprenderéis la primitiva espontaneidad del hombre de los desiertos, cuya enérgica voluntad no se ha plegado jamás á la de nadie; al hombre que obedece ciegamente á sus instintos, y que marcha de frente al fin que se propone, y se estrella contra los obstáculos ó los anonada, sin buscar para ello estraviadas sendas ó largos rodeos, como hacemos nosotros los hijos de la civilizacion.

Fué necesaria toda la nobleza de que era susceptible Amaro, y toda la juventud é inocencia de Lia, para que aquel no se dejase arrebatar de su primer impulso. Accion sobrehumana en el gaucho, y mucho mas en el *montonero*, acostumbrado á imponer la ley á cuantos le ródaban. Veamos ahora si tuvo motivos para arrepentirse de su noble proceder.

A la mañana siguiente, Lia, fiel á su palabra, acudió á la cita en el paraje convenido.

Aquella parte, como toda la márgen del rio, estaba cubierta de árboles y de un basto *pajonal* (1), que se estendia á la derecha de un radio de cuatro mil varas.

Difícilmente se concebiria una localidad mas á propósito para una discusion erótica, ó llámese de contrabando; al través de los árboles se veia desde lejos á los que cruzaban por los alrededores ó venian de la Estancia, los cuales necesitaban trasponer la cuchilla, y en tanto el galan, la dama, ó los dos juntos si asi les conviniese, podian resguardarse de sus impertinentes miradas en el *pajonal*, aunque al entrar buscasen refugio en sus pantorrillas ó brazos alguna araña descomunal, mas negra que el hollin, algun alacran, lagarto, gato de monte, perro *cimarron*, tábano venenoso,

(1) Yerba que crece hasta la altura de un hombre.

hormiga idem, víbora de coral, ú otro inofensivo animalito por el estilo, de tantos como Dios crió en la tierra americana sin duda para que sus habitantes aprendan prácticamente la historia natural.

Pero estos pequeños percances y otros que no mencionamos por no fastidiar al lector con digresiones inútiles, eran flores para Amaro, como para el protagonista de cierta comedia los *silbidos arrullos*, y los *vituperios alabanzas*. Lo que aquel buscaba era la seguridad de Lia, y que nadie pudiese sorprenderlos. ¿Qué importaba lo demás?... Él era quién había de esconderse en el pajonal, y ya sabía precaverse de las picaduras de los insectos y de las mordeduras de los cuadrúpedos y reptiles.

Cuando Lia llegó, encontróle apoyado contra el tronco de un tala, siguiendo con la vista la corriente de las cristalinas aguas, y tan abismado en sus tristes pensamientos, que no se apercibió de su aproximación.

--¡Amigo mio!... dijo la jóven con timidez.

El gaucho alzó rápidamente la cabeza, y se descubrió, preguntándola como había pasado la noche.

--No muy bien, contestó; me he desvelado pensando en el *yacaré*. ¿Y vos?

Amaro se sonrió; pero guardó silencio.

--¿No quereis contestarme? Bien, añadió Lia, interpretando á su favor la sonrisa del proscrito.

--Pues yo tampoco he dormido.... dijo este despues de un instante.

--Pensando en el *yacaré*?... Preguntó la jóven encendida como una grana, temiendo y deseando que le respondiese lo que confusamente preveía.

—No: en un ángel que Dios me enviaba para librarme de la muerte.

Al pronunciar Amaro estas palabras, clavaba sus centelleantes ojos en los de Lia que inclinaba los suyos teñida la frente de púdico rubor y sin poder soportar la fulgurante radiación de su mirada.

Los dos bajo la impresión de una misma agradable idea, permanecieron en silencio algunos minutos. Por fin Lia se atrevió á romperle: su corazón latía con violencia.

—Amigo mío, le dijo con un timbre de voz que revelaba su profunda emoción, ¿podré saber á quien tengo la dicha de deberle la vida?

Amaro la miró enternecido.

¡Ah! os interesais por el desventurado proscrito, exclamó: tal vez cuando sepais su nombre os cause horror....

—No: ¿por qué?....

—Porque mis enemigos, mis cobardes enemigos me han calumniado atribuyéndome los crímenes mas atroces... ¡Villanos!... ¿No habeis oido nunca hablar de un indio, de un mestizo ó mulato, renegado de nuestra santa religion, que tala los campos, incendia los pueblos, pasa á cuchillo á los prisioneros, no respeta el pudor de las mujeres, y hasta se atreve á profanar los templos y á poner sus impías manos en los ungidos del Señor?....

—Pero por Dios, ¿quién sois? tornó á preguntar la jóven con doble interés y curiosidad.

—¿Me jurais no huir de mí cuando os lo diga?

—¡Si!

El gaucho se acercó á ella, giró la vista en torno suyo, y casi al oído, con voz apagada, murmuró:

—Me llamo Amaro, y los intrusos me apellidan . . .
¡Satanás! . . .

¡Caramurú!!! exclamó Lia con un grito de sorpresa, que Amaro creyó producido por el espanto; pero su recelo se desvaneció al punto, al ver la inefable delectacion que bañó el rostro de la jóven.

Lia, ébria de gozo, le miraba de arriba abajo con avidez, como si dudase de lo que veía. Aquel hombre vivía en su imaginacion hacía tiempo, y le profesaba ella ese afecto vago y misterioso que suelen inspirar los génius á sus admiradores.

Amaro, no sabiendo á que atribuir aquel escrupuloso exámen, dijo sonriéndose.

—Sin duda, con los rumores que circulan acerca de mí estaríais persuadida que era un demonio en figura de hombre.

—Al contrario, muchas veces al oír hablar de vos me formé una idea que la realidad confirma, y me admiro únicamente de no haberos conocido desde el principio . . .

—¿Y ahora tendré derecho á preguntaros vuestro nombre? añadió el gaucho.

—Me llamo Lia, contestó ella, callando intencionalmente su apellido. Presentía que Amaro iba en breve á ser dueño de su corazon, y no quería que llegase á saber que estaba comprometida, y que este corazon tan puro y virginal ya no le pertenecía.

Un nuevo horizonte de felicidad se descorría ante sus ojos, y fuese admiracion, entusiasmo, gratitud ó amor, el deseo de conquistar su aprecio y cariño se despertaba en su alma, vehemente é irresistible. Hasta entonces habia visto,

sin comprenderlas, las miradas abrasadoras de los hombres, y escuchado sus alabanzas con la mas completa indiferencia. Ahora las tiernas miradas del proscrito la llenaban de una dulce agitacion, y sus lisonjeras palabras dilataban su pecho y henchían su alma de placer.

La hora de separarse llegó pronto, mas pronto de lo que ellos desearan.

Para los dichosos, el tiempo no corre, sino que vuela, Amaro estrechó dulcemente la mano de Lia, y creyendo inútil encargarle la mayor reserva sobre el secreto que acababa de confiar á su amor, se contentó con rogarla que no faltase al dia siguiente.

—No, no faltaré, contesto ella, retirando la mano que su libertador se olvidaba de soltar.

Amaro tomó el camino de la selva y ella el de la Estancia; pero á los pocos pasos volvieron ambos á un tiempo la cabeza, y se saludaron con la sonrisa en los lábios, casualidad que se verificó mas de una vez, y que solo se esplica por ese magnetismo, ó sea *doble vista* del amor, que adivina los movimientos é ideas de la persona amada aun cuando estén separados por largas distancias.

—Ella me amará, se dijo Amaro al sorprender una de aquellas miradas furtivas de la hermosa, que se alejaba repitiéndose llena de rubor y orgullo:

—¡El me ama!...

Lia, con el instinto propio de las mujeres, había conocido, á pesar de su inesperienza, lo que su futuro amante no habia hecho mas que vislumbrar. El vacilaba apelando al porvenir: ella media de una ojeada el tesoro de pasion que escondía el pecho del proscrito, y se decia apoderándose de él:

—¡Ya es mio!

De este modo continuaron viéndose por espacio de tres semanas: al cabo de este tiempo Amaro declaró su amor á Lia, y oyó de sus lábios la ingénua confesion de que era correspondido, y que antes de conocerle por ningun hombre habia sentido lo que por él.

Entonces mediaron esplicaciones muy dolorosas para ambos. Lia le declaró, firme en su plan de ocultar la verdad, que era hija de un comerciante de Guadalupe (1); y como él, al saber que era amado, le manifestase su intencion de ir á verle para pedirla en matrimonio, la pobre niña, arrepintiéndose demasiado tarde de su mentira, pensó descubrir la verdad para disuadirle de su intento.

—Has de saber, le dijo bañada en llanto, que mi padre ha empñado su palabra de honor y ha ofrecido mi mano á otro hombre. . . .

—¡Dime su nombre, su nombre! . . . repitió el gaucho con reconcentrada ira.

Lia leyó en sus ojos la sentencia de muerte del desgraciado cuyo nombre pronunciáran sus lábios.

—Es un primo mio, contestó friamente, y harías muy mal en matarle, porque yo no le quiero.

—Pero te casarás ó te casarán con él, continuó Amaro en el mismo tono.

¡Jamás! . . . ¡Tuya, ó de Dios! . . . replicó Lia con un acento tan veráz y arrojándole una mirada tan llena de ternura y sublime resignacion, que su amante no pudo menos de creérla.

(1) Villa cabeza del Departamento de Canelones.

Otros quince dias trascurrieron, como quince minutos. Lia guardó su secreto, y Amaro, empeñado en dar cima á sus planes de preparar una sublevacion general en el Departamento, lo esperó todo del porvenir y del sincero afecto de su amada. Sus ilusiones no debian durar mucho.

Una mañana se presentó Lia llorosa y abatida: la tarde anterior habia recibido una carta de su padre en que le anunciaba que estaria en la Estancia dentro de cuatro dias, para llevársela á Montevideo, ya que felizmente se hallaba restablecida del todo. Y no era esto lo peor, sino que añadia á renglon seguido que D. Alvaro, el odioso conde, habia vuelto de Rio Janeiro y tendria el gusto de acompañarle, junto con su madre, que solo por esta circunstancia habia podido resolverse á salir de la capital.

Lia estrujó la carta entre sus manos, la rasgó en mil pedazos, y maldijo la hora y el momento en que se habia tomado aquella resolucion.

—¿Qué tienes, alma mia? le dijo tiernamente Amaro al verla tan triste.

—¡Ay! ha llegado el momento de separarnos, respondió ella deshaciéndose en lágrimas.

—¿Separarnos?... ¡Jamás! replicó su amante con fiereza; ¿quién, quién en el mundo puede separarnos?

—Mi padre, que vendrá dentro de cuatro dias.

—¡Ah, tu padre!...

El proscrito inclinó la cabeza sobre el pecho como abrumado por el tropel de ideas que afluián en torbellino á su mente. Los rizos de su larga cabellera, agitados por el viento de la mañana, ondeaban sobre su rostro como un espeso velo que recatase su mortal angustia, mientras ella

con palabras entrecortadas por el llanto, procuraba en vano disipar su pena.

—¡Amor mio! le decía, créeme por lo que mas ames en la tierra. . . . ni nada ni nadie me harán ser infiel á mis juramentos. . . . Mi corazon, mi vida, mi alma son tuyos. . . . y antes que pertenecer á otro, dejaría de existir. . . . ¡Sin tí nada quiero. . . . ni la gloria eterna!

Amaro, al oirla, se estremeció, semejante á un corcel gaucho cuando escucha el estrépito de los tambores, atabales y clarines que dan la señal de acometer, y alzando rápidamente la cabeza, se echó atras con ambas manos sus ondeantes cabellos, y exclamó:

—Lia, ¿me amas?

—¿Si te amo? . . . ¡No! . . . ¡Te adoro, te idolatro! contestó ella con toda la vehemencia y pasion de que es susceptible una mujer locamente enamorada.

—Pues si me amas, añadió él acentuando las palabras, ¡es preciso que lo abandones todo por mí!

—Te seguiré, respondió la inesperta niña sin saber lo que decía; pero apercibiéndose al punto de la gravedad de su compromiso, añadió sollozando:

—¡Ah! ¡no puedo. . . . no puedo, no! . . . Mi padre. . . . mi pobre padre se moriria de pena!

—Tienes razon, contestó friamente el gaucho en ademán de retirarse, y enternecido á su pesar por las lágrimas de Lia; tienes razon. Al fin yo no soy otra cosa que un despreciable gaucho *sin Dios ni ley*, como decís vosotros los de la ciudad, y tú eres rica, hermosa y de elevada cuna. . . . ¡Conmigo serías muy desgraciada! ¿Qué podría yo brindarte en cambio de la felicidad que me sacrificarías? . . .

¡Nada! . . . Nada, Lia; solo un nombre infamado, y la miseria, los azares, los contratiempos y penalidades de mi borascosa existencia. . . . ¡Adios! ¡El te haga tan dichosa como yo deseo! Si alguna vez oyes decir que he muerto, no derrames ni una lágrima por mi memoria. Olvida para siempre al desventurado proscrito. ¡Adios!

—¡No, no te irás! exclamó Lia asegurándole de un brazo.

Amaro volvió el rostro, y entonces Lia pudo notar dos gruesas lágrimas que rodaban á lo largo de sus mejillas. Aquel hombre terrible, á quien llamaban sus enemigos Satanás, acaso por la vez primera sentia humedecidos sus ojos por el llanto.

—¡Adios! tornó á repetir, insensible á los ruagos de su amante.

—Te seguiré, ingrato; te seguiré. . . . haré lo que quieras, dijo Lia estrechándole ciega entre sus brazos.

—Reflexiónalo bien.

—La infamia, el deshonor, la misma muerte, ¡todo lo acepto por tí!

Los labios del gaucho estamparon el primer beso en la púdica frente de su amada.

—No: de hoy en adelante, eres mi esposa; no faltará quien bendiga nuestro enlace: yo conquistaré gloria y riquezas para ti. Algun dia se ha de eclipsar la negra estrella que me persigue: entre tanto el desierto es grande, y en él encontrarás siempre una choza donde guarecerte y servidores fieles que te acaten como á su reina. ¿Ves ese dilatado bosque que se pierde de vista, donde nadie se atreve á penetrar temiendo á las fieras que en él se escon-

den? Pues allí, allí hay mas de cuatrocientos *montoneros*, que solo esperan una palabra mia para alzar el estandarte de la rebelion en este punto; pero todavia no ha sonado la hora de recomenzar la lucha. . . . Somos muy pocos, y no tenemos ni armas, ni pólvora, ni balas. . . . Allí vivirás hasta que caiga el odiado pendon portugués de los muros de Paysandú, y ondee en su lugar la bandera azul y blanca.

Una vez resuelta Lia, concertaron el modo de llevar á cabo su evasion, la cual no podia verificarse sino de noche, porque antes de llegar al bosque tenian que atravesar un gran trecho ocupado por los rebaños de la Estancia, y podian ser detenidos ó vistos por los *peones* que los guardaban; y á Amaro en aquella circunstancia le interesaba, como habia indicado antes, no despertar la mas leve sospecha, y mucho menos dar márgen con una imprudencia semejante á que entrasen en la selva buscando á Lia y descubriesen á sus amigos.

Convinieron, pues, en que ella ganaría al esclavo que cuidaba de las puertas, para que cerrase una en falso á fin de que pudiese salir á media noche, al oír la señal acordada que era el *canto del Aguará*, y aplazaron su ejecucion para dos dias despues.

Pero no bien se separó Lia de Amaro, no bien la fria calma de la reflexion sucedió al vértigo fébril de las pasiones, y se vió libre de la avallasadora é incontrastable fascinacion que aquel hombre ejercia en todo su ser, Lia retrocedió ante las consecuencias de su extravío, se arrepiñtó de su debilidad, recordó enternecida la desesperacion de su buen padre que tanto la quería, y despues de una obstinada lucha entre su amor y su deber, en la que triunfó por

fin éste, se propuso engañar á su amante con plausibles pretextos hasta la llegada de D. Carlos....

Hemos visto en el capítulo primero cómo la agreste impetuosidad del gaucho desbarató sus planes, y cómo, á pesar de sus buenos deseos, á pesar de su heroica resistencia hasta el último momento, fué robada de la Estancia de su tía y conducida.... ¿donde?.... el título del siguiente capítulo os lo está diciendo.

La guarida de Amaro.

El brillante lucero precursor de la mañana, como la primera centella de un volcan que ilumina la cúspide de la montaña que le sirve de base, trepaba de *cuchilla en cuchilla*, dejando en pos de sí un rastro luminoso, cuando Lia y su raptor penetraban en el bosque.

El fresco ambiente de la noche y el rápido movimiento del caballo despertaron á la hermosa de su letargo. Los latidos de su corazon se confundían con los de su amante, y mas de una vez los cabellos de este, flotando á merced del viento, rozaban sus mejillas y garganta.

Amaro la llamaba por su nombre, la estrechaba contra su pecho, y prodigándole las mas tiernas espresiones de cariño, procuraba hacerla volver en sí. ¡Empeño inútil! Lia, aunque despierta, permanecia con los ojos cerrados sin responder á sus apasionadas palabras.

Encontrábase en una de esas mil situaciones en que la razon es impotente para hacernos superiores al sentimiento que nos domina, por mas que pretendamos vencerlo, conociendo el perjuicio y los males que va á ocasionar-

nos. Lia, arrancada violentamente de su hogar, obligada contra su voluntad á sellar con el baldon de la infamia las venerables canas de su padre, hubiera deseado tener la entereza suficiente para hechar en cara á Amaño su desleal proceder, y rogarle que la dejase libre ó la matase, pues prefería la muerte á envenenar la existencia del autor de sus dias, y esponerle ademas á la venganza de D. Alvaro, y acaso, acaso verse luego abandonada por el mismo que deshojaría la flor de su honestidad en cuanto quisiera, porque ella, inesperta y candorosa niña, que le amaba con todas las fuerzas de su alma, ni sabría ni podría resistirle; pero una voz mas fuerte se levantaba de su pecho en favor del proscripto.

—El te ama, le decia; él te adora; su conducta es hija de su violenta pasion, de los celos y de la certidumbre de perderte. Confia en su palabra: no será tan vil que abuse de tu debilidad y de tus pocos años. Serás su esposa, no su concubina, y cuando luzcan dias mejores, tu padre que tanto te quiere, te perdonará el haberte unido sin su consentimiento al primero de los libertadores de su patria.

Así raciocinaba Lia, sujeta ya á la fascinadora influencia de su raptor, cuyas dulces protestas escuchaba en tanto con el mismo embeleso que Eva las palabras de la serpiente. ¡Ay! ¡Es tan difícil á una mujer amante y amada no perdonar los arrebatos que su beldad inspira! ¡Es tan difícil en los primeros albores de la vida, cuando la felicidad nos ha sonreído desde la cuna, no verlo todo al través de un prisma encantador!

¿Cómo comprenderá un alma virgen, que no ha bebido aún en la amarga copa de la esperiencia, que tras ese cielo

de purísimo azul, que admiran sus ojos, se oculta la tempestad y el rayo? ¿Cómo querrá creer que las aves de rapiña, ó alevés cazadores, acechan á esos hermosos é inofensivos pajarillos, que, saltando de rama en rama, la encantan con sus gorjeos? ¿Cómo le asaltaré la idea de que bajo ese manto de verdura que cubre el suelo bordado de mil flores, á cual mas bella y fragante, se arrastran ponzoñosos reptiles é inmundos insectos, que se nutren y forman su veneno de ellas? ¿Cómo se imaginará, en fin, que el caudaloso río, que corre impetuoso á confundirse con el mar, agotado por los ardores del estío, se convertirá en fétido pantano?

Los fugaces temores de Lia se desvanecieron, y si no la alegría, la confianza volvió á su pecho. Si algun triste recuerdo involuntario, si alguna idea fatigosa, si algun fatal presentimiento venian á intervalos á preocupar su espíritu, ante la radiante llama de su amor, recuerdos tristes, ideas penosas, fatales presentimientos, depurábanse variando de forma y de color, como varían de forma y de color en el laboratorio de un alquimista varios fragmentos de metal, reducidos al estado de fusión, y trocados en una sola masa compacta y brillante. •

La marcha mas lenta del caballo, que en breve caminó al paso, y el ruido de las ramas, indicaron á Lia que entraban en el bosque.

No había en el senda alguna: el corcel, guiado por el instinto, se habia caminado por entre los arbustos, enredaderas y plantas parásitas que ligan unos árboles con otros, y forman un muro de verdura bastante espeso para que no se distinguan dos personas á una vara de distancia.

A medida que adelantaban, la selva se hacía mas impenetrable, el caballo retrocedía frecuentemente; tomaba á la derecha, luego á la izquierda, metía la cabeza entre los matorrales, husmeaba la yerba, y así, variando á cada momento de direccion, anduvo como dos leguas, hasta que llegó á una especie de pradera en medio del bosque, formada recientemente por el incendio de los árboles y de la maleza, cuyas cenizas cubrian todavía el suelo como una capa de menuda arena.

El caballo tomó el trote lleno de alegría, y Amaro respiró tranquilo. Hasta entonces el sobresalto de tropezar con alguna de las muchas fieras que tambien tenían allí su guarida, le habían hecho temblar mas de una vez, no por él, sino por su compañera, que ignorante del riesgo que corría, continuaba con los ojos cerrados, como si estuviese desmayada.

Un prolongado y confuso alarido, tan lúgubre como espantoso, resonó á lo lejos, semejante al estruendo de una gigantesca mole que se desploma de una montaña, rodando de roca en roca, y rompiéndose en pedazos al chocar contra ellas. Diríase, en medio de la soledad y pavoroso silencio que allí reinaba, que se había abierto la tierra, y los demonios, presididos por Satanás, acudían en tropel á celebrar algun diabólico festin.

Mil voces, ó mas bien ahullidos distintos, formaban una algarabía verdaderamente infernal. Lia, trémula y azorada, se abrazó fuertemente al cuello de su amante, encomendándose á todos los santos del cielo.

Amaro se sonrió, y tomando el galope, le dijo:

—No te asustes, ángel mio; son los *mastines* de mis

montoneros qué me han sentido... ya están aquí; míralos...

Un centenar de perros, la mayor parte barcinos, y algunos casi tan grandes como los de Terranova, aunque mas flacos y desnudos del abundante vellon que adorna á aquellos, salian á su encuentro ahullando y ladrando á la vez.

Silbó el gaucho tres veces, llamó á algunos por su nombre, y reconociéndole ellos, cesó al punto su atronador clamoreo, y se le acercaron en tumulto meneando la cola y dando saltos de alegría.

—¡Míralos, alma mia, añadió Amaro riendo del pueril temor de Lia, que temblaba como una hoja; míralos qué bonitos son!

—Serán muy bonitos, pero me dan miedo, contestó ella sin volver la cabeza y siempre abrazada á su cuello.

En efecto, aquellos animales, aunque domesticados, ademas de ser muy feos, tienen algo de selvático y feroz que impone, debido sin duda al oficio que desempeñan cerca de sus amos. Son sus guardadores, sus centinelas de noche y de dia: sin su auxilio sería imposible vivir en nuestros bosques. Al menor descuido, los salvajes, un tigre ú otro animal cualquiera sorprenderían al que osase internarse en ellos. No así cuando una buena *trahilla* defiende la localidad que ocupan los que por su oficio; como los leñadores, ó por necesidad, como los que andan ocultos, escojen para fijar su residencia á veces por largos años.

A los ladridos de los perros salieron de sus ranchos unos cuatrocientos gauchos blancos, negros, indios y mestizos, acompañados de algunas mujeres.

Eran los *montoneros* de Amaro, los emigrados de Taquarembó y Salto.

La mayor parte estaban casi desnudos: apenas un *chiripá* de jerga ó un raído *vichard* (1) cubría sus miembros ennegrecidos por el sol y por la pólvora; pero en su porte altivo, en su arrogante mirada, en la satisfacción que demostraban al inclinarse delante de su jefe, se conocía que eran *voluntarios* y que soportaban con gusto las penalidades y la miseria á trueque de alcanzar con su constancia mas tarde ó mas temprano el premio de sus afanes, el triunfo de la noble causa que defendían con tanto arrojo como tenacidad.

Lia contemplaba con asombro aquellos rostros varoniles, tostados por el sol y por los cierzos, aquellas miradas fijas é imponentes, aquellas crinadas cabelleras, aquellas anchas espaldas y levantados pechos, señalados algunos por el sable y las balas de los iberos y lusitanos, ó por las flechas y las lanzas de los infieles, y se admiraba interiormente del respeto y del gozo con que recibían á su amante. Mucho debia valer este, en muy alto concepto de esforzado debían tenerle, muy grande, muy lejitima y digna debía ser su fama, para que tales hombres reconociesen su superioridad, le prestasen obediencia, abandonasen sus hogares por seguirle, y aceptasen la proscripción, el esterminio que pesaba sobre los que militaban bajo las banderas de los *montoneros*.

Amaro se apeó, entregó el caballo al que estaba mas inmediato, atravesó en silencio por medio de ellos, y se

(1) Poncho de lana fabricado en el país.

dirigió con su amada á un *rancho* que quedaba en el centro y que sobresalía entre los cuarenta ó cincuenta que formaban aquella errante colonia, como descuella el *camalote* (1) entre las algas y plantas marinas que las corrientes y remolinos arrancan del fondo de un río.

Este rancho estaba adornado con todo el lujo que el desierto permitía, y sin embargo, no había allí nada que recordase á la elegante montevideana la esplendidez de la casa paterna. Las paredes eran de barro y cañas; el techo de forma angular, de una paja larga y compacta, llamada *totorá*: la puerta se componía del cuero seco de un novillo. No cubrían el suelo ricos tapices de Persia, sino frescas hojas de laurel, *yerba mora* y *salsafrás* entremezcladas con el aromático *trébol* y la odorosa *gramilla*. En vez de cuadros, flores silvestres colocadas en toscos jarrones de tierra. Un grueso tronco, cubierto con la piel de un leopardo, servía de mesa; el de una palmera de sofá, y otros menores de butacas, todos resguardados por magníficas y variadas pieles. En fin, una preciosa hamaca, tejida con las plumas de las aves más estimadas por su brillo y hermoso colorido, arrollada y pendiente á falta de clavos, de la cornamenta de un venado, ofrecía un cómodo lecho al que quisiera estenderla de una pared á otro para descansar en ella.

La inventarió de una ojeada el menaje de su nueva habitación, y fuese por la novedad, ó bien por que su imaginación revistiese con un barniz de magnificencia la poética sencillez de aquella morada, no hizo gesto alguno

(1) *Islas flotantes*, formadas de los árboles y plantas que en sus grandes crecientes llevan tras sí los ríos al retirarse. El Paraná ofrece muy á menudo este fenómeno.

por el cual se pudiese inferir que algo la desagradaba; pero cuando notó, encima de lo que llamaremos mesa, varios libros, un costurero pequeño, un escritorio, un estuche para la boca y otros utensilios de señora, comprados en Paisandú por Amaro, se sintió agradablemente conmovida por esta delicada prevision de su amante, y le dió las gracias con una de esas miradas que solo pueden lanzar los ojos de una mujer bella y enamorada.

—Lia, ahora que nadie puede separarnos, dijo su amante, aprovechando la favorable disposicion de ánimo en que se encontraba ella, quiero no disculparme, sino pedirte perdon por mi brutal arrebato.

La jóven no contestó.

—Si, perdóname, mi encanto, porque solo el amor; el ardiente y ciego amor que te profeso, pudo prestarme fuerzas para amenazarte de ese modo. ¿Crees tú, por ventura, que si me hubieras dicho *no*, amándote, como te amo, ángel mio, crees tú que hubiera sido capaz de asesinarte?

—¡Quién sabe! murmuró Lia: antes me habías dicho que quisieras verme primero muerta que en brazos de otro.

—Pero... , considera... .

—No, Amaro; has sido injusto; has dudado de mí: no me has creído bastante fuerte para resistir á la voluntad de mis padres, y por eso... .

—¡No! exclamó él interrumpiéndola: me habias empeñado solemnemente tu palabra y creí, acostumbrado como estoy á que nadie me falte nunca á ella, creí que tenia ya sobre tí los derechos de un esposo.

—¿Qué dices? preguntó Lia palideciendo.

Amaro la vió apoyarse sobre la mesa, y notó la palidez

que oscurecía el carmin de sus mejillas. Comprendió el alcance de la frase que acababa de soltar, y como la había dicho sin segunda intención, procuró enmendar su falta, añadiendo con veráz y rendido acento:

—Ahora y siempre haré lo que tú quieras. Manda, dispone, ordena . . . pídemela hasta la vida, y me atravesaré el pecho á tus pies por oírte decir: — «¡Estoy contenta!»

Tan apasionada protesta, pronunciada con la vehemencia de un amante que anhela justificarse, bastó para que la bella ofendida le absolviese generosamente de su anterior indiscreta alusion.

—Te perdono, Amaro, y acepto con gusto el porvenir, bueno ó adverso, que á tu lado me reserve el destino. . Solo espero de tu lealtad que un sacerdote bendiga nuestra union.

—Será mañana mismo si quieres

—¿Dónde?

—Aquí.

—¡Ah, no! repuso Lia como recelosa y turbada por la precipitacion de su amante; es preciso que sea en una ciudad, en un pueblo, en un paraje donde todos lo sepan y llegue á noticia de mi familia.

—Procuraré complacerte, respondió el gauchito, acilando.

—Empéñame tu palabra de honor, júrame que así lo harás, añadió Lia llena de angustia.

Amaro, haciendo un penoso esfuerzo, contestó con voz pausada y grave:

—¡Te lo juro!

Y sin aguardar respuesta, cubrióse el rostro con el

poncho, y salió del rancho para devorar sin testigos su aguda pena.

Imaginábase el desgraciado que Lia no le amaba, ó si le amaba era muy tibiamente, cuando desconfiaba de él y se empeñaba con sus pueriles temores en levantar una barrera que en largo tiempo no podría él salvar, y acaso moriría antes de conseguirlo.

Júzgando á Lia por sus propias ideas, con su despreocupacion y soberano desprecio á la opinion ajena, no alcanzaba á comprender sus fundados escrúpulos.

—Si me amase, se decia, todo lo olvidaria por mí, me lo sacrificaría todo. Yo sería para ella cuanto existe en el mundo....

Dominado por este pensamiento, resolvió inquirir si eran ciertas ó no sus dudas, y para ello, aprovechando la circunstancia de tener que ir á Paysandú con el objeto de solicitar de Abreu algunos fondos, se valió de un ardid, al que muchas veces apelan los amantes que desean experimentar la constancia de su adorada; fingiéndose indiferentes, y alejándose de ellas el tiempo necesario para poner á prueba su fidelidad. La ausencia es la piedra de toque de los enamorados.

Esa misma tarde pasó á su antigua morada, convertida ahora en retrete de Lia, y despues de informarse si habia descansado y si necesitaba algo, le insinuó que se veia obligado á ausentarse por algunos dias.

—Asi estarás mas tranquila, añadió, observando con encubierta avidéz la impresion que sus palabras producían en su amante; conviene, por ahora, que estemos juntos lo menos posible....

—¿Y á donde vas? preguntó ella con voz trémula y húmedos los ojos por dos lágrimas, que, á pesar de sus esfuerzos para contenerlas, enturbiaban el claro resplandor de su mirada, pugnando por escaparse de sus párpados.
¿A dónde vas?

—¡Lejos, muy lejos! replicó Amaro.

—¡Por Dios, vuelve pronto, pronto! y sobre todo, amor mio, no espongas tu vida, no vayas á desafiar los peligros únicamente por el placer de aumentar tu fama. . ¡Ah! Si acaso soy yo la causa de esa resolución, perdóname el mal que involuntariamente he podido ocasionarte, y no medejes, Amaro mio, no me dejes. . quédate aquí. . . yo te exinjo. .

Iba á decir de tu juramento; pero la voz espiró en su garganta, y ardientes lágrimas empaparon su rostro. .

Amaro empezaba á enternecerse, y como no quería variar de resolución, manifestóla en pocas palabras que un asunto indispensable le llamaba á Paysandú; pero que volvería tan pronto como lo evacuase.

Había pensado, en efecto, ver al Sr. de Itapeby y pedirle prestado algun dinero para proveer de armas y vestuario á sus montoneros. Su mala estrella quiso que, al pasar por la pulpería, oyese las palabras del *enchalecador*, el cual, estando en relaciones con una mestiza de la Estância, se hallaba oculto entre unos *cardales* la noche del raptó, y le había conocido cuando cruzó á escape con Lia dirigiéndose al bosque.

Sobre el resultado que esto produjo, y lo que después acaeció en casa del comerciante, escusamos insistir habiéndolo consignado detenidamente en los capítulos segundo y tercero.

A ellos remitiremos al lector olvidadizo, suplicándole recuerde el pacto y las condiciones del gaucho y la formal promesa de Abreu de darle los *cien mil patacones* de la apuesta siempre que le trajese un parejero capaz de vencer al renombrado Atahualpa.

VIII.

El Tubichá.

No há muchos años existía en nuestro país una esforzada tribu, aunque pequeña, la mas belicósa é indómita del Plata, y acaso de toda la América, incluso los célebres araucanos.

Esta tribu era la de los *charrúas*, quienes figuran en primera línea desde los primeros tiempos de la conquista, y han vertido ellos solos mas sangre Ybera que los ejércitos de los Incas y Motezuma, si hemos de creer á Azara.

Por espacio de tres siglos disputaron palmo à palmo su territorio á los españoles y á sus descendientes, combatiendo con indomable constancia hasta hundirse en la tumba.

Su lucha empezó con Solís, á quién devoraron en una isla frente á la *Colonia* (1515), y concluyó en el primer tercio de este siglo (1833), siendo esterminados en una celada por el general Rivera, en las cabeceras del *Cuarehim* y del *Ibirapitámini*.

Encerrados en la confluencia de los dos rios, es fama que no escaparon veinte individuos, y que fueron inmolados sin piedad hombres, niños y mujeres.

Sus depredaciones, el estado de continua alarma en que tenían á la campaña, á pesar de su reducido número, pues no llegaban á mil; su atroz perfidia con D. Bernabé Rivera, hermano del general, jóven de altas esperanzas, á quien asesinaron con su comitiva, y otros muchos atentados, hicieron necesaria esta medida, inicua si se quiere, pero disculpable hasta cierto punto, tratándose de unos hombres tan crueles y tan pérfidos como los *charrúas*.

Su carácter dominante era un odio profundo contra los cristianos, cualquiera que fuese su procedencia, lo mismo á los españoles que á sus descendientes; pero obligados á defenderse tambien de otras parcialidades con quiénes estaban en perpétua guerra, solian entablar con los primeros negociaciones de paz, que rompian con insigne malá fé en cuanto pasaba el peligro.

Sus aduares eran el refugio de todos los que por sus delitos, ó por huir de la esclavitud, vagaban por los bosques. El que queria ingresar en su tribu se presentaba al *Tubichá*, esto es, al jefe superior, al cacique de los caciques, acompañado de algun truchiman que le servia de padrino, y esponia en breves razones el motivo por el cual andaba errante, y su firme intencion de separarse para siempre de los *perversos y traidores cristianos, y consagrarse en cuerpo y alma al servicio de la gente mas valerosa, mas valiente é ilustre que existia debajo de las estrellas*.

El cacique convocaba á los ancianos y les proponia la admision del catecúmeno, el cual, si tenia la desgracia de ser rechazado por ellos, considerándole sospechoso ó espía, era degollado en el acto junto con su acompañante.

Una vez admitido en la tribu, renegaba de su religion

y adoptaba el traje, los ritos y las costumbres de los salvajes; se le daba otro nombre, y por via de ensayo se le sometia á distintas pruebas, de las que no siempre salía victorioso.

Algunos de estos aventureros, dotados de una inteligencia muy superior á la de los indios, y de un temple de alma á propósito para granjearse su aprecio halagando sus ruines instintos, secundando sus planes de esterminio y vandalismo, y escediéndoles en ferocidad si era posible, al cabo de algunos años adquirían tal prestigio y consideracion entre ellos que los *capitanejos* (1) los elejian para el mando supremo á la muerte del *Tubichá*.

En la época que abraza nuestra historia, un mulato libertado mandada la tribu de los *charrúas*.

Escapado de la Estância en que trabajaba, sita en la campaña de *Tucuman* (2), por el asesinato del capataz, ideado y dirigido por él en union con varios esclavos, á fin de apoderarse de una crecida suma de dinero, producto de la venta de cincuenta mil cueros, emigró á la Banda Oriental con sus cómplices, para de allí trasladarse al Brasil, donde esperaban gozar impunemente el fruto de su crimen.

Sorprendidos al atravesar el *Yaguaron* por una partida de facinerosos, se resistieron á entregarles la ropa y las armas que aquellos les exijian, y los que no murieron peleando, se refugiaron á un monte inmediato, donde estaban acampados los *charrúas*.

Presos y conducidos á presencia del *Tubichá*, llevóse éste sin hablar la mano abierta á la garganta, indicando que los degollasen.

[1]. Caciques inferiores.

[2] Provincia de la Confederacion Argentina.

Había entre las concubinas del cacique una *Nambu* (1), su favorita á la sazón, que conocía al mulato por haber tenido relaciones amorosas con él en una de las Estancias próximas á la suya, antes de caer prisionera con sus amos, viniendo de viaje para *San Carlos*.

Conocióle al pasar por delante de su tienda, y ordenando á los que le conducían que se detuviesen corrió al *Tubichú*, bañada en llanto, y le rogó que le perdonase, porque era su hermano.

Creyóla cándidamente el buen indio, y accedió á su deseo con las condiciones antedichas. Alentada ella, quiso salvar igualmente á los demás; pero no pudo conseguirlo.

El mulato que era de perversa índole, audaz, desalmado, y que no carecía de talento, adquirió en breve inmensa popularidad entre los salvajes, y cuando se creyó con bastante prestigio para disputar el poder á los afamados capitanes, de acuerdo con su antigua querida, al retirarse de una *malocca* (2), en la que fueron rechazados con pérdidas considerables y perseguidos por algunas leguas, en medio de la confusión pasó por detras con su lanza de parte á parte al viejo cacique.

Hecha la elección del nuevo jefe, previas las formalidades de costumbre, el asesino fué proclamado *Tubichú* casi por unanimidad.

El nombre de *Tapalquem*, el del brazo de hierro, que le habían dado los indios al recibirle en sus filas, se hizo muy pronto sinónimo de todo lo mas malo que imaginarse puede.

(1) Hija de mulato y negra, de indio y negro, ó vice-versa.

(2) Excursión para robar.

Ahora bien, Tapalquem tenía el caballo que Amaro iba á buscar, y lo que es mas extraño, Tapalquem, el asesino, el incendiario, el bárbaro y feroz cacique que todo lo llevaba á sangre y fuego, aquel cuyo nombre pronunciado de noche en la cocina de una Estância hacía estremecer y erizar los cabellos de horror á la numerosa concurrencia, que sentada en ancha rueda en torno del hogar, saboreando el líquido de aromática yerba *mate*, desleída con agua hirviendo en una pequeña calabaza que pasa de mano en mano, oía embelesado el relato de las increíbles aventuras, patrañas y mentiras de los que tenían la palabra. . . . Tapalquem respetaba y quería á Amaro, y le había ofrecido por varias ocasiones el apoyo de sus ochocientos jinetes. Oferta que el orgulloso jefe de los *montoneros* había despreciado siempre, creyendo degradar su noble causa aliándose con aquellos beduinos, á quiénes despues de la victoria ni sus mismos caudillos eran capaces de impedir que se entregasen al saqueo, á la violencia, al pillaje, la embriaguez y demas escesos que son consiguientes.

Sus relaciones databan de muy antiguo. Viajando Amaro por la provincia de Buenos Aires acompañado de otros tres gauchos, llegó una tarde á una Estância, y como es costumbre, se acercó á la casa á pedir posada por aquella noche, en los momentos que cuatro vigorosos negros estaban amarrando á una ventana, para azotarle, á un esclavo que había osado levantar la mano contra el capataz. Audacia inaudita por la cual las leyes antes de 1810 autorizaban al amo para quitar la vida á sus siervos.

—¡Te he de matar á azotes, perro mulato! decía el capataz furioso, blandiendo un enorme zurriago.

Amaro y sus compañeros descendieron de sus cabalgaduras, y entraron en el patio donde tenía lugar la escena referida.

La serenidad del esclavo contrastaba con la cólera del administrador; que, lívido de ira, descargaba sendos latigazos sobre los negros para que anduviesen mas listos; y tan ciego estaba, que en vez de responder como debia á las urbanas frases con que el primero le pidió hospitalidad para él y sus amigos, contestó á gritos con palabras obscenas y en estremó ofensivas.

—¡No hay posada; idos á los infiernos! ¡Esta casa no es guarida de vagos ni de ladrones!

Los tres gauchos echaron á un tiempo mano á sus puñales, y bien cara habría pagado el insolente su grosería, si Amaro, siempre generoso y noble, no los hubiera detenido diciéndoles:

—Yo he sido el principal agraviado; dejadme que le exija la satisfaccion y le imponga el castigo que merece.

El capataz se dirigió á la puerta para llamar á los peones; pero mas rápido el gaucho, le cogió por el cuello de la veste y le arrojó á diez varas en medio del patio, como arroja un niño una pelota ó una varilla de mimbre.

—Si levantais la voz, le dijo clavando en él su terrible y avasalladora mirada; si dais un solo grito, os degüello lo mismo que á un ternero.

El miserable comenzó á temblar como un azogado, y tartamudeando soltó algunas palabras vagas, ininteligibles, sin enlace ni conexion; por último, pudo hablar, se arrodilló, y pidió perdon á los agraviados.

Amaro, sin responderle, se encogió de hombros, se

acercó al *mulato*, y cortó con su puñal el *maneador* (1), que lo sujetaba á las rejas de la ventana.

—Ya éres libre, le dijo: anda y toma el primer caballo que encuentres ensillado para venirte con nosotros.

El esclavo cayó de hinojos, hiriendo el suelo con la frente, y puso sus lábios en las blancas botas de *potro* de su libertador.

—¡*Paisano! ¡paisano!* . . . (2) exclamó el *capataz*, luchando con el miedo que le infundian sus huéspedes y el temor de perder al esclavo; considerad por piedad que soy un desgraciado, que nada tengo, y me veré obligado á satisfacer su valor.

—¡Miserable! ¿Y no querías matarle á azotes?

—Es verdad; mas . . .

—Mas entonces, continuó Amaro con creciente indignacion; te habrías escudado con las leyes, ó para evitar indagaciones, habrías dicho que había muerto de enfermedad.

—Considerad que tengo cuatro hijos

El *gancho* le echó una mirada de desprecio.

—¿Cuanto vale? preguntó.

—Cuatrocientos pesos; ni un *cinquiño* (3) menos
os puedo mostrar la carta de venta.

—Veamos esa carta.

Corrió el *capataz* á una pieza inmediata, seguido de su interlocutor, y sacó de un pequeño escritorio un legajo de

[1] Soga de piel de vaca, desde diez á treinta varas, que sirve para atar á los caballos.

[2] Equivale á *señor* entre la gente del campo.

[3] Cinco reis.

papeles, los hojeó, y como tardase intencionalmente en encontrar el que buscaba, sin duda para dar tiempo á que viuesen algunos de los *peones* que estaban ocupados á la sazón en la *matanza*, Amaro se los arrebató de las manos, diciéndole con un ceño y un metal de voz que le hizo estremecer de los piés á la cabeza:

—Andad con tiento, porque ya se me va acabando la *paciencia*.

En seguida desdobló la escritura, y le ordenó que estendiese debajo el recibo de la cantidad espresada.

El capataz vaciló; Amaro levantóse tranquilamente el poncho, y llevó la mano á uno de los bolsillos del tirador; creyó el primero que iba á sacar el puñal, y exclamó hablando y escribiendo á toda prisa:

--¡Por Dios, amigo mio; por Dios! Tened mas calma... voy á concluir. ¿A nombre de quién pongo el traspaso?

—A nombre del propio esclavo.

Los gauchos y los negros, que desde el patio presenciaban esta cómica escena, se reían, los primeros abiertamente, y los otros en sus adentros, de la pusilanimidad de aquel hombre que tenia fama en toda la comarca por su crueldad desmedida con los esclavos sujetos á su dominio, y ahora se mostraba tan menguado, tan cobarde y rastrero.

Cuando hubo firmado, Amaro llamó al mulato, que volvía de cumplir sus órdenes, y le entregó la escritura.

El administrador, cabizbajo y contrito, los acompañó hasta la puerta donde estaban los cinco caballos, los vió montar, y no atreviéndose á reclamar de nuevo directamente el pago de los cuatrocientos pesos, comenzó á lamentarse de las muchas pérdidas que había sufrido aquel año, y dijo:

—Es de vuestra jenerosidad que . . . si os es posible y esto no ocasiona ningun perjuicio de consideracion . . . tan pronto como os lo permitan las circunstancias . . . os dignareis remitirme . . . si no toda, al menos una parte de la cantidad que tendré que abonar de mis sueldos, ¡ay de mi!

El gaucho, sin mirarle á la cara, le tiró á los piés una bolsilla de cuero que habia zacado en vez del arma que aquel se imaginó y partió á galope, seguido de sus compañeros.

Recogióla friamente el administrador, figurándose que seria alguna nueva burla; pero ¿cual seria su sorpresa al encontrarse con veinte y dos flamantes medallas de Carlos III, en las que se leía la encantadora leyenda de *D. Felix Utroque?* . . .

Imposibilitados por este motivo de dormir en la Estancia, hicieron noche en un villorrio que distaba cuatro leguas.

Al dia siguiente, antes de partir, Amaro, que se dirigía á la capital; indicó al mulato que hiciera lo que mejor le pareciese, porque era enteramente libre.

Quiso, este en prueba de su gratitud quedarse á su servicio; pero el generoso gaucho le dió las gracias, diciéndole que no le necesitaba, y le aconsejó que se fuese á trabajar y procurase con su laboriosidad y buena conducta captarse la voluntad de sus futuros *patrones*, para que á la vuelta de algunos años le *habilitasen*.

En consecuencia, su protegido enderezó el rumbo á Tucuman, donde, abusando muy pronto de su libertad, perpetró el crimen de que hemos hablado, que le obligó á huir de aquel país y le arrojó entre los *charrúas*, abriéndole un nuevo crimen el camino de la fortuna.

Sin entrar en los anteriores detalles no se comprendería á la verdad la ilimitada confianza del proscrito en el afecto que le profesaba Tapalquem. Un servicio de tal magnitud, bien merecía para un corazón agradecido, no el préstamo, sino el regalo del mejor caballo, por grande que fuese su valor.

No obstante, á pesar del sincero agradecimiento del cacique y de su empeño en complacerle, fué necesaria toda su buena voluntad y el arrojo é intrepidez de ambos para conseguir una cosa al parecer tan sencilla. Diremos dos palabras sobre esto, para la mejor inteligencia de lo que vamos á esponer en seguida.

Los indios, como los árabes y los tártaros y todos los pueblos nómades, aprecian en extremo sus corceles, sobre todo á los que despuntan por su belleza y agilidad.

Existen sobre este particular mil preocupaciones entre ellos, que si no temiéramos fastidiar al lector con digresiones inoportunas, las enumeraríamos, seguros de que tal vez le divertirían por lo raras y extravagantes. . . .

La tribu que tiene buenos caballos, en su concepto no puede ser cobarde: el mejor bridon pertenece de derecho al cacique, y en él se vincula el honor y la gloria de la parcialidad que capitanea: perderlo en la batalla ú de otro modo, es señal de mal agüero, presagio de calamidades y desgracias para la tribu.

Veamos ahora de qué medio se valió Amaro para arrancar á los charrúas su famoso *parejero*, y si los peligros á que se espuso valían los cien mil *patacones* que debían recompensar su audacia.

IX.

Añang.

El tubichá recibió á Amaro con las mas ardientes muestras de aprecio y deferencia, é hizo con él lo que no hacía con nadie: se puso de pié, y se sacó el triple rodete de plumas, símbolo de su dignidad, que cubría su cabeza, accion que llenó de escándalo á los viejos caciques.

Su descontento se aumentó al ver que Tapalquem les ordenaba retirarse para hablar á solas con el *huinca* (1).

—¿Qué quereis, señor? ¿Puedo seros útil en algo? preguntóle no bien se alejaron aquellos, con la afabilidad del que desea que lo ocupen.

—Sí; vengo á pedirte prestado tu célebre *parejero* por ocho dias.

—¿Daiman? preguntó el mulato con angustia.

—Daiman.

—¡Ah! Pedidme todos mis demas caballos, dinero, mujeres, todo lo que querais... pero ese caballo... ¡ira de Dios!... ese caballo no puedo dároslo.

[1] Cristiano.

—Entonces nada he dicho y me retiro.

Amaro se encaminó á la puerta con la sonrisa del desprecio en los lábios y el fuego de la indignacion en los airados ojos.

—Oid, le dijo Tapalquem.

Volvióse el gefe de los montoneros, y le miró frente á frente con toda la arrogancia de que él era capaz, é inmóvil, esperó dos minutos á que hablase.

—Aun cuando yo quisiera prestarme á vuestros deseos, sería esponeros á una muerte casi segura permitir que os lleváseis á Daiman, pucs. . . .

El gaucho, sin aguardar á que concluyese la frase, le volvió las espaldas, y pisó el umbral.

—¡Caramurú! gritó el cacique apretando y mordiéndose los puños hasta hacerse sangre; si otro hombre fuera el que se atreviese á inferirme tal agravio, le mandaria cortar la lengua y arrojársele á mis ñanduses. (1)

El gefe de los montoneros por única respuesta se atusó el bigote, y le miró con la calma insultante del que desprecia las amenazas de un inferior suyo, y ni siquiera le hace el honor de contestarle.

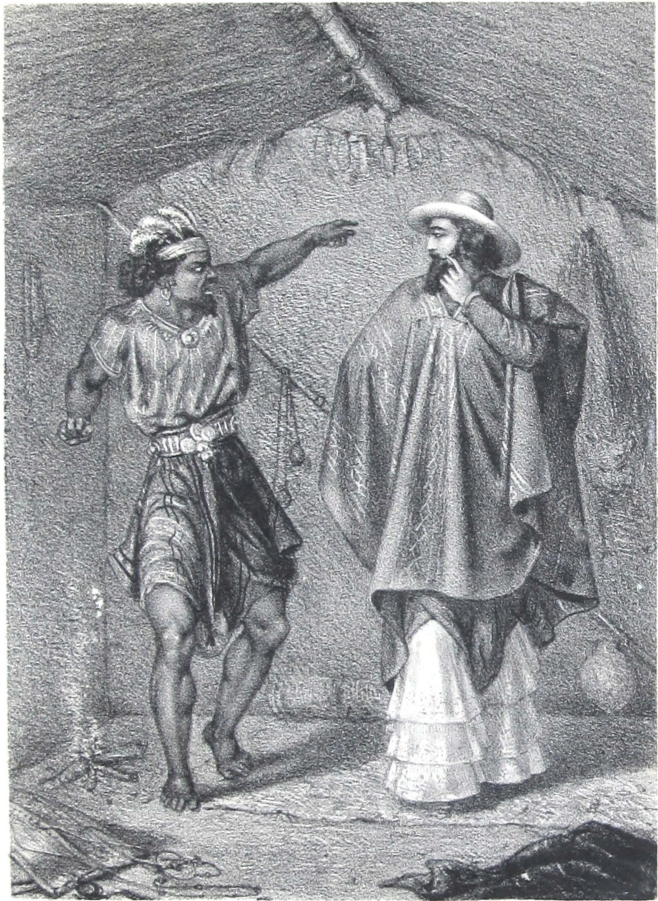
—Aunque mi poder es ilimitado, continuó Tapalquem, los charrúas no verían tranquilos que un cristiano se llevase su mejor caballo, el caballo de su tubichá, al vencedor de los mas célebres parejeros del Río de la Plata. . . .

El gaucho meneó la cabeza impaciente.

—¡Oid, con mil rayos! se me ocurre un medio que tal vez surta el efecto apetecido. Deseo serviros á todo trance.

(1) Avestruce. Los indios crían estos animales para aprovechar sus huevos, que son muy buenos quitándoles la clara.

CARAMÚRU



Elie Duteil, inv. lit.

Teodomiro Real y Prado, editor.

Lit. "SAN MARTÍN" N.º 4.

El jefe de los montoneros, por única respuesta se alusó el bigote,...

Esta promesa desarrugó la faz sombría de Amaro, que se adelantó al medio de la tienda dispuesto á escucharle.

—Permaneced aquí hasta las doce de la mañana.

—¿Me llevaré á Daiman?

—Lo espero.

—¿Sí, ó no?

—Hombre, sí; suceda lo que Dios ó el diablo quiera.

—No esperaba menos de tu generosidad, repuso el gaucho, radiante el rostro de alegría y tendiéndole afectuosamente la mano.

—Os debo la vida, y quiero probaros lo que os he repetido mil veces. Soy vuestro en cuerpo y alma.

El mulato se acercó á la puerta de la tienda, y tocó un silbato que llevaba al cuello.

Un indio se presentó.

—Que venga al momento Yictabicay, dijo.

Y volviéndose á Amaro, añadió:

—Por fortuna entendeis el idioma de estos bárbaros, y vais á convencerlos de que obro con toda lealtad.

Una india vieja y de deforme aspecto, cuya pequeña estatura estaba compensada por una obesidad monstruosa, apareció en el umbral y se detuvo hasta que el tubichá, con un gēsto imperativo, la indicó que pasara adelante.

Era esta la hechicera de la tribu. Venía cubierta con una gērosa manta de lana, y traía al cuello un collar de dientes humanos: codosos y enmarañados cabellos coronaban su aplastada frente; sus pequeños ojos de fuina, desnudos de párpados, desaparecían en sus órbitas amoratadas, hundidas y cavernosas; su gruesa nariz, chata como la del tigre, y sus abultados lábios prolongándose hasta cerca de

las mandíbulas, carnosas y vueltas hacia afuera, dejaban entrever unos dientes largos, puntiagudos y separados. La piel de un gato montés servíale de delantal, y en sus siénes, muñecas y tobillos ostentaba con orgullo una triple sarta de cascabeles, petrificaciones y cuentas de colores que producian un ruido agradable aunque monótono siempre que se movía. Por último, faltábale, como á muchos de sus compatriotas, en los dedos de los piés y de las manos algunas falanjes, pues los charrúas acostumbraban cortarse una cada vez que se les moría algun deudo ó persona muy estimada.

—Te he mandado llamar Yictabicay, dijo el cacique, para que hoy mismo anuncies que has visto á *Añang* (1), que lo has visto, ¿entiendes? y que esta noche vendrá.

La india miró á hurtadillas al cristiano, y movió la cabeza con gravedad.

—Ahora te irás al monte, y no volverás hasta bien entrada la noche. Ya sabes tu obligacion; ténlo preparado todo. Yo iré á tu tienda, y te avisaré cuando has de anunciar la llegada de *Añang*. Toma.

El cacique sacó dos cartuchos de pólvora, y se los dió, prometiéndole un buen premio si le servía con la fidelidad y el acierto que otras veces.

—¿Me darás aguardiente, mucho, mucho? preguntó la india con estúpido alborozo.

—Lo suficiente para que te emborraches cuatro días.

La hechicera exhaló un aullido de alegría, y haciendo contorsiones y gestos, dió una vuelta por la tienda, ejecu-

[1] Génio del mal.

tando una pantomima cuya significacion comprendió Amaro perfectamente. Representaba el espanto que se apoderaba de ella á la vista del espíritu maligno; y salió, tarareando una cancion en renglones cortos mas bien que versos, cuyo estribillo era:

¡Anoche, anoche he visto á Añang!
Añang va á venir: ¡ay del que agarre!

Los indios acudían en tumulto y corrían tras ella al oír este cántico, precursor generalmente de alguna calamidad.

—¿Habeis oído? se decian unos á otros llenos de congoja. ¿Habeis oído á Yictabicay? Anoche vino Añang, y hoy volverá. ¿Cuál será la causa?

En breve la tribu entera se puso en conmocion, y la embaucadora se vió rodeada de un enjambre de hombres, niños y mujeres, cuyas facciones, horribles en su estado natural, descompuestas ahora por el terror y la curiosidad, parecian de demonios mas bien que de seres humanos.

La vieja estrechada por la multitud, tomó la palabra y les dijo con misterioso acento, y como horrorizada de lo mismo que contaba:

—Anoche, hijos míos; anoche Añang vino á mi tienda, y tomando por las cuatro puntas el cuero en que dormía, me hizo voltear por el aire como una bola.

Una exclamacion general de espanto cubrió la voz de la oradora.

—Por fin, me arrojé furioso contra el suelo, y poniéndome el pié en la garganta, me dijo:

—Tú no velas por tu tribu, Yictabicay. Los enemigos la amenazan. ¡Mañana nos veremos!

Y desapareció, dejando en la tierra donde apoyó su planta una faja de fuego, y en el aire un olor de azufre que mareaba.

Levantóse entre los salvajes un sordo murmullo que, aumentándose por grados como los mugidos de un volcan á medida que se aproxima la lava al cráter, estalló en un solo grito:

—¡Tú eres adivina; dínos la causa de su venida!

—Todavía la ignoro. . . .

—¡Mentira!

—Voy al bosque á consultar á los espíritus. . . .

—¡Mentira! La causa es la llegada del *huinca*, dijo uno de los caciques, antiguo rival de Tapalquem, y que no desperdiciaba ninguna ocasion para desconceptuarle.

—¡Sí, sí! repitieron en coro otras cien voces, iluminados los que la proferían por una suposicion que, segun sus creencias, tenía todos los visos de la realidad.

—¡Qué muera el *huinca*; que muera! gritaron otros sin hacer caso de las amonestaciones de la hechicera y dirigiéndose á la tienda del Tubichá, capitaneados por el cacique, causa de aquel motin.

A los gritos de *¡muera el huinca y los que le defiendan!* los dos caudillos que hablaban muy tranquilos concertando los medios de llevar á cabo su arriesgado intento, se pusieron de pié, resuelto el uno á vender cara su vida, y el otro á sucumbir primero que ver menoscabada en lo mas mínimo su autoridad.

Tapalquem se armó de un acerado machete, y colocándose en la puerta se preparó á arengar á su grey rebelde, mientras Amaro, cediendo á sus ruegos, se retiraba á un

lado para no escitar mas el encono de los indios con su presencia.

—¿Qué quereis? preguntó 'aquel con voz tremenda y amenazadora; ¿qué significan esos gritos insidiosos? ¡Locos, ladrones, hijos del diablo! ¿Cómo os atreveis á venir así á la tienda de vuestro Tubichá?

—¡Muera el huinca! ¡Muera el huinca! tornaron á repetir los salvajes.

—¡Ea, retiraos!

—Tapalquem, dijo el cacique, que de *motu-propio*, y con la idea de destronar al mulato se habia puesto ál frente de la rebelion; entrérganos al cristiano para que le matemos, á fin de aplacar á Añang....

—Ven á sacarle de aquí si te atreves, *Bagüal* (1), respondió Tapalquem blandiendo el machete.

—¡Ea, muchachos, adelante! gritó el indio precipitándose al umbral, seguido únicamente de veinte ó treinta de los mas fanáticos; los restantes, intimidados por el conocido valor y el aspecto imponente de su jefe, permanecieron quietos.

El mulato levantó el brazo y dejó caer su terrible machete.

La ensangrentada cabeza del cacique rebelde rodó por el suelo separada de su tronco.

Y rápido como una flecha, antes que los sublevados se recobrasen del pánico que semejante rasgo de audacia les infundiera, precipitóse en medio de ellos, descargando mandobles á derecha é izquierda; lo cual aunque no duró

[1] Sinónimo de estúpido.

arriba de diez minutos, fué el tiempo suficiente para bajar un hombro á este, bendir el cráneo á quel, abrir el pecho á uno, tronchar un brazo á otro y herir á ocho ó diez.

Los amotirados se dispersaron como una bandada de torcaces al avistar á un *carancho* (1), ó como un enjambre de *gaviotas* disputándose la sangre de un toro recién muerto, al aproximarse el desollador que viene á descuartizarle.

Entonces el mulato, para contrarestar el daño que los descontentos podían ocasionarle entre los que se habían conservado neutrales, hizo á estos una corta arenga, manifestándoles que el huinca era nada menos que delegado del gobierno de Montevideo, el cual pensaba enviarles, celebrada la paz, doscientas pipas de aguardiente, cien fardos de paños y bayetas, y cincuenta cajas de bisutería.

No recibirían con tanto placer los fabricantes catalanes una ley en favor de la tan cacareada cuestion de aranceles, como los charrúas las halagüeñas palabras de Tapalquem. A trueque de embriagarse diariamente por espacio de un par de semanas, renovar sus raídos ponchos y *chamales* (2), y tener *alhajas ricas* para sus mujeres y queridas, no les parecía ya tan temible la cólera de Añang. Así fué que se alejaron dando vivas al huinca y al gran Tubichá que lo mandaba.

—Vamos, por ahora todo se há acabado felizmente, dijo Tapalquem entrando en la tienda: me he deshecho de ese tunante que no hacía mas que intrigar y tenderme ocultos lazos; pero, ¡ay! Amaro, nuestro negocio se complica. Conociendo vuestra valentía escuso preveniros que,

(1) Ave de rapiña muy voráz y muy fea.

(2) Chiripás.

si nos sale mal, nos asesinan estos bárbaros al momento.

—Moriremos matando, contestó el gaucho con la mas glacial indiferencia.

La noche desplomó sus sombras sobre el mundo. Los indios se retiraron á sus tiendas, excepto los que estaban de guardia y los que cuidaban del *potrero*. (1)

El campamento quedó en profundo silencio. Todos dormían, menos Amaro, Tapalquem y la hechicera.

A las dos de la mañana se ocultó la luna: los cien jinetes que recorrían el campo fueron reemplazados por otros, que se dividieron en cuatro pelotones tomando cada uno, segun la costumbre de los salvajes, una direccion contraria, al Norte, al Sur, al Oriente y al Occidente, para reunirse luego en un punto dado.

No bien sintió el Tubichá que se alejaban, dijo al proscripto:

—Llegó el momento decisivo. ¡Ahora!

Amaro desnudó el puñal, estrechó la mano de su compañero, y salió marchando de puntillas, prestando el oído á cada paso, deteniéndose y resguardándose á espaldas de las tiendas al menor rumor que percibía.

Detrás de él caminaba el mulato, armado con su machete y mirando á todas partes.

Aunque la tienda de Yictabica¹ distaba cincuenta pasos, tardaron media hora en llegar á ella. Entraron.

Tendió el gaucho la mano temiendo caer en la oscuridad, y tropezó con otra mano que le arrastraba al fónido de la tienda. Sintió que le quitaban el sombrero, el poncho y

[1] Especie de corral para encerrar de noche los caballos del servicio.

el chiripá; que le envolvían las piernas y brazos con largas tiras de cuero de lobo; que le echaban encima un manteo, formado con dos pieles de tigre con un cinturón de colas de mono y de yegua, y que le acomodaban en la cabeza un enorme cucurucho de piel de carnero, del cual pendía una especie de antifáz ó careta, también de cuero, que le ocultaba enteramente el rostro.

—En verdad, debo parecer el mismo diablo, pensaba él á medida que le iban endosando las distintas piezas de aquel peregrino traje.

Cuando la vieja, ayudada de Tapalquem, concluyó su tocado, el del cacique y el suyo propio, comenzó á exhalar unos quejidos tan lúgubres y lastimeros, que toda la tribu despertó azorada.

De repente un resplandor brillante iluminó la tienda, y una bocanada de negro humo se escapó por sus hendiduras, arrojando fuera al génio de mal, al terrible Añang.

Los salvajes, al verle, lanzaron un espantoso grito, y cayeron de hinojos, hiriendo el suelo con la frente.

—¡Déjanos! ¡Déjanos! ¡Vete, vete; llévate lo que quieras ó á quien quieras, y déjanos en paz! murmuraban temblando de miedo, y sin atreverse á abrir los ojos.

El gaucho, imitando el rugido de la pantera, cruzó lentamente por en medio de ellos, seguido del Tubichá y de Yictabicay; el primero ladraba como un perro, y la segunda mugía como un toro.

Los tres se encaminaron al potrero.

Los indios que guardaban los caballos, al verlos que se dirigían hácia allí, echaron á correr con la pasmosa celeridad que presta el espanto.

Adelantóse el mulato, y llamó á su parejero.

El corcel, despues de vacilar un momento, se le acercó reconociendo su voz.

Su amo le cogió la cabeza y lo besó con el transporte de un amante á su querida; luego le pasó dos veces la mano por sus largas y ondeantes crines, le palmoteó suavemente, y por fin, no sin soltar mas de un suspiro, púsole el freno que llevaba oculto debajo de su disfraz de demonio.

Amaro tomó las riendas y parte de la crin con la siniestra mano, apoyó la diestra en el anca, y de un brinco se encaramó encima del noble animal.

— ¡Adios, Daiman, adios! murmuró Tapalquem con las lágrimas en los ojos. ¡Adios, Amaro! Solo por vos podía yo hacer este sacrificio

— Gracias. Conserva este recuerdo mio, mas bien que como precio de tu inestimable caballo, como una débil muestra de mi aprecio y gratitud, dijo el jefe de los montoneros dándole su puñal de vaina de plata y cabo de oro, que había comprado en Paysandú con el dinero de Abreu:— Adios. Si alguna vez me necesitas, acude á mí.

Y cerró piernas á su indómito alazan, que partió como un rayo, tomando el mismo rumbo que traía la columna de salvajes que vigilaba aquella parte del campo, y que acudía alarmada por los gritos lejanos que se oían del campamento.

— ¡Añang, Añang! exclamaron los indios, huyendo en dispersion no bien le divisaron, mientras él seguía tranquilamente su camino, y Tapalquem y la hechicera se escondían en un *pajonal* cercano para volver á sus tiendas cuando todos durmiesen.

X.

Vértigo.

El rey del día brillaba en medio del zenit, lanzando á plomo sus ardientes rayos; no se movían las hojas de los árboles, ni murmuraba el césped, ni gorjeaban los pajariños, ni el zéfiro mas leve rizaba las tranquilas aguas de los dormidos arroyuelos.

Los rebaños tendidos sobre la yerba parecían aguardar á que pasasen aquellas horas de abrumante calor; solo interrumpía el majestuoso silencio de vez en cuando el áspero zumbido del *mangangá* (1), el rechinante y monótono canto de las chicharras, el vuelo de una perdiz, el mugido de un toro acosado por las picaduras de los tábanos, el silvido de una serpiente, el grito de las *viscachas* (2), ó el relincho de alguna yegua salvaje que cruzaba á escape por las empinadas lomas, perseguida por ocho ó diez potros, tendida al viento la crin, encendidos los ojos, las narices humeantes, bañada en sudor, cubierta la boca de blanquísima espuma, despidiendo coces y dentelladas á los que

[1] Insecto parecido al abejorro.

[2] Especie de conejo.

osaban acercarse á ella y detenerla, clavándole los dientes en las ancas ó en el cuello ensangrentado. . .

Las incultas florecillas se inclinaban lánguidamente sobre su tallo ó se adherían á la seca tierra; los arbustos encogían sus hojas, mústias y cubiertas por una capa de finísimo polvo, y los *cardales*, doblando sus floridos penachos, los escondían entre el follaje, cual si temieran que el sol marchitara sus brillantes colores.

Anchas nubes de peregrina forma, esmaltadas de oro y plata, ora agrupadas é inmóviles en el confin del horizonte, ora dispersas y resbalando perezosamente por la azulada esfera, se detenían ondeando cómo lágrimas de metal en la cumbre de los montes. Diríase que eran mónstruos aéreos, cuyas ardientes bocas, al arrojar su aliento de fuego, producían la atmósfera tibia y recargada de electricidad que se respiraba á la sazón.

Y aunque la brisa no agitaba sus álas, aunque no se movía ni una hoja siquiera, venían por momentos ráfagas impregnadas de los mas suaves perfumes. Emanación purísima de las selvas vírgenes del Nuevo Mundo, en la que se confundía el aroma de las rosas, violetas y claveles, con la esencia de los nardos, jazmines y *diamelas*, mezcladas con la el ambiente de mil gomas y resinas olorosas, de mil plantas aromáticas, de mil arbustos y vegetales, cuya exquisita fragancia embriagaba los sentidos y estasiaba el alma. . . .

Muelle abandono, lánguido y dulcísimo desmayo se infiltra en las venas del viajero que recorre en tal estación y á tales horas aquellas risueñas campiñas, donde Dios estampó su planta para volar al cielo despues de formado el mundo.

Sujeto, pues, á la fatal influencia de tantas causas, que conspiraban de consuno á evocar los recuerdos mas gratos de su vida, Amaro volvía á entrar en los bosques del Uruguay, despues de una semana de ausencia, pensando en Lia, pensando en el tesoro de gracias y de amor que encerraba aquel ángel en sus catorce primaveras.

Engolfado en tan agradables pensamientos, se internó en la selva: la algarabía de una bandada de papagayos, oculta entre el frondoso ramaje de un naranjo, le despertó de su meditacion.

Al fijar la vista en el árbol, notó, por casualidad, una doble cruz hecha recientemente en su tronco, señal infalible de que allí se escondía algun secreto que le convenia aclarar.

Acercó su caballo, separó las ramas, y en efecto, halló entre ellas una carta clavada en una de las púas de que están cubiertos dichos árboles.

La carta no tenía sobre, pero iba dirigida á él, y en términos misteriosos, que no comprendería nadie á menos de estar iniciado en las costumbres y usos de los gauchos, se le citaba para ese mismo dia y en el mismo paraje á las cuatro de la tarde.

Acostumbrado á recibir frecuentemente tales misivas, ninguna sorpresa causó á nuestro protagonista la presente, aunque no dejó de inquietarle en las actuales circunstancias, pues sospechó con razon que sería algun mensaje de los parientes de Lia.

—No puede ser otra cosa, ¡voto á brios! se dijo despues de recapacitar un buen rato; en fin, allá lo veremos. . . y apresuró su marcha cuanto la densidad de la selva permiti-

tía, anheloso de llegar cuanto antes á la presencia de su amada.

Nada tenía de extraño que le asaltase semejante reflexión. Es una costumbre tradicional entre nuestros campesinos, cuando se quiere hablar á alguno que anda oculto llamar á un *vaqueano*, á un buscador, y encargarle que ponga en su conocimiento lo que se desea que llegue á su noticia.

El *vaqueano* se ingénia de modo que al cabo de un plazo mas ó menos largo sabe con toda seguridad dónde se halla el fugitivo; pero como no es fácil encontrarle, ni prudente internarse en bosques que cuentan leguas de extensión, le deja una carta en un árbol con una señal que lo indique, y acude diariamente á saber el resultado.

El que anda oculto, toma sus medidas por si tratan de hacerle alguna *mala partida*, y se presenta ó no, segun le parece. Rara vez los buscadores van de mala fé; es decir, con ánimo de entregarle á sus enemigos sin salir del monte; pero si tal acontece y se descuida, ya puede contarse entre los difuntos.

Son tan diestros, emplean tales precauciones los gauchos, la naturaleza y sus conocimientos especiales les favorecen tanto, que es casi imposible sorprenderlos.

Cerca ya de su guarida, encontró Amaro, á algunos de sus *montoneros*, que salían á proveerse de víveres; esto es, á *enlazar* por lo pronto la primera vaca *alzada* (1) ó no que se les presentase, llevarla al pié de una *cuchilla* y matarla, y despues arrear al bosque las que se pudiera.

(1) Se llama ganado *alzado* al que se escapa de alguna Estancia y se vuelve silvestre.

El gaucho se alegró de esta circunstancia. Así, dejando el caballo, y yéndose á pié hasta los ranchos, evitaba los ladridos de los perros, y podría sorprender agradablemente á Lia, como deseaba.

Sus cálculos le salieron exactos; llegó, y entró en su rancho sin ser sentido. Lia estaba acostada en la hamaca.

Dormía la encantadora jóven con la calma de la virtud y el abandono de la inocencia. El deshabillé de muselina con que estaba vestida se le había deshabrochado, y dejaba ver, sobre la graciosa tabla de su pecho de marfil, medio ocultas entre los encajes de su camisa de batista, dos ligeras ondulaciones, nacaradas y tersas como dos manzanas de bruñido jaspe: uno de sus piés, cruzado sobre el otro, asomaba por la revuelta falda hasta mas arriba del tobillo; pié tan mono, tan bien hecho, tan bien ajustado en su elegante botin de seda, que era muy difícil, por no decir imposible, detener la imaginacion donde el vestido detenia á los ojos, á la mitad de la media....

Favorecidas por aquella postura voluptuosa, sus acabadas formas que envidiarían una georgiana, destacábanse en la curva de su flotante lecho. La mente adivinaba sin trabajo la artística perfeccion de sus encantos.

—¡Oh! era imposible contemplarla y no sentir en el acto hervir la sangre en las hinchadas venas, agolparse con violencia al corazon: del corazon saltar á la cabeza, desde la cabeza refluir otra vez al corazon, y derramarse en seguida por todo el cuerpo como gotas de bronce derretido.

Tal fué el sentimiento galvánico que sintió al acercarse á la hamaca; al verla con la cabeza inclinada á un lado, apoyada la mejilla en una mano, los negros bucles de

CARAMÚRU



Elic Dulaít, inv.: lit:

Teodomiro Real y Prado editor.

Lit: SAN MARTÍN nº 1

Dormía la encantadora jóven con la calma de la virtud y él
abandono de la inocencia

su rizada cabellera esparcidos en desorden sobre sus blancas espaldas; sonriente, pudorosa, tímida, inundado el rostro de inefable gozo y bañado por ese ligero tinte de rosa con que los espíritus vitales del sueño colorean el semblante de los niños y de las hermosas.

Tal fué la impresion fulmínea que sintió, al ver que entreabría sus rosados labios, y llamándole por su nombre le tendía los brazos con amorosa inquietud.

Lia soñaba, y soñaba con Amaro, con el ídolo de su alma.

Inclinóse éste para recoger los sonidos confusos é incoherentes que se escapaban de su boca, y pudo percibir entre otras frases sin conexion ni enlace, las siguientes:

—¡Ven!.... ¡Ven!.... ¡Te adoro, ingrato!... ¡Soy tuya.... toda tuya!.... ¡Ah, no.... sí!.... ¡No me olvidarás?.... ¡Nunca; nunca!....

Amaro, sin advertirlo, se había aproximado tanto á ella, que la respiracion de ambos se confundía: la bella somnámbula hizo un movimiento para variar de posicion, y sus labios rozaron suavemente á los labios de su amante.

El caminante que, próximo á sucumbir en los arenales de la Arabia, devorado por la sed, encuentra una fuente donde aplacarla, no se precipita á ella con mas ánsia que el gaucho á la boca de la jóven.

Lia despertó.... y fuese efecto del sueño amoroso que ella era dominada, ó de su inocencia que no la permitía sondear la profundidad del abismo que se abría á sus plantas, ó de su vehemente pasion, ya del gozo de volver á verle, ó bien de la incontrarrestable fascinacion que él ejercía en sus sentidos y en su alma, ó lo que parece mas

natural, de todas estas causas reunidas, Lia, la pura y candorosa niña, en vez de rechazarle, se incorporó en la hamaca, le atrajo cariñosamente á sí, y rodeó su cuello con sus desnudos brazos.

A la dulce presión de su cuerpo, al suave contacto de sus mejillas, Amaro cerró los ojos, próximo á desfallecer bajo el peso de su dicha. Zumbáronle los oídos, dilatáronse las arterías de su frente, latiendo aceleradas como las cuerdas del arpa en el momento que estallan, no pudiendo resistir las violentas pulsaciones del rápido tañedor: vacilaron sus rodillas, y poco faltó para que perdiese el conocimiento.

Pero aquella primera emoción, demasiado intensa para que durase mucho, pasó como un relámpago. Sus ojos se abrieron, y la luz volvió á iluminar su avara pupila; sus oídos tornaron á escuchar el tiernísimo acento de su amada; lúbricas y voluptuosas imágenes brotaron en su cerebro abrasado; sus músculos y sus nervios adquirieron doble rigidez, doble vigor del que tenían en su estado natural.

Un minuto mas, y la aureola celeste de la virgen se convertía en el letrero infamante de la mujer, arrojada de su elevado pedestal, del trono de luz en que Dios la colocara, al fango del envilecimiento. ¡Centella divina apagada en el cieno; flor picada por un gusano antes de abrirse; pura gota de rocío que pudo ser perla y se trocó en asqueroso insecto, brillante caído del solio del Eterno, y recogido por los impíos para adornar la diadema de Satanás!

Ya el ángel custodio de Lia, se alejaba de la cabecera de su lecho, cubriéndose el rostro con sus áureas alas, y ya vertiendo raudales de llanto, finalizada su misión en la

tierra, las abría para ir á implorar del Altísimo el perdón de la culpable.

Empero todavía ella no lo era, todavía estaban blancas todas las blancas pájinas del libro de su vida. . . .

Aviso, inspiracion del cielo fué sin duda la que la impulsó á desasirse de los brazos de su amante en aquel momento solemne, y á rechazarle con súbita energía saltando velozmente de la hamaca, trémula y agitada, cual si hubiese tocado un áspid escondido entre sus traidoras plumas.

Tan rápido y simultáneo fué este hábil movimiento estratégico, que el burlado amante, aunque quiso, no pudo evitar que se pusiera de pié, si bien consiguió asegurarla de un brazo.

Pugló Lia para que la soltase, y en esta corta lucha, estando desabrochado el deshabilé, dejó escapar un medallón de oro sujeto al cuello por una cadena de pelo.

La presteza con que la jóven se apresuró á esconderlo escitó la curiosidad y los celos del gaucho.

—¿De quién es ese retrato? le preguntó con voz ahogada por la cólera, oprimiendo su delicado brazo entre sus dedos de acero, sin advertir, ¡tan ciego estaba! la dolorosa contraccion que desfiguraba las facciones de Lia.

—Me haces daño, Amaro, respondió esta, queriendo en vano dar una expresión agradable á su fisonomía y una inflexion dulce á su angustiado acento.

—¿De quién es ese retrato? volvió á preguntar el gaucho soltando el brazo y asegurándola por la cintura.

Lia bajó los ojos, y no respondió.

—¡Dámelo!

—¡No!

—¿No me le das?

—¡No!

—¡Ah, pérfida, te comprendo! exclamó aquel rechazándola furioso; ese retrato es el de mi rival, de ese miserable á quien amas, á pesar de todas tus falaces protestas y mentidos juramentos. Anda, corre y entrégale tu corazón cobarde; para dármele á mí sería preciso que rebosase de amor y nobleza. Y tú, nacida entre esa gente imbécil que cuando mira á su pátria esclava, en vez de imitar nuestro ejemplo, se prosterna y presenta las espaldas al azote y el cuello á la cuchilla de sus verdugos, con tal que la dejen vejetar vilmente en las ciudades; tú, educada entre el lujo y los placeres, acostumbrada á cifrar tu ventura en un vestido de moda ó en una joya, no puedes, no, comprender mi sublime pasión. No puedes, no, valorar el sacrificio inmenso que te hago robando el tiempo á mi pátria para consagrártelo á tí!.... ¡Loco he sido en poner mi cariño en un ser tan.... no sé cómo calificarte! ¡Loco he sido en presumir que abrigaba tu alma el candor y la pureza de tu semblante!....

—¡No-mas, no mas! exclamó Lia sacando el retrato y dándosele; mira, y desengáñate.

Cogió rápidamente el gaucho la imagen que le ofrecía, y la acercó á sus ojos, contemplándola con la avidez de un avaro, que encuentra el talégo de oro que creía perdido.

—Mira esa venerable frente, esos blancos cabellos, continuaba entre tanto Lia enjugándose las lágrimas que las injurias y arrebatos del irritado galan la hicieran verter; obsérvalo bien, y dime si es así el retrato de un amante.

El gaucha no la escuchaba; fija la vista en la imagen, analizaba una á una sus facciones, y parecía reluchar con una espantosa pesadilla; sus manos temblaban, se contraían sus lábios, y una palidez mortal borraba hasta las últimas huellas del encendido carmin con que no ha mucho la fiebre del amor animára su semblante.

Convencido que no se engañaba, miró á Lia de hito en hito, y sus sospechas se trasformaron en evidencia. Con todo, quiso persuadirse de que tal vez se engañaba, y la interrogó con la ansiedad del que desearía ignorar lo mismo que pregunta.

—¿De quién es este rétrato?

—De mi padre.

—¿De tu padre?

—Sí.

—¡Dios eterno! lo había adivinado, exclamó el prescripto golpeándose la frente con su pesada mano. ¡Ah! ¿Por qué no me lo has dicho desde un principio?

—El temor . . . un capricho . . . ¿qué se yo? . . . quería que ignorases el nombre de mi familia, contestó la jóven.

Amaro, inquieto y agitado clavó la vista en el suelo, presa de dos sentimientos que con igual violencia, despedazaban su alma; pero era esta demasiado fuerte, demasiado grande para que durase mucho tiempo su incertidumbre.

—¡Sí, es necesario, murmuró; Lia, luz de mis ojos! perdóname y abrázame: abrazame sin temor porque pronto debemos separarnos, tal vez para siempre.

El dolor prestaba un colorido tan grande, el heroico sacrificio que voluntariamente se imponía sublimaba tanto al

que pronunciaba aquellas palabras, que la jóven se arrojó en sus brazos sin vacilar.

Frenético estrechóla él contra su pecho, apoyó su rostro en su espalda alabastrina, dejándola húmeda con sus lágrimas; y como ella correspondiese á sus transportes con otros iguales, la apartó suavemente, y salió con paso acelerado en busca del incógnito de la carta, cual si temiese si permanecía allí un momento mas, ofuscarse, perder el juicio y sucumbir de nuevo, ceder otra vez, sin advertirlo, al delirio, á la embriaguéz, al vértigo de su mútua pasion volcánica, y, ¿cómo no temerlo, si él la fascinaba y ella le enloquecía?

Hay impresiones que son como la pólvora, que la menor chispa enciende: nacen y crecen contra nuestra voluntad, nos arrastran al borde de un abismo y nos precipitan en él, sin que la mayor parte de las veces nos sea dado conocerlo hasta que rodamos en sus profundidades insondables. ¡Ay! la llama del amor mas puro esconde siempre un destello terrenal engendrado por la arcilla de que fuimos formados; y ese destello se convierte en devorante hoguera que lo absorbe todo, desde que el espíritu vencido en tenáz pelea y rechazado do quier por los sentidos, se oculta, huye, desaparece, se anonada por un instante, avergonzado acaso de su derrota.

•

•

XI.

El Cambueta.

Conforme anunciára á su hija en la carta de que dimos cuenta en el capítulo VI, D. Cárlos Niser babía venido á la Estância acompañado de su esposa y del conde. Llegó cuatro dias despues del rapto de Lia.

En su impaciencia por abrazarla, no había querido detenerse en Paysandú, ni ver á su cuñado, que le habría informado de la catástrofe.

El mas impenetrable misterio envolvía aun la desaparicion de la jóven: en la Estância nada se sabía. Doña Eugénia había indagado en vano dónde se ocultaba. Estaba persuadida que ella había huido de la estancia solo con el objeto de substraerse á su compromiso con el conde; y ni siquiera se le pasaba por la imaginacion que estuviese apasionada de otro hombre.

Los gauchos que presenciaron la escena con el *enchalecador*, constantes en su sistema de no traicionar jamás á un compañero suyo, nada habían declarado: y como por otra parte estaban en la falsa creencia de que Amaro en aquellos dias no se hallaba en la provincia, pues él había tenido la

precaucion de esparcir antes la voz de que partia para la Rioja, y no le habian visto por espacio de tres semanas, no dieron grande importancia á las palabras del muerto, y luego, si hemos de hablar con franqueza, todos y cada uno en particular temían su venganza. En el poco tiempo que conocían á Amaro, bajo el supuesto nombre de Calibar, habían cedido sin advertirlo á la influencia y prestigio que ejercen siempre los hombres superiores sobre los ánimos vulgares, cualquiera que sea la situacion en que la suerte los coloque.

El *pulpero* tampoco declaró nada, por la misma razon, y por otra concluyente para él. El crédito del establecimiento estaba basado en su reserva y circunspeccion. El dia que por causa snya prendiesen á alguno, todos sus parroquianos le abandonarían, y, ¡ay de él, si los parientes ó amigos del agraviado le encontraban lejos de la ciudad, en alguna encrucijada ó camino solitario!

Las pesquisas, pues, de doña Eujénia y de su esposo fueron de todo punto inútiles. En vano sus emisarios recorrieron todas las Estancias circunvecinas y pueblos del departamento. Nada pudieron indagar, nadie les dió la menor noticia por la cual pudiesen seguir el rastro de la fugitiva. Doña Eujénia estaba inconsolable.

Entre tanto llegó D. Carlos á la Estancia, y figuraos cuál sería su dolor al no encontrar allí á su hija idolatrada.

Su hermana le abrazó llorando, y se lo dijo sin rodeos, puesto que no había medio de ocultarle la verdad.

Momento terrible fué aquel para todos los de la familia. El anciano se dejó caer sobre un sillón, pálido como

la muerte, el rostro desencajado, inmóvil, trabada la voz, sin acertar á quejarse ni á prorrumpir en llanto. Sus apretados dientes no permitían que saliesen los ahogados suspiros que exhalaba su alma, y sus yertas pupilas se negaban á dar libre curso á las lágrimas de fuego que en ancho raudal brotaban de su corazón despedazado. Doña Petra por el contrario, en vez de imitar su ejemplo y el de su cuñada, montó en cólera, se desató en injurias é improprios contra Lia, y no encontrando en el diccionario de la maledicencia voces bastantes duras para calificar su conducta, llegó hasta maldecirla: mientras el conde, pensativo y silencioso, con los brazos cruzados, inclinada la cabeza sobre el pecho y los ojos fijos en tierra, parecía reflexionar sobre lo que probablemente ninguno de los circunstantes se acordaba á la sazón, porque la angustia de aquellos y la ira de esta no se lo consentían. Parecía reflexionar, y reflexionaba en efecto, sobre las causas que motiváran la evasión de su futura esposa, y un fatal presentimiento le decía no que ella no le amaba, de eso estaba convencido desde mucho tiempo atrás, sino que otro hombre mas feliz conquistára su cariño durante su ausencia, y puestos ambos de acuerdo, la habría seguido desde Montevideo con ánimo de robarla en la primera coyuntura favorable. . . .

A las imprecaciones de su esposa, cada vez mas furibundas, D. Carlos volvió de su enagenacion, é informándose apresuradamente de los resortes que se habían puesto en juego para descubrir el paradero de Lia, meneó la cabeza en señal de desaprobacion, ordenó que le ensillasen otro caballo, y no bien estuvo pronto, sin descansar del largo viaje que acababa de hacer, ni decir á dónde se encamina-

ba, partió solo en busca del tío Chirino (a) *Cambueta* (1), que residía á cuatro leguas de allí en una Estancia de un amigo suyo.

¿Y quién era el tío Chirino, ó mas bien *Cambueta*, por cuyo sobrenombre le conocían generalmente? ¿Era acaso adivino?... Poco menos.... ¡Era *vaqueano*!

Para esplicaros carísimos lectores y amadísimas lectoras, todo lo que esta palabra significa, necesitaríamos algo mas que los estrechos límites de un capítulo. El *vaqueano* es un tipo especialísimo de nuestras provincias, que desarrollaremos en otra novela de menores dimensiones que la presente, y que formará parte de los cuadros característicos y locales que nos proponemos reseñar, como ya hemos tenido el honor de preveniros antes.

Ahora nos bastará saber que el personaje que nos ocupa era un hombre que conocía palmo á palmo todo el territorio de la Banda Oriental y á los gauchos de todos sus departamentos. Buscaba á las personas que se le indicaban donde quiera que estuviesen, mediante una retribucion mas ó menos crecida, segun la distancia y el tiempo que necesitaba invertir para conseguirlo, y siempre, si no habían muerto ó emigrado á otro pais, en un plazo mas ó menos largo descubría su paradero, por mas recóndito é ignorado que este fuese.

Era el único que en Paysandú sabia que los montoneros ocultos en el bosque habían venido de Tacuarembó y Salto y que Caramurú se hallaba entre ellos.

D. Cárlos llegó al caer la tarde á la Estancia donde

[1] Patizambo.

vivía, y preguntando al capataz si estaba en su rancho, supo con gran disgusto que no había venido aun de la pulpería que acostumbraba frecuentar, y que era la misma donde acaeció la muerte del *enchalecador*.

Esperóle con creciente impaciencia por mas de tres horas, y cuando juzgaba que ya no vendría, un canto gutural y prolongado que resonó á lo lejos, y galope lejano de caballos, le anunciaron que volvía acompañado de algunos *peones y aparceros* (1), unos completamente ébrios y otros alegres nada mas.

El deber de historiadores concienzudos é imparciales nos obliga á declarar que el Cambueta pertenecía á los segundos, pues la dignidad de su grave ministerio le impedía embriagarse nunca en público, lo cual no obstaba en manera alguna para que cuando se veía solo en su rancho, en las altas horas de la noche, tomase sus *trancas* (2) muy decentes al son de la guitarra y de los *cielitos*, canciones populares que cantaba con una voz de búfalo capaz de ahuyentar á los mismos diablos.

—Chirino, vengo á verte, le dijo D. Carlos apenas pasó el dintel, para un asunto de grande importancia. Deseo hablarte á solas.

El Cambueta se inclinó en señal de asentimiento, y juntos se encaminaron al rancho.

—Vamos, Sr. de Niser, ¿qué quereis? le preguntó no bien llegaron, fingiendo el muy tuno que ignoraba el objeto de su visita.

(1) Amigos.

(2) Borracheras.

—Mi hija ha desaparecido hace cuatro dias de la Estancia de la Cruz alta.

—¿Sí?... ¡Vaya un desastre! exclamó el vaqueano abriendo tamaños ojos; ¿con qué ha desaparecido?... ¡Dios nos asista!

—Sí, amigo mio, y deseo que avérigües dónde se halla.

—Dificilillo es, Sr. D. Carlos.

—Vamos, te recompensaré generosamente.

—He oído decir que se han practicado infructuosamente las mas esquisitas diligencias, contestó el Cambueta deseando magnificar el servicio que se le exigía, para aumentar su precio.

—Te daré diez onzas de oro si descúbres dónde se oculta y me traes cuatro renglones de ella.

El vaqueano lanzó con desden un *¡schs!* sobrado espre-sivo, cuya significacion comprendió azás su interlocutor.

—Serán veinte.

El Cambueta se alzó de hombros.

—¡Treinta, cuarenta, cincuenta!... murmuró D. Carlos.

El tio Chirino se puso á tararear á media voz una de sus canciones favoritas:

Arrorró mi ñato,
Arrorró mi sol,
Vamos á la yerra,
Trae mi redomon.

Tanta avaricia exasperó al abogado, que no comprendía cómo, por un servicio al parecer insignificante, no se contentaba con la respetable suma que le ofrecía.

—¡Y bien! exclamó: ¿qué significa esa estúpida cantinela?

—Significa, señor mío, que por cincuenta onzas no puedo comprometer mi reputación.

—¿Pues cuánto quieres?

—Lo menos cien.

—Las tendrás.

—Vengan cincuenta por lo pronto.

—¡Tunante! ¿Dudas de mí?... gritó D. Carlos, ofendido de semejante desconfianza.

—Yo no dudo, señor; pero estoy acostumbrado á que me paguen adelantado.

—¿Y si no me cumples tu palabra?

—En ese caso, muy extraordinario á la verdad, os devolvería íntegro el dinero que me hubieseis anticipado.

Niser había traído un bolsillo abundantemente provisto pero que no alcanzaba en mucho á la cantidad pedida; sacóse, pues, un magnífico alfiler de brillantes que llevaba en la camisa, y reunido al bolsillo se lo ofreció como prenda ó fianza de la deuda que contraía.

—El vaqueano, con gran sorpresa suya, en vez de tomarlos, soltó una carcajada, y los rechazó con la mano. El taimado aparentaba burlarse del buen viejo, despues de haberle marcado el alto precio en que estimaba sus servicios.

—Os conozco, Sr. D. Carlos, y sé quién sois; había querido únicamente experimentaros. Nada, me dareis lo que os parezca justo. Ahora, oíd mis condiciones, y juradme por vuestro honor que una vez aceptadas no faltareis á ellas

—Te lo prometo.

—En primer lugar guardaréis el mas profundo secreto acerca de la comision que me habeis dado.

—¿Por què?

—Ahí está el busilis.

—Risible es tu pretension, cuando nadie ignora que ganas la vida de ese modo.

—Es una precaucion... ya veís... podria fracasar... y ante todas cosas conviene poner á cubierto el honor del pabellón.

Sonrióse el abogado de la astucia del Cambueta, recordando involuntariamentè las advertencias que en casos idénticos, por via de precaucion, solía él hacer á sus clientes.

—En segundo lugar, continuó aquel, es de absoluta necesidad que por ningun pretesto, ni ahora ni mas tarde, intervenga la justicia en este asunto.

—Concedido.

—En tercer lugar, seguireis ciegamente mis instrucciones al pié de la letra y sin pedirme esplicaciones acerca de ellas.

—Bien.

—Y por fin, me concedereis diez dias, contados desde esta noche, para practicar las diligencias necesarias y poder dar una respuesta definitiva.

D. Cárlos accedió á todo, encargando al vaqueano que evacuase su comision lo mas pronto posible.

Este, que había presenciado el combate á muerte con el enchalecador y oído sus palabras, estaba convencido de que Amaro y no otro era el raptor de Lia: toda la dificultad estribaba en verle y arrancarle diestramente su secreto.

Escribió la carta, y la puso en el paraje indicado; por tres días acudió en vano á ver si la habían recojido; al cuarto no la encontró; el jefe de los montoneros había vuelto de su escursión al campamento de los charrúas, y ya sabemos la impresion que causára en él dicha misiva, y el modo cómo salió de la habitacion de su amada con ánimo de apersonarse con el portador ó autor de ella.

El gaucho, media hora antes de llegar al paraje convenido, ató su caballo á las ramas de un árbol, y marchó á pié, no en línea recta, sino describiendo un ángulo; cerca ya del naranjo, trepó encima de un corpulento *seibo*, que dominaba aquella localidad, y tendió la vista alrededor; luego dió una vuelta en torno del árbol donde le esperaba el vaqueano, prestando el oído por si distinguía rumor de hombres y caballos, y examinando con ojos de lince la tierra para cerciorarse por las huellas de que solo aquel había entrado en el bosque.

Persuadido de que no le armaban ningun lazo, se aproximó cautelosamente al naranjo: apartaba con tal tino las ramas y pisaba tan suavemente, que, á ser de noche, se le hubiere tomado por un espíritu de la selva. Sus *botas de potro* resbalaban sobre la yerba sin producir el mas leve rumor

Apartó el ramaje con la diestra mano armada de su puñal, cubriéndose con la siniestra el rostro que, á escepcion de los ojos, desaparecía bajo el halda del poncho, y con voz vibrante y avasalladora, gritó al Cambueta:

—¡Vuélvete!

El vaqueano obedeció esta orden cual manequí movido por una cuerda. El paso no era para menos; le iba en ello la vida.

Amaro sacó un pañuelo, le vendó los ojos, le arrebató las pistolas de que iba provisto, le cogió de la mano y se lo llevó á unos quinientos pasos de allí.

—Siéntate, le dijo, y esplicame en pocas palabras el objeto de esta cita.

—¿No os acordais ya de mí, señor? preguntó el tío Chirino, acomodándose lo mejor que pudo sobre un monton de hojas secas, obedeciéndolo al impulso que le comunicaba la mano de su acompañante.

Hasta entónces el gaucho no se había fijado en él; el timbre de su voz le hizo contemplarle con detenimiento. Súbito recuerdo vino á desvâncer sus dudas.

—¡Voto al diablo! exclamó arrancándole la venda: tú éres el Cambueta. No te había conocido.

—Gracias, Sr. Amaro; mas vale tarde que nunca.

—Díme, continuó éste con visible recelo, ¿alguien mas que tú sabe que yo estoy en este departamento?

—Nadie; os lo aseguro: yo mismo lo ignoraría á no haberos reconocido en la sobérbia puñalada con que despachásteis á ese maldito brujo en la pulpería á que asisto diariamente. ¡Oh! cuando os ví luchar con él os reconocí, porque nadie se le atrevía por acá, y era necesario ser tan valiente y diestro como vos para osar combatirle frente á frente y cuerpo á cuerpo. Al fin pagó las muchas muertes que debía ese *malévolo*.

—Chirino, no insultes á los muertos, respondió Amaro con grave melancolía; ¡ya no existe! . . . ¡Dios haya tenido piedad de su alma!

—Francamente, señor; no merece que se le tenga compasion. . . .

—Basta.... Explícame el objeto que te obliga á solicitarme.

—¿Lo ignorais? preguntó el vaqueano con una sonrisa maligna y burlona que no dejó de desagradar á su interpe-lante, el cual ni aun en broma consentía que nadie se le riese en sus barbas.

—Míra, le dijo, te prevengo que contestes lisa y llanamente á lo que te pregunte, sin interpretar lo que te diga ni comentar mis razones. ¿Has oído?

Pronunció el gaucho estas palabras mirando de arriba abajo con ceño y menosprecio al zumbon, recordándole así la distancia inmensa que mediaba entre ambos.

—¡Eh!.... si tomais á mal una chanza insignificante, repuso el tio Chirino un tanto cortado, me callaré como un perro, quiero decir, no hablaré hasta que me interrogueis.

—Eso es lo que deseo.

--Podeis empezar.

--¿Quién te envía?

—El Sr. D. Carlos Niser.

—¡Niser! ¡El Sr. D. Carlos Niser! repitió Amaro con amargo acento de tristeza y reconcentrada pena ¿Acaso sabe él?....

El gaucho se detuvo acordándose de repente que el vaqueaño no estaba iniciado en su secreto, y que él iba á revelárselo antes de tiempo con sus imprudentes preguntas. Conociólo aquel y se apresuró á sacarle de su error, diciéndole con la seguridad é impavidez que acostumbraba en casos tales.

—No os aflijais; ignora completamente que la señorita

Lia ha sido robada por vos y se halla en el fondo del bosque en vuestro propio rancho.

—¿Y tú, cómo lo sabes? preguntó el gaucho sorprendido por aquella brusca insinuación.

—Por una casualidad . . . que sería muy larga de contaros . . . y ahora estamos los dos de prisa . . . pero estad persuadido que solo el enchalecador y yo hemos podido sorprender vuestro secreto.

—Pronto se habrá remediado el mal que involuntariamente la he ocasionado, murmuró el noble cuanto infortunado amante. Continúa:

—¿Qué he de continuar?

—La narración de lo que te pasó con don Carlos.

—¡Eh! Estuvo á verme hace cuatro días, y á ofrecerme hasta doscientas onzas si se descubría el paradero de su hija y le llevaba cuatro renglones escritos por ella.

—¿Y qué pretende?

—¿Qué se yó? Me dijo que solo anhelaba saber que estaba buena y que no corría ningún peligro. ¡Oh, la quiere mucho el buen viejo! Lloraba al hablar de ella, y me repitió mas de cien veces que á trueque de saber eso la perdonaría su locura y los pesares que le ocasionaba, correspondiendo tan mal al cariño con que siempre la había distinguido.

—Escucha: nada exigirás al Sr. de Niser por tu trabajo . . .

El vaqueano tosió, cual si quisiera por este modo indirecto preguntar quién se encargaba de pagarle, pues los tiempos no estaban para servir gratis. ó para fiar, que en

último resultado la mayor parte de las veces viene á ser lo mismo.

—Yo me encargo de satisfacer esa deuda, continuó el gaucho clavando en él su fascinante mirada de águila; yo me encargo de pagarte, ¿entiendes? Y si llegó á saber que has recibido un solo centavo del Sr. de Niser, te *estaqueo* (1) apenas caigas en mis manos.

—¡Oh! descuidad, señor; descuidad replicó el tío Cambueta apresuradamente; la echaré de generoso, y nada, nada tomaré.

—Le dirás que has visto á su hija, que está buena, y le llevarás la carta que desea. Por mas súplicas que te haga, no le descubrirás nuestra guarida . . . Cambueta, sé que eres leal, y sobre todo amante de tu patria; confío que no me traicionarás.

—Moriría primero.

—Mañana á las doce de la noche acompañarás á D. Carlos á las tías del cementerio: yo estaré allí aguardándoos. Es un paraje solitario y respetado del vulgo. Allí nadie irá á interrumpirnos. Le dirás que un antiguo amigo suyo, que te ha ayudado eficazmente en tus investigaciones, desea hablarle; pero por Dios que no pronuncien tus lábios el nombre maldecido que me han obligado á aceptar los intrusos: para él yo no soy Caramurú; soy únicamente Amaro. Ahora monta á caballo y ven conmigo.

El vaqueano retrocedió hácia el naranjo, tomó su alazan, y volvió al mismo punto á incorporarse con Amaro,

(1) Llámase *estaquear* á un suplicio inventado por los indios, y que consiste en clavar cuatro estacas en tierra y atar fuertemente á ellas por los cuatro remos con un lazo, de modo que quede suspenso en el aire, al infeliz condenado á ese barbaro castigo.

que saltó en ancas y marchó con él en busca de su parejero, que había dejado atado bastante lejos del lugar de la cita, temiendo ser sentido por los que acompañasen al Cambueta, caso que este procediese de mala fé.

Poco despues de anohecer llegaron á los ranchos. Lia estaba sentada á la puerta del suyo, pensativa y triste, vacilante, dudosa, reluchando á un tiempo con su amor y la voz de su conciencia, que le ordenaba exijir de la caballeridad de Amaro que la devolviese á su familia....

Su amante mandó que trajesen luz, y entró seguido del vaqueano.

Una pequeñuela, hija de uno de los montoneros, corrió y trajo una especie de hacha formada con pequeñas ramas atadas en un haz é impregnadas del sebo de los animales que mataban diariamente.

Amaro abrió el pequeño escritorio y rogó á Lia que escribiese lo siguiente:

«Querido papá: Estoy buena, y pronto espero abrazaros: creed, por lo que mas ameis en la tierra, que todavía soy digna de llamarme hija vuestra. Perdonadme.»

«LIA.»

El gaucho dobló esta carta, llamó á cuatro de sus montoneros, y ordenándoles que acompañasen al vaqueano hasta la salida del bosque, le entregó el billete y le apretó la mano, diciéndole con efusion:

—¡Hasta mañana á las doce!

XII.

Protector y protegido.

Era una hermosa noche de verano: brillaba la luna llena en el zénit, y el oscuro azul del firmamento, salpicado de rutilantes estrellas, semejava un inmenso pabellon de tisú bordado de plata, que algun arcángel hacía tremolar en el espacio, envolviendo al mundo con su sombra protectora. Noche de amor y poesía iluminada por el melancólico fulgor de los astros que se destacaban en el fondo del cerúleo velo como chispas refuljentes que iba dejando en su camino el carro del Hacedor al cruzar la ancha red del universo. Noche de indefinible embeleso, en la que suspiraba el alma contemplando al cielo, cual si anhelase romper los grillos que la sujetaban á la tierra, y en alas de la fé y la esperanza volar hasta el trono radiante del Altísimo. . . .

Apacible calma, misterioso silencio cubrian la vasta estension del campo solitario; calma y silencio que al perturbarse le prestaban nuevo hechizo, nueva majestad y encanto. Tal vez una ráfaga perdida pasaba murmurando por encima de los bosques y sacudía las gallardas copas de millares de árboles, que se iban inclinando unas en pos de

otras, semejantes á las olas del Océano cuando la brisa las empuja suavemente y las derrama sobre la arenosa playa; acaso los tristes gemidos del *ñacurutú* y de otras aves nocturnas resonaban de vez en cuando, interrumpidas por el espantoso ahullar de los *cimarrones* (1), que, hambrientos, vagaban por las fragosidades de la sierra; acaso se estremecían los pajonales y ondeaba el césped bajo los áviles piés de los *hurones*, que buscaban su presa á los trémulos rayos de la luna; ó el pesado *Anta* se revolvía en el fango de algún riachuelo, dejando escapar por su pequeña trompa un áspero resoplido, indicio del placer que experimentaba; tal vez alguna aleve tribu aómaba por las empinadas lomas tendida al viento la larga cabellera, y descendía al llano haciendo retemblar el suelo bajo el sonante casco de sus veloces potros, inclinada sobre su cuello, para que á la distancia la confundiesen con alguna manada de caballos ó novillos silvestres; y en fin, quizá un rumor lejano, parecido al bullente hervor de una gran caldera que rebosára y se derramase apagando las llamas que la envolviesen, anunciaban que algun rio gigantesco salía de madre y se dilataba por los campos vecinos, sin estrépito ni violencia, pero imponente, arrollador, incontrastable, como el tiempo en el océano de las edades, tragando y vomitando siglos. . .

El reloj de la parroquia de Paysandú dió doce lúgubres campanadas: largo rato hacía que Amaro se paseaba por el cementerio aguardando á sus amigos.

La luna reflejaba sus rayos en las blancas osamentas amontonadas en un extremo de la mansión de los muertos;

(1) Petros salvajes.

gemía el crecido césped de las tumbas, y los sauces y cipreses se doblaban á intervalos con doliente murmullo; fugitivas exhalaciones cruzaban allí y aquí; se oía clara y distintamente dentro de los nichos el ruido de los dientes y los chillidos de las alimañas que se nutren con los frios despojos de los cadáveres; el éco repetía en el cóncavo suelo las pisadas y voces misteriosas, tristes ayes y quejidos parecían salir del seno de la tierra, de las losas de los sepulcros, de los árboles, del césped, de las osamentas, y hasta de los pajizos y derruidos muros.

Empero Amaro, á pesar que creía, como todos los gauchos, en duendes y aparecidos, paseábase impasible y tranquilo de un extremo á otro del osario. Fijaba sus ojos en el paraje donde habían enterrado al enchalecador, y se sentía capaz de volver á matarle si se levantase de nuevo de su tumba. Nada había en el mundo que le hiciera temblar; ni los vivos ni los muertos. Su alma, inaccesible al miedo, podía ser aniquilada; pero mientras permaneciese en su cuerpo, prestaría aliento á su brazo hasta para luchar como Luzbel contra su mismo Hacedor.

Sacóle de sus meditaciones la aproximacion de D. Carlos Niser, que venía acompañado del vaqueano.

Al verlos, saltó por las tápias del cementerio, y salió á su encuentro.

D: Carlos y su acompañante retrocedieron llenos de pusilánimes aprensiones; es indudable que á no estar prevenidos y á no haberles él gritado que era el que aguardaban, hubieran echado á correr, sin detenerse hasta llegar al pueblo.

Sr. D. Carlos, dijo Amaro, quitándose el sombrero: mi

amigo Chirino ya os habrá informado del empeño que tengo en serviros.

—Sí, y te doy por ello las mas espresivas gracias, contestó el abogado trémulo aun, y mirando en torno suyo con ojos despavoridos. La repentina aparicion del gaucho, envuelto en su poncho, por la parte del campo-santo donde estaban apilados los huesos y calaveras, le había asustado en términos que no le conoció, á pesar de ser la fisonomía de Amaro una de aquellas que no es posible confundir con otra alguna.

—Vengo á ayudaros á recobrar vuestra hija, añadió este cubriéndose, persuadido de que ya le habría reconocido.

—¡Ah, sí, mi hija, mi querida hija! exclamó don Carlos, recordando de pronto el objeto de la cita que tambien se le había olvidado. Habla, dí, ¿qué recompensa quieres?

—¡Recompensa! replicó el gaucho con amargura: yo no os exijo nada; tengo que pagaros una deuda de honor.

A estas palabras, Amaro se sacó por segunda vez el sombrero, cuyas anchas álas impedían que la luz del astro de la noche iluminasen su semblante.

D. Carlos, preocupado con otras ideas, le miró, y aun que le pareció que aquella cara no le era desconocida, no cayó al punto en quién era.

—¿Me harás el favor de decirme cómo te llamas? le preguntó; tengo idea de haberte visto en otra parte.

—¿No recordais, Sr. de Niser, un viaje que hicisteis al departamento de Minas?

—¿Cuándo? ¿En 1810?

—No: en 1815.

—Tambien estuve en esa época.

—¿Y no os acordais, señor, de un jóven de veinte años que estaba en capilla y debía ser fusilado al dia siguiente por haber muerto en desafio sin testigos al único hijo del mas rico y considerado propietario de aquel departamento?

—Sí.... me acuerdo.... pero confusamente.

—¿No os acordais, señor, que á ruego de vuestro pariente D. Nereo, interpusisteis vuestra poderosa mediacion con el comandante, á quién estaba confiado el mando de aquel pueblo, y partisteis esa misma tarde para el campamento del general Artigas, volviendo cuatro dias despues con el perdon que me otorgó, gracias á vos?

D. Carlos se acercó al gaucho, le miró con avidéz y dando un grito de gozo:

—¡Ah, tú éres Amaro! exclamó; ¡gracias, gracias, Dios mio! Ahora recobraré á mi hija.

—No contento con eso, continuó el amante de Lia, que necesitaba enumerar uno á uno todos los beneficios que debía á su padre, á fin de tener fuerzas para hacerle por completo el heróico sacrificio que deseaba; no contento con eso, me disteis un cinto de onzas, cartas de recomendacion para Buenos Aires, y por fin, me salvasteis por segunda vez la vida, desbaratando una celada dispuesta por mis enemigos para asesinar me al pasar el Uruguay.

—Es verdad.... me interesaba por tí como por un hijo; pero tú, tú no has correspondido á mi afecto como debías. Ni una vez sola has procurado verme en el espacio de ocho años.

—¿Habeis necesitado de mí alguna vez?

—No. Ahora únicamente.

--Pues ahora estoy aquí.

—Y tanto confío en tí, que solo al verte he creído que volvería á recobrar á mi hija, porque sabiendo tú dónde se oculta, por grado ó por fuerza la traerás á mis brazos, aun que te costase la vida, ¿no es verdad?....

Al espresarse de esta manera, muy lejos estaba D. Cárlos de valorar todo el alcance de sus espresiones; no hacía mas que manifestar su ciega confianza en las promesas del gaucho. Sabía que ellos son esclavos de su palabra, que muéren antes de quebrantarla, sin retroceder ante sacrificio alguno, cuando se le exige su cumplimiento.

—Acaso nunca sepais, Sr. de Niser, repuso dolorosamente Amaro, vos, que me acusais de ingrato, ¡cuán caro me cuesta retribuiros vuestros beneficios!

—No te comprendo, respondió D. Cárlos admirado.

—Ni es necesario que me comprendais.... decidme: ¿teneis presente, por ventura, lo que os dije el dia que recibí mi perdon?

—Me jurasteis que en cualquiera situacion, y en cualquiera parte donde te hallases, acudirías á mí en cuanto yo te lo indicase, y fuese cual fuese el favor que te pidiéera, lo ejecutarías en el acto sin vacilar.

—Héme aquí por lo tanto esperando vuestras órdenes.

—Quiero ver á mi hija, si es posible recobrarla.

—Pasado mañana, Dios mediante, la tendreis en vuestra casa.

—¿A qué hora?

---Despues de las carreras.

--¡Ah, por la Virgen, no me engañes, Amaro, repitió el anciano con recelosa alegría; no me hagas consentir en

tamaño ventura, que luego debe hacer mas amarga la triste realidad.

—Os repito que pasado mañana, suceda lo que suceda, cueste lo que cueste, abrazareis á vuestra hija.

El tono avasallador del gefe de los montoneros no dejaba lugar à dudas. D. Carlos cedió á la influencia que dominaba á los demas. Inútil era reflexionar: Amaro subyugaba por la fuerza del sentimiento. Convencía sin amenazar. Su porte, su ademan, su acento hablaban con mas elocuencia que sus palabras.

—Si acaso yo mismo no os la entrego, prosiguió, salíd de Paysandú, y muy cerca de sus trincheras encontrareis mi cadáver sangriento....

—¿Qué dices? ¡Explícame ese misterio! ... exclamó D. Carlos azorado.

--¡Nada me preguntéis; nada! ... porque nada puedo deciros, respondió el gaucho con voz solemne, lenta y resignada; ¡cúmplase la voluntad de Dios!

Grande era la curiosidad y el ánsia del amoroso padre; pero convencido como estaba de que por mas instancias que hiciera al gaucho no le arrancaría una sola palabra, habiendo manifestado que nada diría, guardó silencio, y se dispuso á marchar.

—Hemos concluido, dijo; adios, Amaro; descanso en tí. •

—Dos palabras, señor, si gustais, replicó este deteniéndole del brazo.

—Dí lo que quieras.

—No puedo ni está en mi mano ponerlos ninguna condicion; pero debo preveniros que el motivo de haber aban-

donado vuestra hija la Estancia de su tia, no es otro que el estar comprometida con un hombre á quien no ama.

—¡Dios del cielo! repitió D. Carlos: ¿y cómo ahora me libro del compromiso que tengo con el conde?

--¿El conde? preguntó Amaro con acento amenazador; es conde, ¿eh?

—Sí, conde de Itapeby.

—El gaucho se llevó las dos manos cerradas á las sienes, cual si quisiese detener la esplosion de su ira. En seguida sé volvió al anciano, que le contemplaba absorto, y añadió, poseido de un vértigo infernal:

—No puedo devolveros á Lia si no me juais que no violentareis su voluntad.

Un relámpago iluminó á D. Carlos: las tinieblas que envolvían su mente se dispararon; vió la verdad tal como era; adivinó que su hija estaba en poder de aquel hombre, y que él la amaba y era amado de ella.

—¡Desgraciado! exclamó: tú la has seducido; tú eres su raptor; tú has abusado de su inespereincia y de sus pocos años. ¡Infame!

El indómito gaucho, al oirse apostrofar tan duramente, por un movimiento involuntario llevó la mano al puño de su daga; pero con la misma rapidez se detuvo, hincó una rodilla, tomó el puñal por la punta y se lo presentó á D. Carlos, diciéndole:

—¡Sí, yo os he robado vuestra hija; soy un miserable; lavad con mi sangre vuestra afrenta!

—¡Tan niña y perdida para siempre! repetía el anciano, llorando y escondiendo la cabeza entre sus manos.

--¡Oh, no la ultrajeis; está inocente y pura como los

ángeles! . . . Si se halla en mi poder, es contra su voluntad.

Entonces Amaro se puso en pié, y en breves palabras, llenas de elocuencia y pasión, le contó la historia de sus malhadados amores. El abogado le escuchó en silencio, y antes que acabase su narración, ya estaba convencido de la inocencia de Lia.

—Sin embargo, murmuró, su reputación está gravemente comprometida. Si al menos pudieses casarte con ella. . . .

—¡Ese es todo mi anhelo, mi única ambición, mi más dulce ensueño de felicidad! contestó el gaucho, radiante el rostro de placer.

D. Carlos le miró frente á frente, y con una amarga sonrisa de desprecio, le dijo con altanería:

—¿Y quién eres tú para enlazarte con mi familia?

—Ignoro quiénes son mis padres, y nada tengo, replicó Amaro humildemente; pero siento en mí algo que me anuncia que mi estirpe es tan clara como la vuestra.

—Pues bien, continuó el buen viejo, enternecido y cediendo sin advertirlo á la magia que ejercía el caudillo patriota sobre cuantos le rodeaban; tú eres joven y valiente, procura averiguar quiénes son tus padres, ó conquistar con tu esfuerzo una posición social, adquirir un nombre que valga tanto como el que la suerte te niega, y Lia será tuya.

—¡De veras! ¡No me engañareis! exclamó Amaro, anhelante, inmóvil, suspenso de la respuesta que aguardaba.

—¡Sí; te lo juro por mi honor, por la salvación de mi patria, lo que más amo en la tierra después de Lia!

—Entonces, D. Carlos . . . el gaucho se detuvo dudando.

do si debía ó no descubrirle aun su segundo nombre: el nombre glorioso, sinónimo de heroísmo y lealtad, que todos los orientales fieles á su patria pronunciaban con respeto y admiracion.

—¿Entonces, qué?... preguntó Niser con ansiedad.

El aire distinguido del gaucho, su manera de espresarse, el misterio que le envolvía; habían herido fuertemente su imaginacion. Una vaga sospecha de quién podia ser cruzaba al mismo tiempo por su frente.

—Entonces, dadme la mano... contestó aquel porque soy....

—¿Quién?

—¡Caramurú!

—¡Abrázame, hijo mio! gritó el anciano, estrechándole contra su pecho; sí, tú mereces llamarte hijo mio; era imposible que mi Lia se hubiese enamorado de un hombre vulgar.

Largas esplicaciones se sucedieron, y de ellas resultó que D. Cárlos se convino, no en negar su consentimiento á la boda, porque entonces se espondría á la venganza de D. Alvaro, sino en dilatarla, y solo en el último trance oponerse abiertamente, hasta que, arrojados los intusos del pátrio suelo, pudiese obrar con toda libertad, sin miedo de que le calificasen de *anarquista, conspirador*, y le confiscasen sus cuantiosos bienes.

Conformes en este punto, Amaro entabló otra animada discusion con el vaqueano, mudo espectador de las anteriores escenas; y muy importante debía ser el asunto, cuando la luz del nuevo dia vino á anunciarles que ya era hora de retirarse

D. Carlos y su futuro yerno tornaron á abrazarse de nuevo; y como el primero se lamentase del mal éxito que podía tener la empresa de que habían hablado antes, el gefe de los montoneros le contestó con su habitual indiferencia.

—No tengais recelo alguno, amigo mio; la fortuna ayuda á los audaces. ¿No es verdad, Chirino?

—Señor, repuso el Cambueta: con vuestra gente, y los aliados que yo me encargo de proporcionaros, no digo con mil portugueses, ¡con mil demonios somos capaces de pelear!

—¡Dios proteja la buena causa! dijo el anciano alzando los ojos al cielo.

—¡O muerte, ó libertad! repitió Amaro: y cada uno de los tres personajes, pensativo y meditabundo, se encaminó por distinto sendero; el abogado á la ciudad, el vaqueano á recorrer el departamento, y Caramurú al fondo de la selva á informar á sus valientes de que había llegado el momento solemne de *vencer ó morir*.

XIII.

Las carreras.

A pocas leguas de Paysandú se extiende una dilatada planicie, desnuda de árboles, pero tapizada de menuda yerba, la cual termina al Occidente por un dilatado barranco, en cuyas profundidades corre el Uruguay encajonado, y siguiendo las ondulaciones del terreno, ora se precipita en violentos remolinos azotándose contra sus bordes, ora continúa su marcha apacible, cual pintado *iguana* que se desliza perezosamente á la caída del crepúsculo, sobre la arena humedecida con el reflujó de las olas; ó bien levanta su verdinegra espalda cubierta de hervorosa espuma, y bulle y salta, se revuelve y ondea, se esconde y reaparece, como un inmenso cetáceo que hiende los mares llevando clavado el harpon, que cuanto mas pugna por lanzar de sí mas se hunde en sus entrañas, y al fin arroja su masa inerte y ensangrentada sobre los flancos del atrevido bajel que vuela en pos de ella, ensordeciendo el espacio con sus cánticos de victoria.

Desde las doce de la mañana, inmensa muchedumbre aflúa de todas partes, atraída por las famosas carreras que

debían verificarse allí á las cuatro de la tarde. Los dos propietarios mas ricos y considerados de la provincia, entre quiénes existía una antigua rivalidad, habían señalado aquel dia para correr sus corceles. La crecida suma que se atravesaba, el nombre de los dueños de los caballos, la multitud de personas que tomaba parte á favor de cada uno, las apuestas parciales, la circunstancia de ignorarse aun cuál era el parejero que el señor de Abreu pensaba oponer al renombrado Atahualpa, vencedor en todos los años anteriores, y sobre todo, ciertos misteriosos rumores que circulaban relativos á una conspiracion tramada por los patriotas, habían dado á las presentes carreras una celebridad inaudita, una celebridad americana, ya que no europea.

Desde los mas remotos confines de la Banda Oriental, lo mismo que de las provincias del Brasil y de la república argentina, fronterizas á las nuestras, los gauchos, los *estancieros* (1), y hasta indolentes habitantes de las ciudades, aficionados en extremo á esta clase de diversiones, habían acudido en tropel á malgastar allí alegremente, como es costumbre en América, siempre que hay ocasión, su tiempo y su dinero.

Ademas de los doscientos mil patacones de los dos capitalistas, se calculaban á esa hora en un millon de pesos fuertes las apuestas de los particulares.

Magnífico era el golpe de vista que ofrecía la estensa llanura, cuajada de gentes de todas edades, sexos y condiciones. Cuadro encantador que, trasladado al lienzo, mientras lo iluminaba los tÍbios resplandores del sol de la tarde,

[1] Propietarios de la Campaña.

reflejaría una de las faces mas bellas y poéticas de la vida de nuestros campos. Variados y caprichosos trajes, indómitos bridones, adornados con régia esplendidez ó con salvaje pompa....

Los ricos *chamales* de seda, los graciosos sombreros de *jipi-japa*, salpicados de raras y preciosas flores, cuyo hermoso colorido no igualaba a su fragancia; las lujosas vestas de grana y terciopelo; los bordados ponchos con flamante botonadura de filigrana, que descendía en triples hileras desde la garganta al pecho; los puñales, incrustados de brillante pedrería, se confundían con el grosero lienzo, con la raída bayeta, con las remendadas chupas, con los abollados sombreros y grasientos cuchillos de los *peones* y gauchos pobres. Los briosos corceles, ostentando con marcial orgullo las argentadas estrellas y cadenillas, que, eslabonadas y pendientes en el centro de un sol de oro, esmaltado de rubíes, envolvían su cabeza como una red de nácar, y sujetaban el freno y las riendas, también de plata, hacían resaltar mas el humilde arreo de los que por toda gala llevaban el *lazo* arrollado sobre la grupa de su caballo, y la frente y los encuentros de éste ceñidos por una banda de lucientes plumas....

Crecía la muchedumbre por instantes; do quier que se volviesen los ojos la veían agolparse en distintas direcciones, unida y compacta como un mar de centauros. La tierra desaparecía bajo sus huellas, y el murmullo, las voces, los gritos, las carcajadas, de los ginetes, el movimiento, el galope y los relinchos de los caballos, formaban un ruido sordo y prolongado, que, vibrando á la distancia, imitaba el confuso rumor que precede á la erupcion de los volcanes.

Eran ya las tres y media.

Lejano redoble de tambores, agudo son de clarines y cornetas, vinieron á distraer por un momento la impaciencia de los circunstantes.

Mil hombres de las tres **armas** avanzaron divididos en columnas de á cien, y se situaron á lo largo de la llanura en las posiciones mas ventajosas.

Aquella tropa era toda la que había en el departamento, y el comandante general, temiendo la intentona de que hemos hablado antes, había dispuesto que se reuniese allí antes de empezar las carreras, con el objeto de intimidar á los revolucionarios, ó castigar su audacia si se atrevían á levantar el estandarte de la rebelion.

A poco aparecieron Suarez y Abreu; pero solo el primero traia su caballo; el segundo, con una agitacion que en vano procuraba ocultar, sacaba continuamente el reloj maldiciendo interiormente su mala estrella, y figurándose que el gaucho le jugaba una pesada burla. Sus amigos, pensativos y cabizbajos, le seguían, preguntándole á cada paso si vendría ó no. Faltaban dos minutos para las cuatro, y Amaro no parecia.

Su rival se frotaba las manos de gozo, arrojándole sarcásticas miradas que se clavaban como punzantes flechas en el corazon de Abreu.

Ya se disponia este á dar orden que ensillasen el corcel que montaba, que era el mismo con el que pensó primero sostener el desafío, cuando lejana vocería, estrepitosos bravos y palmadas le hicieron volver la cabeza, y divisó á Amaro que se encaminaba hácia él, seguido de la muchedumbre, la cual, viéndole venir en pelo, echado el sombrero

sobre la frente, y cubierto el rostro, á escepcion de los ojos, con un pañuelo de seda, adivinó que era el corredor, el único á quién aguardaban para empezar las carreras.

Los gauchos se agolpaban en torno suyo, y mil exclamaciones volaban de boca en boca ponderando la bella planta del corcel que montaba; los circunstantes se deshacían en elogios, y los competidores de Abreu le miraban acercarse llenos de desconfianza y sobresalto.

La gallarda presencia de Dayman y su color *pangaré* (1), muy estimado y acaso el primero, en opinion de los inteligentes, hacían formar de él, al primer golpe de vista, la idea mas ventajosa. Luego su pequeña cabeza, su cuello largo y enarcado, sus delgadas piernas, sus anchos encuentros, su escaso vientre, su descarnada grupa, el fuego que brillaba en sus ojos inteligentes, que al galopar se revolvían chispeando en sus grandes órbitas como dos esferas de hierro candente, pretendiendo dejar atrás á su propia sombra, calidad característica de los buenos parejeros, su poblada cola, la manera como erguía las orejas moviéndolas en^{ta} direccion opuesta, la ^{ar}rogancia con que apoyaba el casco en la tierra, tascaba el freno y sucudía sus ondeantes crines, que casi barrian el suelo, su impetuosidad y empeño en adelantarse á los demas. . . . todo, todo indicaba que aquel caballo, dotado de una extraordinaria ligereza, había sido adiestrado á la carrera en el desierto, sin haber encontrado todavía quién le venciera y humillara su altivez.

—Podemos empezar, si os place, Sr. Suarez, dijo el comerciante con una satisfaccion que contrastaba con su anterior despecho y mal humor.

[1] Blanca la mitad de cara, y el resto del cuerpo colorado.

—Cuando gustéis, Sr. de Abreu, contestó aquel con frialdad.

—*Cancha* (1), *cancha*, señores, gritaron los jueces nombrados para presidir las carreras y dirimir cualquier disputa que pudiera tener lugar.

Los espectadores, al oír la frase sacramental con que generalmente empiezan estas diversiones, se abrieron á derecha é izquierda, repitiendo: ¡*Cancha, cancha!* palabra que, pronunciada por mil voces distintas, producía en la apiñada muchedumbre el mismo efecto que la férrea quilla de un bergantín, que vuela dividiendo las movibles aguas del mar, acariciado por las brisas nocturnas.

En menos de diez minutos se formó una larga calle de cincuenta varas de ancho y una legua de largo. Los jueces hicieron cuatro rayas en el suelo con intervalos de cien pasos entre cada una: los corredores de Atahualpa y Daiman se colocaron en la primera, y á una señal suya comenzaron los *bareos*, que consisten en lo que vamos á referir.

Primero marcharon ambos ginetes paso á paso hasta la segunda raya, y volvieron atrás; luego al trote hasta la tercera, y retrocedieron igualmente; despues al galope hasta la cuarta, tornando á colocarse á la primera, procurando siempre cada uno detener el ímpetu de su caballo, á fin de inspirar confianza á su adversario.

En seguida galoparon cuatro ó cinco veces desde la primera hasta la segunda, tercera y cuarta línea sucesivamente, y cuando los que presidían la carrera, viendo que pisaban juntos la última raya, gritaron ¡*ahora!* respondieron

[1] Dejad libre el paso: despejad.

los jinetes ¡ahora! y se lanzaron á toda brida seguidos de los jueces y de la multitud, que se replegaba tras ellos á medida que pasaban por delante de ella devorando el espacio, cual fugitivos planetas atraídos por el sol en medio del vacío.

Largo trecho galoparon juntos, y la victoria se mantuvo indecisa. Los dos parejeros eran excelentes, y se temía, no sin razón, que á un tiempo pisasen la meta.

Inclinados ambos jinetes sobre su cuello, anhelantes les palmoreaban frenéticos y les hablaban con voz que dominaba el tumulto ocasionado por el tropel inmenso que los seguía, sin hacer uso del látigo que reservaban para el último trance.

Daiman y Atahualpa, bañados en sudor, arrojando por sus abiertas narices una columna de humo, y mirándose con ira, redoblaban su esfuerzo á cada palabra de sus amos. cuyas largas cabelleras, confundándose con sus crines, ondeaban como serpientes amenazadoras que se enroscaban silvando sobre sus cabezas.

Por una ilusión óptica muy fácil de comprender en la rapidez de su carrera, en medio del torbellino de polvo y la nube vaporosa que los envolvía, los rayos del sol quebrándose y repercutiéndose velozmente, les prestaban á cada momento nueva forma y colorido. La imaginación, asaltada de un vértigo fantástico, ora creía ver á la distancia dos fenómenos luminosos, dos de esas sombras colosales que al caer la tarde suele divisar con espanto el viajero que ignora su casa, en las cimas de la alta cordillera: ya dos enormes moles de granito bajando por el rápido declive de una montaña al fondo de un valle; tan pronto dos gigantescos condores, batiendo sus anchas alas y cerniendo su

raudo vuelo al confin de la llanura, como dos toros salvajes que salen del bosque con atronador mugido llevando encima dos tigres feroces, cuyas aceradas uñas les desgarraban la piel, clavada la boca en su cuello hecho trizas por sus afilados dientes....

No faltaban ya mas que seis cuabras para llegar á la meta; la ansiedad y la espectacion iban en aumento. Un silencio sepulcral, interrumpido únicamente por el pausado galopar de los caballos, se sucede á la animada conversacion de los circunstantes. Nadie habla, nadie pregunta nada, nadie levanta la voz ofreciendo juego: todos miran, todos suspensos y ansiosos, como si se tratase del mas grave é importante asunto, aguardan, latíéndoles el corazon, á que se decida el triunfo.

De repente Daiman pasa á su contrario, y un grito, semejante al estampido de un trueno, retumba de un extremo á otro; Atahualpa, furioso, le alcanza y le pasa á su vez: habla el gaucho á su corcel, y este le deja de nuevo atras; torna Atahualpa á alcanzarle, y torna Daiman á adelantársele. El corredor del primero apela entonces al último recurso; se incorpora, sus talones espolean los flancos del vencido, revuelve el brazo á un lado y á otro cruzándole con el látigo las ancas y el vientre. El noble corcel, indignado, levanta la cabeza, tiembla de coraje, da un bufido, y, por vez postrera, alcanza á su rival.

Amaro imita el ejemplo de su competidor, y cierra piernas á su caballo sin castigarle.

Daiman al sentirse aguijoneado eriza la crin, irgue las orejas, tiende el cuello, alza la frente arrojando llamas por los ojos, la inclina hiriéndose los encuentros con la barbada

del freno, y mas veloz que una bala al escaparse del tubo inflamado que la contiene, hiende los aires, porque sus piés no tocan la tierra.

Atahualpa hace un último esfuerzo, se agita, alarga sus crispados miembros, aspira el aire con ardientes resoplidos, sigue con la vista empapada en lágrimas las huellas de su vencedor; pero ¡hay! ¡en vano!... en el mismo momento que este pisa la meta triunfante, cae reventado él á cincuenta pasos, arrojando un rio de sangre por la boca y las ventanas de la nariz.

Un coro de aplausos y vivas atruena la llanura; Daiman, victorioso, es aclamado hasta por sus mismos enemigos, y Amaro, olvidándose en medio de la embriaguez del triunfo de que aun no era tiempo de descubrirse, pues faltaba mas de una hora para anochecer, momento convenido para dar el golpe cuando empezasen las tropas á desfilar; cediendo á la costumbre, se sacó el sombrero y el pañuelo que le ocultaba el rostro para saludar á la multitud.

Quiso su mala estrella que entre los espectadores mas inmediatos hubiesen varios brasileros del departamento de Tacuarembó, que le conocian muy bien por haber sido prisioneros suyos, los cuales apenas le vieron comenzaron á gritar, huyendo como si hubiesen visto al diablo;

—¡Caramurú! ¡Caramurú!

Un escuadron de tiradores de caballería se adelantó al paraje de donde salian aquellos gritos alarmantes.

Amaro hizo una señal para que permaneciesen quietos á algunos gauchos que se hallaban á su lado iniciados en la rebelion por el Cambueta, volvió tranquilamente su caballo, y enderezó el rumbo hácia el barranco, en cuyas profundi-

dades corría el Uruguay, único paraje que, defendido por la propia naturaleza, no estaba guardado por las tropas enemigas.

Los tiradores corrieron tras él, y su jefe le gritó que se detuviese, si no quería que le mandase hacer fuego.

El gaucho, con aquella sonrisa irónica que tan bien cuadraba á su fisonomía varonil, volvió la cabeza sin detenerse, y se golpeó la boca, manifestándole así el caso que hacía de sus amenazas.

El jefe mandó hacer fuego: doscientos tiradores, en pelotones de á cincuenta descargaron sus tercerolas contra el fugitivo por dos veces á menos de cuarenta pasos.

El, siempre á escape, cada vez que oía gritar *¡fuego!* daba una vuelta por debajo de la barriga del caballo, con la destreza admirable de los indios *Guaycurús*, de quienes habia aprendido esta evolucion, y tan pronto como escuchaba silbar las balas se incorporaba en su potro y continuaba impávido en su carrera.

Los brasileros y los espectadores juzgaban que aquella resistencia era un solo capricho del célebre guerrillero, que prefería morir á rendirse. Suponían que viéndose obligado á costear el barranco, é imposibilitado de traspasar el cordón de soldados que guarnece la llanura, al fin, de un modo ú otro, muerto ó vivo, caería en sus manos.

Pero con gran sorpresa suya, con espanto y asombro de todos, amigos y enemigos, Amaro al llegar cerca del barranco, sonriéndose, hechó el halda del poncho sobre los ojos de Daiman, le cerró piernas y se precipitó con él al río desde una altura de cuarenta piés.

Cuando llegaron los tiradores y la curiosa muchedum-

bre, creyendo encontrar solo un cadáver flotando sobre las aguas, el indómito gaúcho, prendido con una mano de las crines de su parejero, y nadando con la otra, llevado por la corriente, próximo á tocar la orilla opuesta, se golpeaba otra vez la boca, gritando á los brasileros por despedida:

—¡Ya nos veremos las caras! . . .

Semejante rasgo de audacia dejó á todos inmóviles y petrificados, y cuando los soldados, á la voz del jefe, volvían á cargar sus tercerolas, ya él salvaba la margen del rio y galopaba hácia la selva, de donde salían á galopè sus audaces montoneros, alarmados por las descargas y pensando que por alguna fatal casualidad se había empezado la lucha antes de la hora convenida.

•



XIV.

La montonera.

La pequeña hueste de Amaro reunida ya á su jefe, equipada y provista de armas en aquellos días, avanzaba lentamente en órden de batalla, silenciosa, imponente, resuelta como los trescientos compañeros de Leonidas, á morir peleando. El sol, próximo á hundirse en el ocaso, hacía brillar la desnuda hoja de sus corvos sables y la fulmínea punta de sus lanzas con siniestros resplandores.

La confianza y decision con que marchaban á una muerte, al parecer inevitable, despertaba en sus enemigos un sentimiento muy parecido al miedo, hijo tal vez de la admiracion que les infundía á su pesar, aquel arrojo sobrehumano.

El nombre de Caramurú, sin embargo, bastaba para esparcir el terror en sus filas, como el caballo del Cid para poner en vergonzosa fuga á los infieles.

La multitud, previendo lo que iba á suceder, se había dispersado mas rápida que una bandada de palomas á la aproximacion de un milano.

Entre los fugitivos iban D. Carlos y D. Nereo: el conde, arrastrado al principio por las oleadas de los que huían,

valiente y pandonoso militar, apenas se vió libre volvió al campo, sin querer oír los ruegos de su hermano y de su futuro suegro, que le suplicaban se viniese con ellos á la ciudad, puesto que estaba desarmado; y no tenía responsabilidad ni mando en las tropas reunidas allí, las que, por otra parte, siendo muy superiores en número, y la mayor parte veteranas, no podrían menos de arrollar á los insurgentes.

— Os engañais, respondió él meneando la cabeza, Caramurú está á su frente; ese bandido, ese demonio acostumbrado á batir mil soldados nuestros con cien montoneros suyos. Y además, ¿creís que solo con ellos tendremos que pelear?... ¡Mirad! por la parte opuesta, detenidos en el confin de la llanura, cerca de mil rebeldes se disponen á secundarlos. La cosa es mas seria de lo que pensais, amigos míos. Mi deber me llama allí; adios.

Y espoleó y soltó la brida á su caballo, perdiéndose muy pronto de vista.

Sobrábale razon á D. Alvaro: ochocientos gauchos, peones y esclavos, divididos en cuatro grupos, aguardaban la señal de acometer. Unos sacaban los trabucos y sables que llevaban ocultos, los primeros bajo el poncho, y los segundos bajo las *caronas* (1), otros esgrimían sus largos *facones* (2), y el mayor número blandía sus formidables *bolas* y doblaba el *lazo*, haciendo silbar por encima de su cabeza la pesada argolla de hierro que sirve de contrapeso para lanzarle hasta á cincuenta varas de distancia. Todo anun-

[1] Mandiles de cuero que se ponen bajo el *recado*, ~~montura~~ *montura* especial que usa la gente de campo.

(2) Cuchillos de tres cuartas de largo.

ciaba que la lucha iba á ser encarnizada, y que los brasileños, en caso de vencer, comprarían muy cara su victoria.

El comandante general, confiado en sus mil soldados y en la ventaja de su artillería é infantería, resolvió esperarlos á pié firme, y dispuso que se replegasen sus batallones y dejaran aproximarse á los rebeldes á tiro de cañon. El apóstata oriental, el traidor D. Ricardo Floridan ignoraba con quién se las había, y juzgaba tan seguro el triunfo, que solo temía que sus contrarios no se atreviesen á atacarle. Quería que no se le escapase ni uno solo.

—¡Viva la patria! gritó Amaro volviéndose á los suyos:—¡Viva la patria! gritaron estos;—¡Patria y libertad! contestaron á su frente sus amigos, y en el mismo instante, los montoneros y sus aliados, se lanzaron á toda brida sobre las huestes brasileras.

Una detonacion espantosa ensordeció la llanura: cuatro cañones preñados de metralla y quinientos fusiles estallaron á la vez, esparciendo la muerte y la desolacion entre las filas de los patriotas.

Terrible fué aquel momento; una tercera parte de los valientes mordió el polvo: una nube de negro humo los envolvió, como un ancho sudario el inmenso cadáver de un gigante, y un coro desgarrador de ayes, lamentos é imprecaciones resonó tristemente como el himno fúnebre que anunciaba su derrota.

¡Viva la patria! tornó Amaro á repetir sin detenerse, con voz tremenda, que dominaba el fragor de los cañones y los lamentos de los moribundos:—¡Viva la patria! contestaron sus esforzados compañeros, siguiendo sus huellas:—¡Patria y libertad! volvieron á gritar sus aliados, ya encima

de los invasores; y unos y otros cayeron simultáneamente sobre las cuadros enemigos, rompiendo la tripe muralla de bayonetas que les cerraba el paso.

Entonces se trabó un desesperado combate á arma blanca, en el que cada patriota tenía que pelear contra diez realistas, y en el que, á pesar de su valentía, era de temer que al fin cediesen agobiados por el número.

• Los portugueses huían, es verdad; pero á su retaguardia otros batallones venían en su apoyo, y mientras los rebeldes se volvían y los desbarataban, los fugitivos se rehacían y los esperaban de nuevo con las armas preparadas. La única ventaja que llevaban los orientales era que la caballería enemiga, como de costumbre, había huido cobardemente á los primeros choques, y abandonada la infantería, rota y dispersa varias veces, vagaba aquí y allí, sin poder reunirse en una sola columna, como sus gefes anhelaban. La rapidez y arrojo de los montoneros, el espanto que infundía Amaro apenas se aproximaba, hacía abortar sus mejores maniobras é inutilizaban toda su estrategia y sus esfuerzos.

Cabalgaba el intrépido gaucho sobre un arrogante petro, negro como las negras sombras que envolvían el caos antes que Dios separase la luz de las tinieblas, veloz como el *pampero* cuando el invierno desata sus alas, y blandía en su mano una poderosa lanza, cabo de ébano, que remataba en dos medias lunas. Se había sacado el poncho, empapado en agua al precipitarse en el río: tenía descubierta la cabeza; el sombrero flotaba sobre sus rotas espaldas, sujeto á la garganta por el *barbijo* (1); descollaba, hasta besar

(1) Cordon ó cinta de seda.

los hombros, su cabellera húmeda, destrenzada en lacias guedejas; el entusiasmo bélico, la sed de venganza, el estridor de los sables, la vista de la sangre, el ambiente de la pólvora contraían sus labios, coloreaban sus mejillas, crispaban sus músculos, erizaban sus bigotes, y comunicaban á sus negras pupilas no sé qué eléctricas vibraciones, qué efluvios de luz, que producían en la muchedumbre el efecto de los magnetizadores en las personas sujetas á su influencia. Parecían dos soles rojizos, que giraban como estrellas artificiales, despidiendo un millar de chispas centelleantes.

Así, ceñido de una aureola de fuego, mas terrible que el apóstol Santiago combatiendo contra los musulmanes, revolvíase sobre el caballo, llevando la muerte donde fijaba sus ojos; la muerte, sí, porque el rayo de su mirada no era mas ligero que la punta de su lanza. El pensamiento y la acción se sucedían en él con tal velocidad, que era imposible distinguir si el primero engendraba á la segunda, ó si este era engendrado por aquella.

Empero ya el sol había desaparecido, y muy pronto el crepúsculo iba á estender su gasa de sombras por el Occidente. Era preciso, pues, antes que llegase la noche arrollar á todo trance á los que se conservaban en el campo para que se declarase una derrota general en el pequeño ejército enemigo, Amaro habia jurado clavar esa noche el estandarte azul y blanco en las trincheras de Paysandú, y cubierto de gloria devolver á Lia á su padre, ó perecer en la demanda. Su suerte estaba echada vencer ó morir.

Detuvo su caballo un momento; paseó la vista por la llanura para cerciorarse del estado en que se encontraban tanto los suyos como los enemigos, indagó si les venían refuer-

zos de alguna parte, y cuando ya se preparaba á volver sobre ellos, notó por casualidad en el horizonte lejano, encima de una montaña, un bulto blanco, la forma vaga y misteriosa de una mujer, Mirola, sintiendo acrecer su esfuerzo al contemplarla, su anhelo de triunfar ó sucumbir.

¡Ah! la voz secreta de su corazón, que nunca le engañaba, le decía que aquella mujer era Lia; Lia, que habia salido del bosque contraviniendo sus órdenes, y despues de haber rogado á sus guardianes que le acompañasen hasta la cumbre del monte, tales cosas les dijo que les obligó á avergonzarse de su inaccion y á volar en apoyo de sus compañeros, esponiéndose al enojo y acaso á la venganza de su gefe.

Su amante la había dejado custodiada por diez hombres, los cuales debían, si la suerte le era adversa, acompañarle al otro dia hasta cerca de Paysandú, y entregarla al *vaquero* para que la pusiese en manos de su padre; pero ella, á las primeras descargas, con un valor admirable en sus pocos años y en su sexo, mandó á los gauchos que la llevasen á alguna de las montañas inmediatas que dominaban la llanura, y estos, que solo tenían orden de no separarse de ella, pero no de oponerse á su voluntad, obedecieron.

Llegaron á la cumbre en los momentos en que, rechazados los auxiliares de Amaro, huían en desórden ante un batallón realista capitaneado por el conde, los únicos que sostenían dignamente el honor de las armas brasileras.

—¡Ay! Huyen los nuestros, dijo Lia acongojada, alzando las manos al cielo: ¡todo se ha perdido!

—Todavía no; ¡ya se reharán! contestó uno de los que la acompañaban con la sombría calma peculiar de los gau-

CARAMÚRU



Elle Duteil inv. lit.

Teodomiro Real y Prado editor.

Lit. SAN MARTÍN N.º 1.

¡Oh! ¡El cielo te protege! replicó Lia trocando sus lágrimas
de ~~pesar~~ en otras de gozo

chos cuando están muy afectados; y, además, mirad á la izquierda.... allí.... cerca de la artillería.... ved como corren los intrusos....

—Sí; ¡aquel es Amaro! gritó la jóven, trémula de gozo y de temor; ya rompe el segundo cuadro, y llega al pié de los cañones enemigos.... ¡Dios mio!.... ¡Protégele!.... Ya no lo veo.... ha caído del caballo, ¡ay!....

—Señorita, no os asustéis: no ha nacido todavía el hombre que ha de matar á Caramurú.

—Al mismo tiempo que le apuntaban, le he visto caer; contestó ella sollozando.

—¡Já! ¡Já! ¡Já!.... ¿Caer él? Habrá dado alguna vuelta por debajo del vientre del caballo; y si no, miradlo..

En efecto, Amaro disipada la nube de humo y fuego que le envolvió algunos segundos, lanceaba en aquel instante á los artilleros al pié de los cañones, y se iba apoderando de ellos con la mayor facilidad.

¡Oh! ¡El cielo le proteje! replicó Lia trocando sus lágrimas de pesar en otras de gozo. ¡Dios da fortaleza á su brazo, y corona con el triunfo su heroico esfuerzo!

Súbita idea, hija del entusiasmo que le inspiraba su amante, coloreó su frente de marfil; un rayo de amor pátrio levantó su nevado seno, y condensándose en sus negras pupilas, se escapó de sus lábios virginales llevando la convicción de su deber y el ansia de la gloria al corazón de los que la rodeaban.

—Amigos míos, les dijo, para nada os necesito; dejadme sola, id allí, allí donde cnen vuestros hermanos despedazados por la metralla.

Los gauchos se miraron unos á otros manifestando in-

voluntariamente su pesar de verse detenidos allí. Lia continuó:

—¡No os avergonzais de presenciar el combate en vez de participar de él! ¡Ah! ¡Si yo fuese hombre! . . .

—¡Por la virgen del Pilar, señorita! exclamó el que hacía de gefe; tenemos orden espresa de no abandonaros. Nos vá en ello la vida . . . mas que la vida . . . el aprecio de Caramurú . . .

—Os juro que nada sabrá, y si lo sabe, ¿crees que me negaría vuestro perdon pidiéndoselo yo?

Los gauchos volvieron á mirarse unos á otros vacilando.

—No hay que perder tiempo, replicó Lia tomando un aire de reina ofendida que la sentaba perfectamente; ¡ea, marchad; yo os lo mando!

—No puede ser, señorita, contestó el sargento imperturbable.

—¡Eh! añadió la jóven con escarnio, sabiendo que este era el único medio de hacer que saltasen por todas las consideraciones, y se fuesen al enemigo como fieras; ¡sois unos cobardes; teneis miedo, y andais buscando pretextos para disculpar vuestra flojedad! ¡Miserables! ¡No teneis una gota de sangre oriental en las venas! . . .

—Eso no, ¡voto al diablo! gritó el sargento dirijiéndose á sus nueve compañeros; ¿quién quiere seguirme? ¿Quién quiere venirse conmigo á hacerse matar de puro gusto, para que esta niña se retracte de sus crueles palabras? . . .

—¡Yo, yo! respondieron á una voz todos los gauchos.

—Es preciso que alguien se quede.

—No necesito á nadie, repitió Lia dándoles las gracias y animándolos con una mirada capaz de levantar de su tum-

ba á un cadáver; id, amigos míos, y cubridlos de gloria con vuestros hermanos, ó caed á su lado. Vencidos ó vencedores, aquí me encontrareis rogando por vosotros.

Y no bien se perdieron en el declive de la montaña, la encantadora vírgen cayó de hinojos y levantó las manos al cielo orando por la salvacion de su pátria. Viva imagen de su quebranto y de sus esperanzas, idealizacion sublime del sangriento drama que á sus piés se representaba, ella simbolizaba el lóbrego presente y el espléndido porvenir de América, triste é incierto ahora, pero en el futuro rico de ventura como una promesa de Dios.

¡Y qué bella, qué hechicera, qué divina estaba sobre la alta cumbre, vestida de blanco, elevando de rodillas sus plegarias al Todo-poderoso, entre las dudosas sombras del crepúsculo y la múltiple cuanto pavorosa armonía que se remontaba de la llanura cargada con las almas de los muertos! ¡Cuánto recojimiento en su semblante! ¡Cuánta ternura en su mirada! ¡Cuánta espresion en su actitud seráfica! . . . Era imposible, sí, era imposible que Dios desoyese su ruego. El ángel de la victoria, compadecido de su dolor, debía posarse sobre las banderas que ella siguiése con la vista. . . .

Amaro penetró serpeando como una centella por enmedio de los batallones enemigos; la consternacion y el espanto se apoderaron de los brasileros; ya no le esperaban; huían desde lejos al verle venir, y no los ojos, los gemidos de los que caían derribados por su temible lanza, les indicaban su direccion.

En breve la derrota se hizo general: la carnicería fué espantosa: no se dió cuartel por espacio de tres horas.

D. Ricardo Floridan, el marido de doña Eugénia, y el

conde, cayeron prisioneros, y debieron el no ser muertos á la aparicion de Amaro, que llegó cuando los tendían en el suelo para degollarlos.

El primer rayo de la luna que brilló en el cielo á media noche, encontró clavada en las trincheras de Paisandú la bandera blanca con el sol de oro y las siete fajas azules, y á dos leguas de allí trescientos cadáveres tendidos en la llanura. ¡Magnífico festin para los buitres y *caranchos* que en muchos dias cruzaron en numerosas bandadas desde una á otra ribera del Uruguay, anunciando la catástrofe á los que todavía la ignoraban!

XV.

; Todo por ella !

Mientras los realistas huían dispersos, acuchillados por los patriotas, Lia bajó de la montaña acompañada solamente de cuatro de sus guardianes; los demás, fieles á su palabra, habían muerto heroicamente con el sargento á su cabeza.

Cerca de las puertas de Paysandú encontraron al vaqueano, y se dirigieron juntos, segun las intrucciones de Amaro, á la comandancia general.

Casi al mismo tiempo entraba aquel por la parte opuesta con el conde y Floridan, que desarmados y silenciosos marchaban á retaguardia, seguidos de otros gefes y oficiales prisioneros.

Tanto el conde como su amigo estaban persuadidos que el gaucho, al salvarlos de los puñales de sus montoneros, había querido únicamente dilatar su muerte para gozarse luego en su suplicio, y dar á sus plebeyos secaces el dulce espectáculo de ver morir en el cadalso á la primera autoridad de la provincia y á uno de los primeros títulos del imperio.

Delirio era imaginar que les perdonase, atendida su índole feroz y el espíritu sanguinario de que hacía alarde, según la voz general y los hechos que se le atribuían con razón ó sin ella.

Sin embargo, existía un eslabon misterioso entre el caudillo patriota y el aristócrata realista, un secreto, secreto terrible, ignorado de Amaro, que, descubierto por el conde, desarmaría su brazo, á menos de ser un mónstruo ó una fiera.

Empero mediaban tales circunstancias, era tan vergonzosa la revelacion para el segundo, que sin duda preferiría la muerte á desplegar los lábios. Su orgullo y su aleve conducta con el gaucho, aunque desconocida de este, le prohibían hablar. Estaba resuelto á morir con la arrogancia y serenidad propias de un hombre de su ilustre linaje: lo contrario le parecía rebajarse demasiado, descender acaso inútilmente hasta el último escalon del envilecimiento.

En cuanto á Floridan, su situacion era aun peor; por ningun concepto podía esperar piedad de Amaro: su calidad de apóstata le ponía fuera de la ley. El montonero era inflexible con los que, traicionando á su pátria, en vez de romper las cadenas que la oprimían, ayudaban á sus opresores á forjarlas. No había ejemplo de que hubiese perdonado á un solo traidor. Los odiaba mas que á los brasileros, si cabe.

¡Oh! Si el desgraciado comandante hubiese sabido que su sobrina era amada con delirio por aquel hombre terrible, cuya voluntad de bronce se quebrantaba ante una mirada suya, cuyos deseos eran leyes para él antes que los

espresase, la esperanza habría vertido sobre un corazón despedazado, sobre su frente devorada por la fiebre, el bálsamo adormeciente de sus ilusiones; un rayo de salvación hubiera disipado la negra noche que le circundaba, y su alma, sacudiendo su mortal congoja, habría confiado en la bondad divina.

Amaro entró en Paysandú á las once de la noche, en medio de los vivas y aclamaciones de toda la población, que se regocijaba, como era natural, por el triunfo de sus compatriotas. Los brasileiros trataban al país como país conquistado, y eran odiados en todas partes.

El vencedor se encaminó á la casa donde le esperaba Lia; mandó llamar á su padre, y al propio tiempo dió orden para que trajesen á su presencia al comandante general y al conde. •

Cuando estos llegaron, Lia se retiró á una pieza inmediata, no sin exigir antes á Amaro que los perdonaría.

El gaucho nada respondió: había resuelto ser implacable.

Los dos prisioneros se presentaron: Floridan, abatido y trémulo como un reo en la presencia de su juez; el conde, con aire arrogante, erguida la cabeza, despreciativo y hasta insolente.

—Señores, les dijo Amaro: si teneis algo que encomendarme para vuestras familias, podeis hacerlo, porque mañana á las doce vais á ser fusilados con todos los individuos del ejército Brasileiro, de teniente para arriba, que hayan caído prisioneros.

Floridan se estremeció, quiso hablar, y no pudo; la voz se le anudó en la garganta, y pálido, azorado, *con el*

frio del miedo, *tiritando* (1), fijó sus espantados ojos en su inexorable enemigo, demandándole piedad.

El conde, por el contrario, se sonrió con desden, y lanzó al gaucho una mirada que acabó de exasperarle.

—Sí; es preciso hacer un escarmiento, continuó Amaro: vosotros nos habeis puesto fuera de la ley; fusilais hasta á los soldados: yo, mas noble, mas generoso, me contento con la cabeza de los gefes. Vamos, ¿no teneis nada quo decirme?

—Nada, contestó D. Alvaro con arrogancia; nada, sino que éres un asesino infame, un cobarde, que libras á tus enemigos de morir en el campo de batalla para gozarte luego en su agonía.

—¡Miserable! gritó el gaucho temblando de cólera, tú no sabes el sacrificio que hago al entregarte á la muerte tanto á tí como á ese apóstata, á ese vil renegado, baldon del suelo que le vió nacer. Había pensado perdonarte para tener el gusto de arrancarte yo mismo la vida peleando frente á frente; motivos muy poderosos me obligaban á ello; ¡tu hermano, á quién debo algunos favores; el Sr. de Niser, á quién estimo como á su padre; una mujer por cuyos caprichos mas insignificantes sacrificaría mi existencia, mi reputacion, mi gloria! . . . ¡Todos me pedirán de rodillas que te perdone, y no te perdonaré, no! ¡Porque si te perdono á tí, tendré que perdonar á ese traidor, y con ese á los demas, y yo antes que todo soy justo; la voz de mi conciencia, el inquebrantable juramento que he hecho de vengar á mis compañeros de Tacuarembó inmolados ~~atrozmente~~

[1] Garcia de Quevedo.

por vosotros, me obligan á arrastraros al cadalso contra mi voluntad, á labrar con vuestra muerte mi eterna desgracia!

—Pues entonces, ¿por qué, por qué no dejasteis que nos degollasen? replicó el conde.

—¿Qué sé yo? Cedi á un impulso involuntario, á un sentimiento de hidalguía del que muchas veces he tenido que arrepentirme.

D. Alvaro tornó á sonreirse con menosprecio, mirándole de arriba abajo y volviéndose de espaldas desdeñosamente, como si tuviese á menos seguir la conversacion con él.

El gaucho, lastimado en su amor propio, herido en lo mas vivo por el desprecio de aquel hombre, á quién abominaba desde que sabía que era el esposo futuro de Lia, levantó la mano para lavar su agravio con una bofetada; pero volviéndose de pronto D. Alvaro, esquivó el golpe, le cogió la muñeca, le devolvió en el rostro el golpe que le asestaba, y le rechazó con violencia.

Amaro perdió la cabeza, desnudó el puñal, y le hubiera muerto allí sin remedio, á no haberse abierto una de las puertas que comunicaba á las habitaciones interiores, y presentándose Lia, acompañada de su padre y de D. Nereo.

Los tres se interpusieron entre ellos.

Amaro, al verlos, pasando por una brusca transicion de la mas grande ira á una afectada tranquilidad, se contuvo: cualquiera diría qué se avergonzaba de su arrebato con un hombre desarmado: dirijióse lentamente á la mesa, tomó una campanilla de plata, y la sacudió con mano convulsa é insegura.

No reflexionaba; estaba loco; la ira embargaba sus

potencias. Era la primera vez que un hombre se atrevía á ponerle las manos en la cara. ¡A él! ¡A Caramurú! . . . ¡Al valiente ante quién temblaban los mas valientes!

Al áspero son que despedía la campanilla, agitada con frenesí, un capitán y varios soldados que habían traído á los prisioneros acudieron presurosos.

— ¡Llevad á esos dos hombres, y fusiladlos en el acto! . . grito Amaro, lívido de coraje, y dando diente con diente.

D. Nereo se precipitó para implorar el perdón de su hermano descubriendo su secreto; pero éste, que adivinó su intencion, le cogió por el cuello, le atrajo á sí, y le dijo al oído:

— Te ahogo entre mis manos si le revelas lo que debe siempre ignorar.

Tan acostumbrado estaba el comerciante á las menores insinuaciones de D. Alvaro, que se resignó llorando á verle morir, cuando estaba convencido que le bastaría pronunciar una palabra para salvarle. Con todo, prometiéndole no tocar aquel punto, procuró recibir el mismo resultado por otros medios.

Lia y D. Carlos se habían arrojado á los piés del ofendido, que los rechazaba sin querer oírlos. Don Nereo cayó tambien de rodillas, y uniendo sus súplicas á las de aquellos, añadió:

— ¡Te daré un millon, dos, mi fortuna entera, si le perdonas! . . .

— Todo el oro del mundo no sería bastante para lavar la afrenta que me ha hecho, contestó Amaro, volviendo la cabeza, ya medio enternecido por los ruegos y las lágrimas de Lia.

—Perdónale, decía ella abrazando sus rodillas; perdónale en nombre de nuestro amor.

—¡Dios del cielo! exclamó D. Alvaro al escuchar las últimas palabras de la jóven, y al notar el efecto que producían en el implacable y feroz gaucho; ¡con que ese miserable es tu amante! ¡Con que ese villano ha sido el que te ha robado de la Estancia!....

—¡Llevadlos! gritó Amaro segunda vez, enconada la herida de su ultraje por el rudo apóstrofe del despedido amante.

— ¡Sí, menguado! Ahora comprendo tu conducta, dijo el conde encaminándose á la puerta; en vez de buscarme lealmente como un hombre de honor, prefieres deshacerte de mí, confiando á tus viles sayones la venganza que deberas tomar por tu mano. ¡Ah, cobarde; te conozco! Me temes, y por eso me asesinas.... Ahora siento morir, porque al ódio que te profeso hace mucho tiempo se une la desesperacion de saber que eres mi rival.... ¡Ah! ¡El infierno te ha puesto en mi camino!....

—¿Lo oyes, Lia? exclamó el gaucho entre irresoluto y furioso, ¡y tú quieres que perdone á ese hombre! ¡No, jamás! Llevadlos, repito.

—¿Y dónde se ha de hacer la ejecucion?... preguntó el oficial.

—Fuera del pueblo, á espaldas del cementerio.

Entonces Floridan, que hasta áquel momento había permanecido apoyado contra la pared aterrado é inmóvil, al sentir que le empujaban para llevarle al suplicio, volvió de su enagenacion, y con un grito desgarrador tendió los brazos á Lia, diciéndole:

— ¡Al menos pídele por mí, que soy tu tío, y nada le he hecho! . . .

Los soldados le arrastraron junto con D. Alvaro, á pesar de sus esfuerzos, y D. Nereo salió tambien acompañando á su hermano. Lia se desmayó en brazos de su padre, que lloraba como una criatura.

Al contemplar tan doloroso cuadro, el gaucho cruzó los brazos, y dejó caer la cabeza sobre el pecho como un hombre desesperado: un pensamiento magnánimo, digno de él, reluchaba con sus agravios, y el deseo de obedecer á los nobles impulsos de su alma, hidalga y generosa. Tres veces se encaminó á la puerta, y tres veces retrocedió . . . por último, quedóse clavado en el umbral, y despues de algunos instantes de indecision y angustia, se dijo: *¡Todo por ella!* y corrió en busca de los prisioneros.

Alcanzólos fuera ya de la ciudad: llamó aparte al conde, habló con él dos palabras, dió sus instrucciones al oficial que mandaba el piquete, y se volvió á la comandancia general.

Lia había vuelto de su desmayo, y lloraba amargamente: nunca se imaginó que su amante fuera tan cruel.

Por eso al verle entrar, pálido y demudado, impreso todavía en sus facciones el sello de la terrible lucha que acababa de sostener consigo mismo, apartó la vista de él con horror, y suplicó á D. Carlos que se la llevase de allí.

El buen anciano, sin poder dominar su profunda pena, le echó en cara su barbárie.

— ¡Insensato! le dijo; has abierto un abismo insuperable entre tí y ella. Nunca consentiré que dé su mano al verdugo de su familia. D. Ricardo es su tío, y vínculos muy estrechos de parentesco nos unen con el conde.

Amaro le escuchaba resignado sin mover los labios. Diríase que reconociendo la gravedad de su culpa y arrepentido de ella, imploraba misericordia.

Y así se pasó media hora; Lia, y su padre lamentándose y abrumándole con sus justas quejas, y él inmóvil parado delante de ellos, oyendo cuanto le decían, sin responder á nada.

Lejana descarga retumbó á lo lejos... la frente de Amaro se dilató con melancólica alegría cual si se viese libre del grave peso que le prepsaba el corazón.

—¡Ay! exclamó Lia, arrojándose á los brazos de su padre bañada en llanto; ¡ya han muerto!

—¡Ya han muerto! repitió dolorosamente el anciano: gózate en tu obra, Amaro.

—¡Se han salvado! contestó pausadamente el gaucho.

—¿De veras? preguntaron á la vez el padre y la hija dominados por el tono solemne con que él se expresaba.

—Sí, continuó el generoso caudillo animándose por grados, y considera, Lia, cuánto te amo, cuánta es la ceguedad de mi pasión, cuando por tí quebranto mi juramento de ser inexorable con los traidores; me espongo á perder el prestigio que gozo entre mis parciales, perdono á ese hombre, que me ha inferido, no ya como enemigo, sino como rival, el ultraje mas grande que se puede hacer á otro hombre; y por último, mañana dejaré ir en libertad á todos los prisioneros que estaban condenados á morir... ¿Estás contenta?...

Era imposible dudar de lo que Amaro decía; sus miradas, su ademan, su acento, llevaban la convicción al ánimo mas incrédulo. Lia, en un arranque de ciego entu-

siasmo, le abrió sus brazos y le estrechó contra su pecho. Ella conocía á su amante, y valoraba el esfuerzo sobrehumano que debió haber hecho para sobreponerse á las sugerencias de su amor propio; tan cruelmente pisoteado.

—Pero esos tiros . . . dijo D. Carlos, ¿qué significan?

—Significan que Floridan y D. Alvaro, disfrazados de *chasques*, que llevan la noticia del gran triunfo obtenido por nuestras armas, han pasado ya por en médio de mis soldados que rodean el pueblo, y se encuentran libres y montados en dos de mis mejores caballos, galopando con direccion á Montevideo.

El anciano abrazó á su futuro yerno pidiéndole perdon por sus inmerecidas recriminaciones, y D. Nereo, que entró poco despues y se arrojó igualmente en sus brazos, prodigándole las mas vivas espresiones de gratitud, les contó detenidamente el hecho, con otros pormenores que la rapidéz de nuestra narracion no nos permite esplanar aquí. Séanos, pues, lícito aplazar los que lo merezcan para el siguiente capítulo, en el que esplicaremos varias cosas que en este apénas hemos enunciado, en gracia del buen efecto.

XVI.

Venganza de un gaucho.

Amaro había resuelto, según se espesaba, hacer un escarmiento con los gefes prisioneros: su amor, mas enérgico que su voluntad, sofocó la esplosion de su venganza. A todos los perdonó sinceramente, menos á D. Alvaro, porque era imposible, aunque lo desease. Hombres de su temple no reciben una bofetada y se quedan con ella. Hay agravios que solo con sangre se lavan.

En medio del rencor y justa indignacion que le ocasionára el ultraje del conde, no podía menos de conocer que era un valiente; y esto, junto con sus sarcasmos y la mortificacion de que creyesen los demas que le mataba porque le tenía miedo, contribuyó no poco á que cediese al fin á los nobles impulsos de su corazon y á los fervorosos ruegos de las personas que mas amaba en el mundo: Lía y su padre.

D. Alvaro habia dicho que se deshacía vimente de él, porque era un cobárde, incapaz de exigirle por sí mismo la satisfaccion que estaba pronto á darle; y Amaro, vuelto de su momentánea alucinacion, comprendió que para vengar

su ofensa cual caballero, **aquel era el camino** y no otro: un duelo á muerte.

Tan pronto como esta idea surgió en su cabeza, salió, montó á caballo, y voló en busca de ellos.

Ya hemos indicado que afortunadamente logró alcanzarlos fuera del pueblo, á pocos pasos del lugar donde debía verificarse la ejecucion.

— ¡Deteneos! les gritó desde lejos, no bien los divisó; ¡deteneos!

Soldados y prisioneros volvieron el rostro con igual sorpresa: habían conocido la terrible voz de Caramurú.

Aproximóse este á galope, bajó de su alazan, y toman- do al conde de un brazo, se alejó con él á bastante distancia para que no le oyesen los demás.

— ¿Sois hombre de honor? . . .

— Dudo que me lo pregunteis, contestó D. Alvaro con altanería, pruebas teneis de que nadie, ni aun prisionero, me insulta impunemente.

— ¿Aceptareis un duelo á muerte?

— ¡Con el mayor placer!

— En ese caso . . . os dejaré ir en libertad.

— Pensé que nos batiríamos ahora mismo, repuso el conde.

— Ahora no puede ser, conviene que el mas impenetra- ble secreto envuelva nuestro desafio.

— Entonces . . . murmuró el Sr. de Itapeby perplejo.

— Os ireis á Montevideo . . . dentro de seis meses, el 3 del próximo Octubre á la tarde saldreis como de paseo, y os dirigireis solo al *Pantanosos*: yo allí os espero . . . en los médanos.

—¿Las armas?

—Escogedlas vos.

—Me es indiferente; pero para un duelo á muerte estoy por las pistolas.

—Sean las pistolas, respondió el gaucho lentamente; mas como son armas traidoras, y yo apenas las sé manejar, tiraremos lo mas cerca posible.

A todo estoy dispuesto, replicó D. Alvaro afectando la mas completa indiferencia para ocultar mejor el disgusto que le ocasionaba aquella proposición; ¡á todo! siempre, cuándo y del modo que gustéis.

—Escuso advertiros, continuó Amaro, que esto debe quedar entre nosotros dos, y que no se necesitan padrinos, médicos, ni....

—¡Oh, descuidad!.... comprendo: sé de lo que se trata y tambien tengo yo mis motivos para ocultar este lance; por otra parte....

—Hemos concluido, exclamó el gaucho, sin dejarle terminar la frase; id con Dios, señor conde; disfrazaos de *chásque* con vuestro amigo, y estos mismos soldados os acompañarán hasta que salgais del rádio que vigilan mis montoneros.

—Una palabra, una sola palabra, exclamó D. Alvaro deteniéndole por el halda del poncho; decidme: ¿Lia está inocente?

—¿Y lo dudais, por ventura? ¿Lo dudais? repitió indignado su rival, á quien aquella pregunta estemporánea le producía el efecto de un dardo envenenado.

—Creía.... pues.... juzgaba

—¡Eh! continuó Amaro en el mismo tono; yo no podía deshonrar á la que va á ser mi esposa.

—¿Tu esposa? . . .

—¡Si, mi esposa! . . .

—Hace mucho tiempo que su madre tiene concertado el enlace entre su hija y yo.

—¡No importa!

—Su padre me ha empeñado solemnemente su palabra de honor.

—¡No importa!

—Ella misma, sin que nadie la obligase, me ha dicho que me amaba. y accedido muy gustosa á aceptar mi mano y mi nombre.

—¡Mientes! replicó el gaucho ya exasperado.

—Un miserable como tú no puede ser esposo de Lia Niser, contestó el conde, vertiendo por sus encendidos ojos la hiel de la envidia y de los celos que le abrasaban el alma.

—Yo romperé el odioso compromiso que la liga á tí, arrancándote la vida, añadió Amaro con voz seca y breve.

—¡Eso lo veremos! gritó D. Alvaro.

—¡Silencio, imbécil! murmuró aquel poniéndole la mano en la boca; no es preciso que otros se enteren de lo que tratamos. . . .

El conde ahogó en su garganta el torrente de insultos que brotaban de su corazón, despedazado por todas las furias del infierno.

Amaro dió las órdenes oportunas á su gente, y sus instrucciones se ejecutaron a! pié de la letra: Floridan y el conde llegaron á Montevideo sanos y salvos, sin que nadie les molestase en el camino.

Cuatro dias despues, D. Nereo, so pretestó de arreglar algunos asuntos de grande importancia con un banquero que acababa de quebrar, partió á la capital en compañía de doña Petra.

Había presenciado la escena entre los dos amantes, y adivinado por las últimas palabras de su hermano las condiciones bajo las cuales su rival le concedía la libertad. Deber suyo era impedir aquel duelo sacrilego, si no abiertamente, valiéndose de otros medios ocultos que surtiesen el mismo efecto.

Antes de partir entregó los cien mil patacones de la apuesta á Amaro, que mandó distribuirlos entre su gente, sin reservar ni un peso para él. Desinteresado y generoso proceder que aumentó su popularidad y dispó el general disgusto y descontento de sus feroces montoneros, á consecuencia del perdon otorgado á los oficiales Braseros, y sobre todo al comandante D. Ricardo Floridan y al conde de Itapeby.

D. Carlos y su hija, por razones de conveniencia, se retiraron á una Estancia que poseia el primero en los confines de la República, cerca de Ituzaingó, paraje célebre por la gran batalla que se dió en él, el 20 de Febrero de 1827.

Con las prósperas noticias que corrían, el anciano esperaba que de un momento á otro se viesen los invasores obligados á abandonar el pais; y halagado por esta esperanza, deseoso de dar tiempo á la maledicencia y á la calumnia para que se cansasen de despedazar la reputacion de Lia, y tambien á fin de no verse en el duro caso, muy amargo para él, que era en extremo pacífico y prudente, de

tener una esplicacion con el conde, esponiéndose á su venganza si le desairaba, D. Cárlos resolvió encerrarse en su Estancia y aguardar en ella el desenlace de los sucesos.

Amaro iba á verlos frecuentemente, y se pasaba las horas muertas al lado de su adorada y del viejo jurisculto, forjando castillos en el aire para cuando llegase el suspirado dia de su felicidad. Y si su volcánica pasion hubiera sido susceptible de aumento, sin duda creciera con las continuas pruebas de amor que se prodigaban ambos.

Todos los domingos en la tarde Lia salia á recibirle al camino con un ramo de flores silvestres, que había cogido en el campo para él, y él le daba en cambio alguna preciosa avecilla, prisionera con no pocos afanes por sus monotoneros en el fondo de los bosques: inclinábase sobre el cuello del caballo, y al ponerla en sus manos estampaba un púdico beso en la casta frente de la hermosa. D. Cárlos se sonreia; invitábale á dar un paseo por los alrededores, y él, que no deseaba otra cosa, descendia de su cabalgadura, y ofreciendo el brazo á Lia, se encaminaban juntos por la márgen del cercano rio. Contábanse lo que habian hecho en toda la semana, y sin dejar meter baza al pobre viejo, hablaban y hablaban sobre el mismo tema, sobre lo que hablan siempre los enamorados, desde que se reunian hasta que se separaban, prometiendo verse el domingo siguiente.

Amaro galopaba treinta ó cuarenta leguas sin descansar, esponiéndose á caer prisionero ó á ser muerto, solo por tener el placer de pasar dos horas á su lado, y aunque aseguraba siempre que estaba acampado por alli cerca, Lia, mejor informada, le reconvenia amistosamente, y le rogaba

que no se espusiese tan á menudo ni fuese tan imprudente y temerario: exigiale formal promesa de no volver en algún tiempo; él le prometía cuanto deseaba, y al cabo de siete ú ocho dias se presentaba como de costumbre.

Así se pasaron seis meses, seis meses de envidiable ventura, dos meses de un sueño divino, en que su alma, desprendida de los lazos terreneales por la violencia de su pasión, se nutría tan solo con la pura llama de su amor, é inundando sus corazones de esa misteriosa voluptuosidad, de esa secreta espansion de esos transportes ideales que no necesitan de los sentidos para producirse, les revelaba la felicidad perfecta, eterna, sin noches, sin límites ni horizontes, que Dios guarda á sus escogidos en el paraíso, y gustaban de antemano sus inefables delicias. . . .

Alguna vez, sin embargo, el recuerdo del conde venia á anublar el plácido cielo de sus esperanzas. Lia temblaba por su padre, y Amaro se acordaba con recelo que podia matarle en el duelo á muerte que tenia tratado. Probablemente aquella era la primer ocasion que se le habia ocurrido tal idea; porque él, acaso mejor que D. Juan Tenorio, estaba habilitado para decir :

"A quien quise provoqué,
con quien quiso me batí,
y nunca me imaginé
que pudo matarme á mi
aquel á quien yo mató."

Pero la felicidad enerva hasta los corazones mas intrépidos. Se teme perder el bien que nos ha costado mucho trabajo alcanzar. ¿Cómo no amar la vida? . . . ¡Era tan dichoso al presente y esperaba tanto del porvenir! ¿Cómo

no desconfiar de la negra estrella que le perseguía desde la cuna? . . . ¡Ay! ¡Tal vez en el momento que llevase á los labios la copa de su ventura; tal vez el plomo de su rival la despedazaría entre sus manos cortando el hilo de su existencia!

Este doloroso pensamiento no dejaba de preocuparle á medida que se acercaba el plazo fatal: mas no por eso tembló, ni dudó de su valor, ni pensó jamás en rehuir el combate ó dilatarlo.

Resuelto á matar al conde ó á ser muerto por él, presentose en los *médanos* del *Pantanos* en el dia y hora convenientes; un hombre le aguardaba desde por la mañana con una carta de D. Alvaro.

Grande fué la sorpresa del gaucho cuando leyó la siguiente misiva, fechada en Rio-Janeiro.

«Amaro: A los pocos dias de estar en Montevideo el gobernador me envió aquí con pliegos para S. M. Creí evacuar mi cometido y volver antes de los seis meses; pero el emperador, sordo á mis ruegos, me ha prohibido espresamente que salga de Rio-Janeiro, donde me detiene para confiarme, segun dice, el mando de algunas de las fuerzas que se están organizando en Rio-Grande y que deben en la próxima primavera reforzar á las tropas que tenemos en esa provincia, pues, como no ignorais, vamos á declarar la guerra á Buenos Aires antes que ella nos la declare.

«Yo espero de vuestra lealtad que no atribuireis á ningún motivo innoble mi involuntaria falta; y tambien espero que en cualquier tiempo y ocasion, donde quiera que nos encontremos, aunque hayan trascurrido cincuenta años, realizaremos nuestro desafio como conviene á gentes de honor;

es decir, en la forma y modo que teníamos concertado.

«No hay remedio: es preciso que uno de los dos baje á la tumba: los dos amamos á Lia, y uno solo ha de poseerla.

«EL CONDE DE ITAPEBY.»

Amaro se atusó el bigote, guardó la carta, volvió grupas á su caballo, y se alejó tranquilamente, sin querer interrogar al emisario: pensaba escribir al conde.

Creemos escusado advertir que todo había sido una intriga de D. Nereo, quién, valido de la amistad que le unia al conde de la Laguna, gobernador de Montevideo, consiguió que enviase á su hermano á la corte, á pesar de sns protestas, y hasta de la resistencia que él opuso, y allí, por medio de su influencia y relaciones con los ministros de D. Pedro, y especialmente con Francisco Gomez da Silva, alias *Chalaza*, favorito del monarca á la sazón, logró que aquel le detuviese con el pretexto que hemos dicho. D. Alvaro estaba desesperado.

Siempre con la esperanza de obtener de un dia para otro el consentimiento del emperador, se trascurrieron tres años, en los cuales el Brasil en mal hora declaró la guerra á Buenos Aires.

En mar y tierra las armas imperiales se vieron humilladas, tan humilladas, que hoy todavía tiembla el imperio delante de Rosas, sin atreverse á recoger el guante que le ha arrojado mil veces á la cara, recordando aquella época desastrosa.

Don Pedro de Braganza, no obstante, hombre de corazón y de mente elevada, antes de abandonar la joya mas hermosa de su corona, la disputada provincia *cispla-*

tina (1), reclamada por Buenos Aires como parte integrante del antiguo vireinato, y por él como su frontera natural en el Plata, hizo un postrer esfuerzo, formó un numeroso ejército en la frontera, y no pudiendo marchar el mismo á su frente, como anhelaba, confió el mando al marques de Barbacena, uno de sus cortesanos en quién mas confianza tenía. El conde obtuvo por fin permiso de incorporarse al ejército.

El general argentino D. Carlos Maria de Alvear mandaba las fuerzas patriotas, y Amaro, con sus montoneros, un escuádrón de lanceros alemanes y dos batallones de infantería formaba en el ala izquierda.

Los dos ejércitos se avistaron en la misma provincia de Rio-Grande, y despues de muchas marchas y contramarchas por parte del general enemigo, cuyo objeto aun se ignora, se detuvo una noche en los campos de Ituzaingó, en una situacion bastante ventajosa, con ánimo de presentar al dia siguiente la batalla. y Alvear, que adivinó su intencion, aceptó el reto.

Colocados casi á tiro de cañon, patriotas y realistas se veían desde sus campamentos al fuego cercano de sus respectivos vivaques, y unos y otros aguardaban con impaciencia los primeros vislumbres de la alborada para caer sobre sus contrarios y anonadarlos ó ser anonadados por ellos. El entusiasmo y el deseo de combatir era igual en ambos; pero en cuanto á táctica y disciplina, las tropas brasileñas, veteranas en gran parte, eran muy superiores á las nuestras.

Esa misma noche, cerca de la diez, recibió Amaro por

[1] Nombre con que bautizaron los intrusos á la Banda Oriental al incorporar la al imperio en 1823.

medio de un desertor del campo enemigo un billete del conde, que no contenía mas que estas breves palabras:

«Dentro de una hora os espero á la entrada del bosque que se estiende á espaldas de vuestra línea: iré solo, y sin mas compañeros que mis pistolas»

El gaucho requirió al punto las suyas, montó á caballo seguido de unos cuarenta jinetes, dió un largo rodeo como si anduviese recorriendo el campo, y por último, ordenando á los suyos que continuasen patrullando y se retirasen cuando oyesen dos ó mas tiros, se internó solo en el bosque.

Al propio tiempo llegaba el conde por la parte opuesta, disfrazado de gaucho.

Era una clara noche de primavera; la luna de febrero vertía su luz diáfana y trasparente sobre el estrecho recinto donde se habían detenido D. Alvaro y su rival, y su amarillo fulgor reflejábase de lleno en el rostro de ambos combatientes. El hacha de los leñadores había derribado los árboles que crecían al rededor, formando un anfiteatro de veinte varas de largo y pocas menos de ancho.

Los dos se saludaron con frialdad inclinando levemente la cabeza.

—Nos colocaremos á veinte pasos y tiraremos avanzando, dijo el conde amartillando sus pistolas.

—A veinte pasos es mucha distancia, contestó Amaro preparando las suyas.

—A diez.

—No: ha de ser cogidos de la mano.

—¡Eso es un asesinato estúpido! exclamó D. Alvaro con viveza.

—Caballero, respondió el gaucho contemplándole fijamente y con reconcentrada ferocidad, como si quisiera leer en su interior; caballero: ¿teneis miedo de morir?

—¡Miedo no! pero me parece una locura y una necesidad suicidarnos de ese modo: con uno de los dos que deje de existir, sobra.

—¡En buen hora! echemos suertes, y al que le toque tirará primero, á quemaropa, se entiende.

D. Alvaro se pasó la mano por la frente, y clavó la vista en el suelo, dudando si admitiría; mas esta indecision no duró dos minutos; avergonzado de su debilidad, levantó con arrogancia la cabeza, y exclamó precipitadamente:

—¡Acepto!

—En ese caso hacedme el gusto de retiraros á alguna distancia; yo me volveré de espaldas para no veros: sacad una moneda ó un objeto cualquiera; escondedlo en una mano, y dadme á escoger. Si acierto, tiraré yo; sí no, os tocará á vos matarme.

—¡Sea! murmuró el conde con voz agitada.

—¿Está ya?... preguntó el gaucho con su impasibilidad habitual, viendo que tardaba en realizar la operacion mencionada mas de lo que parecía regular.

—Escoged, replicó D. Alvaro, presentándole las dos manos cerradas.

Amaro golpeó la izquierda con el cañon de su pistola.

Exhaló el conde un grito de feróz alegría, y abriendo ambas palmas le mostró una pieza de plata en la derecha.

—¡Encomiéndate á Dios, desgraciado! añadió sin poder ocultar su gozo! ¡Vas á espiar tus crímenes; llegó tu última hora!

—Dadme la mano, Sr. D. Alvaro, y ved bien cómo me despachais, porque todavía no estoy muerto, contestó el gaucho con una sonrisa infernal, sacándose el *poncho* y desabrochándose la chaqueta, el chaleco y hasta la camisa, para que viese que no llevaba ningun resguardo debajo de ella.

En seguida tendióle la siniestra mano, que apretó por un movimiento nervioso la de su rival, é invocó en su mente el nombre de Lia.

El conde apoyó la boca de su arma sobre la piel, encima del corazon del gaucho, y gozándose de antemano en su triunfo, con el pretexto de informarse caritativamente si tenía algo que encomendar á su cuidado, se detuvo para examinar el efecto que le ocasionaba la idea de su próximo fin.

Pero aunque Amaro debía sufrir horriblemente, su fisonomía era una máscara de bronce que nada dejaba entrever. Latía su corazon con fuerza; pero no temblaba su mano: contraíanse los músculos de su frente; pero no vacilaban sus piernas: le zumbaban los oídos; pero sus ojos de águila, clavados en los del conde, fijos y sin pestañear, lejos de traducir el miedo, revelaban la ira del valiente á quien llevan á la muerte maniatado....

D. Alvaro no pudo menos de admirarse de su sangre fría y serenidad. El verdugo, favorecido por la fortuna, estaba mas conmovido que su víctima.

—¿Tirais ó nó? le preguntó Amaro ya impaciente.

El conde apretó el gatillo, crugió la llave sobre la cazoleta, se incendió la pólvora, mas.... ¡no salió el tiro!

—¡Ahora á mí! gritó el gaucho apretándole la mano que tenía cogida con la suya.

El noble conde, acometido de súbito espanto, inclinó el cuerpo hácia atrás, y procuró desasirse de aquella férrea y vigorosa mano que le tenía enclavado allí como la potente garra de un espíritu maléfico.

Aquel vértigo, aquel estupor, aquella impresion de terror involuntario, pasó como un meteoro; apenas vuelto en sí, D. Alvaro se quedó inmóvil, inclinó la frente, y dijo con voz vibrante de indignacion y despecho:

—¡Matadme!!!...

Amaro á su vez apoyó el cañon de su pistola en el pecho de su adversario.

El conde, por mas esfuerzos que hacía para disimular su angustia, temblaba de los piés á los cabellos: anchas gotas de sudor le bañaban las faces; los ojos querían escapársele de las órbitas; se comprimían sus dedos; le flaqueaban las rodillas, y su respiracion desigual y convulsiva traicionaba el espanto escondido en su pecho.

El gaucho levantó poco á poco el arma homicida, moviendo la cabeza con una amarga sonrisa de desprecio, descargó su pistola en el tronco de una palmera inmediata.

—Podeis marcharos, Sr. de Itapeby, le dijo, señalándole el camino del campamento, á menos que querais recomenzar el combate, añadió con ironía.

D. Alvaro procuraba en vano reanimarse: había confiado mas en su valor: él no era ciertamente cobarde; lo había demostrado en cien campos de batalla y en otros lances de honor; pero en aquella ocasion perdió toda su energía. La noche, la soledad, las estrañas condiciones impuestas por Amaro, y las circunstancias que mediaban en aquel duelo singular, le intimidaron desde un principio.

Protegido y engañado por la suerte, no estaba preparado para morir cuando sus armas le traicionaron. Con todo, en medio de su turbacion, todavía tuvo bastante pundonor para exigir á su enemigo que le tirase.

—Yo no mato á un hombre que está medio muerto, fué la respuesta del valiente guerrillero; además, detesto esas armas de que os valeis vosotros los de la ciudad. No puedo, no, asesinar á nadie á sangre fria. Para que yo mate á un hombre necesito luchar con él cuerpo á cuerpo, enardecerme con los golpes que dé y con los que reciba, perder la cabeza, en una palabra, y no reflexionar. En uno de esos instantes mataría á mi propio hermano ó á mi padre, si los tuviera; pero me desdeño, me avergonzaría de ensañarme con el que inerte me entrega su vida, aunque fuese mi mayor y mas odiado enemigo, como lo sois vos, señor conde....

Aquí se detuvo Amaro, esperando que le respondiese, pronto á ofrecer otro duelo á arma blanca á su rival si veía en él indicios de prestarse dignamente á sus deseos; pero se equivocó: en todo pensaba D. Alvaro menos en volver á batirse.

—¡Oid! continuó el gefe de los montoneros, despues de una pausa no muy corta; puesto que ahora no os place cumplirme vuestra palabra, mañana ó pasado se dará una batalla, batalla campal que debe decidir los destinos de este pais: pues bien; si quereis lavar la mancha que ha caido hoy sobre vuestro honor, buscadmé en medio de la pelea, que yo tambien os buscaré para pedir os cuenta otra vez del agravio que me hicisteis en Paysandú. Adios Sr. de Itapeby; hasta mañana.

Anonadado el conde por tanta generosidad, no supo qué responder. Su ódio y admiracion eran iguales: tentado estuvo de llamar al noble gaucho, estrecharlo en sus brazos y descubrirle su secreto; pero entonces, entonces sería preciso renunciar á Lia, y este sacrificio era superior á sus fuerzas. ¡Tambien él la amaba con delirio!

—¿Què hacer?... Nada: ¡que me mate ó matarle!... exclamó pasado su primer impulso; me avergüenzo de deberle dos veces la vida. Dios ha colocado entre nosotros un abismo con el amor de esa mujer, abismo que no puede llenarse sino con la sangre de uno de los dos. El ha podido deshacerse de mí en dos oçasionés distintas, y no lo ha hecho... ¿Será la voz de la naturaleza quién le habla?... ¡No! le ciega su vanidad.... ¡Insensato! Mañana se arrepentirá de su nécia hidalguía.... •

Y costeanado el bosque, se encaminó paso á paso al campamento, devorando á solas su vergüenza y desesperacion. Por fortuna nadie presenció aquel nuevo oprobio grabado en su corazon con letras de fuego. El, tan orgulloso y audáz, habia temblado delante de Caramurú, que le perdonó por no degradarse *matando á un hombre medio muerto*, segun se esplicaba en su rudo lenguaje. Solo el conde comprendía todo el sarcasmo, toda la ignominia envuelta en estas palabras. La venganza magnánima del gaucho sobrepujaba al ultraje que él le había inferido.

XVII.

La batalla de Ituzaingó.

Al espirar el año de 1825, el Brasil se había visto obligado á declarar la guerra á Buenos-Aires, que si no protegía abiertamente á los rebeldes, permitía que se equipasen de armas y se organizasen en sus fronteras y hasta en la misma capital. Las justas quejas y reclamaciones del gabinete imperial eran desatendidas; las notas se cruzaban sin resultado alguno; y despues de la batalla de Sarandí, ganada por los patriotas á las órdenes de los generales Rivera y Lavalleja, D. Pedro *emperador constitucional y defensor perpétuo del Brasil*, resolvió confiar á la suerte de las armas lo que no podía alcanzar por las negociaciones diplomáticas.

La lucha intestina que entónces devoraba á las provincias de la Confederacion, no permitió á Buenos-Aires prestar á los orientales todo el apoyo que era necesario para inclinar la balanza á su favor, y la lucha continuó con fortuna vária hasta principios de 1827.

En esa época, como acabamos de indicar en el anterior capítulo, D. Pedro, cansado de una guerra que parecía interminable, que diezmaba al Brasil y empobrecía su era-

rio, determinó trasladarse en persona al teatro de los sucesos y ponerse él mismo al frente del numeroso ejército que se estaba organizando en la provincia de Rio-Grande.

Sérias complicaciones en Rio Janeiro le obligaron á volver á la corte y á confiar el mando de sus tropas al marques de Barbacena, sugeto que gozaba de una alta reputacion de consumado militar, sin haberla conquistado en ningun campo de batalla.

La noticia de la llegada de D. Pedro á la frontera, produjo en Buenos Aires la mas viva sensacion; el presidente de la república dirigió una proclama á todos sus habitantes invitándoles á unirse contra el usurpador; incorporándose al ejército que pasó en seguida á la Banda Oriental; el marques por su parte, al tomar el mando de las tropas imperiales, espidió otra proclama asaz jactanciosa, prometiéndoles que en breves dias la bandera del imperio tremolaría victoriosa en la capital de la Confederacion Argentina.

Confiaba tanto el marques en la victoria, que no quiso aguardar un refuerzo de dos mil hombres que venían en su apoyo á las órdenes de Bento Manoel, caudillo que despues se ha hecho célebre, proclamando la república en Rio-Grande y sosteniendo él solo la guerra por catorce años con dos ó tres mil insurgentes, contra todas las fuerzas reunidas de las demas provincias del imperio, que á veces ascendieron hasta veinte mil hombres.

Preciso es confesar, no obstante, que sus tropas eran escelentes, y que tal vez habrían justificado su orgullosa prediccion dirigidas por otros gefes y combatiendo con otros hombres que no estuviesen animados del santo amor de la independencia.

Al día siguiente del que tuvo lugar el desafío entre el conde y Amaro, se libró la batalla. En la situación en que estaban colocados ambos ejércitos, queriendo uno de ellos, era casi imposible esquivarla. El retirarse equivalía á una derrota.

En el primer ímpetu, los realistas arrollaron á los patriotas; y aunque se ha dicho que Alvear retrocedió caute-losamente para desalojarlos de las ventajosas posiciones que ocupaban, lo cierto es que rompieron su línea, envolvieron á los nuestros, y los persiguieron largo espacio, ocasionán-oles pérdidas muy considerables.

Por fortuna la caballería pudo rehacerse al pié de una colina, y los atacó por el frente y por los flancos; desbandá-ronse los primeros escuadrones enemigos, remolinearon, volvieron grupas, y fueron á caer sobre su propia infantería. Replegóse la nuestra merced á este movimiento, y despues de un desesperado combate, que duró seis horas, la victoria se declaró á favor de los patriotas.

Entre tanto Amaro y el conde se buscaban con igual impaciencia y deseo de lavar su comun afrenta. Sobre todo el segundo, que anhelaba borrar la nota de cobarde que había caído sobre su honor.

La casualidad, el destino, ó más bien la mano oculta de la Providencia, los separaba. Por dos ocasiones se divisaron desde lejos, y llamándose por sus nombres, cerraron espuelas á sus corceles, blandiendo el uno su formidable lanza, cabo de ébano, y el otro su bien templada hoja de Toledo: un tropel de fugitivos se interpuso entre ellos, y la lanza del gauchó, creyendo herir á su rival, se clavó en el pecho de un teniente lusitano, y la espada del conde cayó

sobre un morrion de uno de sus propios soldados, partiéndole el cráneo. Luego el tumulto y la confusion, el polvo que levantaban los caballos, la negra atmósfera, producida por la pólvora incendiada, estendían enredador un azulado velo, que se desvanecía y condensaba en lívidas y sangrientas ráfagas al estallar de nuevo los cañones y fusiles. Los combatientes no se veían á cuatro pasos de distancia.

—¡D. Alvaro! gritaba Amaro con tronador acento, abriéndose camino por entre la apretada muchedumbre con la punta de su lanza, que destilaba sangre hasta la cuja.

—¡Caramurú! repetía el conde sin oírle, empinándose furioso sobre el arzon de la silla, atropellando y acuchillando cuanto intentaba detenerle....

¡Empeño inútil!... Su voz se perdía en medio del bramido del cañon, el choque de los sables, el estrépito de las balas, y de los gritos; imprecaciones y lamentos que víctimas y verdugos arrojaban en la palestra, y cuando se disipaba por un instante la espesa humareda que los envolvía, ya no se encontraban.

El arrojo y valentía del conde en la ocasion presente contrastaban con su anterior debilidad. Nadie al verle impávido y audaz precipitarse ciegamente en lo mas récío de la batalla, y desafiar una y mil veces la muerte, allí donde el peligro era mas inminente, nadie hubiera creído que aquel mismo hombre la noche antes habia temblado como un niño al sentir sobre su pecho el cañon de una pistola. Pero tal es la condicion humana y tan efimeros la mayor parte de las veces los fundamentos del valor. ¡Cuántos que pasan por valientes se baten y sucumben como unos héroes cegados por las impresiones del momento, tiemblan y re-

troceden ante una muerte tranquila, segura, inevitable!

Lo que mas affigia á D. Alvaro era que su rival le creyese capaz de esquivar el duelo y huir de él; capaz de temerle allí como le había temido en el bosque. A esta idea bramaba de coraje, y hubiera dado con gusto su alma á Satanás á trueque de encontrarle.

Por satisfacer este deseo que le resecaba las entrañas, desde los primeros choques se había separado del batallón que mandaba, roto deshecho largo tiempo hacia. Y era tal su ceguedad, estaba tan dispuesto á cumplir su palabra, que cuando presenció la completa derrota de los suyos, en vez de ponerse en salvo, se bajó tranquilamente del caballo, cogió el sombrero y el poncho de un patriota muerto, se los puso, y fué á colocarse en la senda del camino por donde necesariamente tenía que pasar Amaro persiguiendo á los fugitivos.

Sus cálculos le salieron exactos; á poco apareció el intrépido gaucho, seguido á bastante distancia de algunos montoneros; al parecer, galopaba tras un gefe realista, á quien sin duda equivocaba con él.

Apenas se convenció el conde que el que avanzaba era Amaro y no otro, lanzó su caballo á escape, y le llamó por su nombre, gritándole:

—¡Caramurú, aquí estoy!

Renunciamos á pintar el transporte de salvaje alegría que ~~lanzó~~ el semblante del yengativo gaucho: la pantera que herida de muerte por el cazador consigue abrazarle, hundirle sus garras en el pecho, y ensañarse en su cadáver antes de espirar, no ruge con tanto gozo como Amaro al divisar al conde.

Recogida al punto debajo del brazo, doblóse silbando la poderosa lanza en su robusta mano, y enhiesto el cuello, apretados los dientes, entreabiertos los labios, fija y centelleante la mirada, apresurando la rápida carrera de su bridon cual si temiera que se le escapara de nuevo su adversario, fuese derecho á él, cual imantada saeta despedida con violencia y atraída al mismo tiempo por un blanco de acero.

Con idéntico brío, con igual ímpetu y satisfacción arrancó el conde hácia su odiado rival.

No era mucha la distancia que los dividía, y sus caballos volaban; pero en su anhelo por llegar á las manos, se figuraban que había una legua de por medio, y que sus alazanes, rendidos de fatiga, no acertaban ya á galopar.

Por último se encontraron: Amaro revolvió el brazo atrás, y su lanza, describiendo un doble círculo, corrió cetera entre sus dedos, recta al corazón de su enemigo.

El conde, que era un excelente tirador de toda clase de armas, la rechazó con su espada, y casi casi se la arranca de las manos. Vuelve Amaro á acometerle otra vez, y vuelve él á desviar los golpes que le dirige. Ataca D. Alvaro, y con tal velocidad y destreza, que apenas puede aquel defenderse con la lanza: arrójala enfurecido, y empuña el sable.

Chócanse, rebotan, martillean y crugén los aceros en sus potentes diestras: los dos combaten con encarnizamiento ciegos de ira, sedientos de venganza, mas no consiguen herirse.

De repente da el conde un grito, inclina lentamente la cabeza sobre el cuello del caballo, extiende el brazo, suelta la espada, vacila, pierde los estribos, y cae al suelo.

Ancho raudal de sangre se escapa de su pecho; una traidora lanza lo ha traspasado por detras de parte á parte.

Amaro indaga con la vista quién ha sido el aleve que se ha atrevido á herirle cuando combatia cuerpo á cuerpo con él; el hierro ensangrentado de uno de sus montoneros le revela al culpable; vase á él, y le tiende á sus piés de una cuchillada,

El desgraciado creyó hacer un servicio importante á su gefe librándole de un enemigo que tan bien se defendía y atacaba.

En seguida se desmonta, examina la herida y mueve la cabeza dolorosamente. ¡La lanza que le ha traspasado estaba envenenada!

El conde no ha perdido el conocimiento, y Amaro trata de disculparse de aquel accidente imprevisto.

—No es necesario que os justifiqueis, le contesta: todo lo comprendo. . . .

Acuden algunos soldados; el caudillo patriota les confia al conde, y corre á buscar á uno de los cirujanos del ejército: vuelve con él, y hecha la primera cura, ordena que lleven al herido á la casa mas próxima que se encuentre.

D. Alvaro le da las gracias con una melancólica sonrisa, que equivale á decir: ¡ya es inútil! le tiende la mano, pronuncia el nombre de D. Carlos Niser, y ruega con voz apagada que le conduzcan á su estancia, que dista muy poco del lugar de la batalla. D. Carlos es su pariente inmediato, y antes de morir quiere arreglar sus asuntos, y nombrarle albacea de sus cuantiosos bienes.

Amaro vacila, porque teme que se le atribuya aquella muerte, y se disculpa con pretextos triviales.

El conde adivina su pensamiento, y haciendo un grande esfuerzo para hablar, le tranquiliza diciéndole:

—Os he visto castigar á mi matador; y os conozco bastante para no atribuiros semejante vileza. . . . Es la mano de Dios quien me hiere: nada sabrá Lia.

El generoso gaicho, al ver aquel cambio inesperado, y no sabiendo á qué atribuirlo, se siente tambien enternecido, y olvida sus agravios. No es ya su antiguo rival; es solo un moribundo quien le implora. Sería una crueldad y una infamia oponerse á sus últimos deseos. En consecuencia, manda colocar al herido en una camilla, y le acompaña en persona hasta cerca de la Estancia; vuélvese al campamento y cumpliendo sus postreras instrucciones, espide un *chasque* á D. Nereo para que en el acto se ponga en marcha, por si aun llega á tiempo de recoger el último suspiro de su infeliz hermano. . . .

La necesidad de enumerar, aunque sea incidentalmente, los acontecimientos políticos de alguna importancia, eslabonados con los personajes de nuestra historia, acontecimientos que pueden considerarse como el fondo del cuadro que bosquejamos, como la peana donde descansan sus principales figuras, nos obligan á consignar aquí, en pocas palabras, los resultados de esa gran batalla que decidió una lucha de doce años, y abrió una nueva era para la joven república Oriental.

A consecuencia de ella, D. Pedro desesperado de triunfar, y cediendo despues de una porfiada resistencia á las bases presentadas por lord Ponsomby, ministro plenipotenciario de S. M. B., consintió que sus minitros, en union con los de Buenos Aires, firmasen en Rio-Janeiro el 27 de

Agosto de 1822, bajo la mediacion de la Gran-Bretaña, la célebre convencion preliminar de paz, que hoy Rosas hace valer como uno de sus títulos para intervenir en nuestros asuntos domésticos.

Ahora solo cumple á nuestro objeto decir que por los artículos primero, segundo y tercero, tanto el Brasil como Buenos-Aires, *renunciaron solemnemente* á todas sus pretensiones de dominio y soberanía sobre el pais disputado, «á fin de que se constituyera en estado *libre é independiente* de toda y cualquiera nacion, bajo la forma de gobierno que juzgase mas conveniente á sus intereses, necesidades y recursos, obligándose ambas altas partes contratantes á defender su independenciam é integridad, por el tiempo y en el modo que se ajustase en el tratado definitivo de paz.»

Así recompensó Dios la fé, la constancia y heroicidad de sus dignos hijos. El 4 de Octubre del mismo año fueron cangeadas en Montevideo las ratificaciones de ese pacto de honor y justicia, que habían alcanzado nuestros padres, merced á su indomable arrojo. ¡En aquel dia de imperecedera gloria, la mas hermosa estrella de las muchas que ostentaba el estandarte imperial, pálida y sin brillo entre ellas, arrancada por la punta de sus lanzas, inundó el horizonte con sus rayos, y las eclipsó á todas, convertida en sol esplendoroso!

XVIII.

Revelaciones.

Han pasado ocho días desde que espiró en los campos de Ituzaingó el poder brasileño en la ribera izquierda del Plata.

En una espaciosa alcoba alumbrada por la ténue luz de una lámpara cubierta con una pantalla verde, sobre un lecho de agonía, yace un hombre como de cuarenta años, luchando con los últimos parasismos de la muerte.

Una fiebre devorante hace latir las arterias de sus sienes y comunica un movimiento convulsivo á todos sus miembros; su respiracion á intervalos es penosa y apagada; á intervalos estertórea y ronca; su pecho se levanta apresurado; el aire que penetra en él sale convertido en fuego de sus pulmones abrasados; sus ojos brillantes se dilatan ó comprimen segun la intensidad del dolor; ha perdido el habla, pero á veces la recobra, y entonces pronuncia, ó mejor dicho, articula palabras vagas, oscuras, incoherentes, sin sentido alguno.

Acaso una chispa de inteligencia, por instantes, viene como un relámpago á arrojar un destello de luz sobre el caos de sus ideas. ¡En vano!... apenas intenta coordi-

narlas, el delirio con mas fuerza se apodera de su desmayado pensamiento.

No es el terror de su próximo fin lo que le abruma, no: son los fantasmas de su imaginacion que no le dejan un momento de reposo; y solo cuando la enervacion física ó moral llega á su colmo, un letargo momentáneo, efecto de los dos principios de vida y muerte que se disputan su persona, paralizando todas sus facultades sensitivas é intelectuales, da tréguas á sus crueles padecimientos.

¡Triste resultado de una vida criminal!

Cerca de la cama, cruzados los brazos, fijos los ojos en el enfermo, con aire meditabundo y preocupado, dos médicos le observan. En su mirada impasible, en sns cejas levemente arqueadas, en la espresion desdeñosa de sus lábios, se puede leer sin mucho trabajo la ninguna esperanza que tienen de salvarle.

Al borde del lecho, mirando alternativamente á los médicos y al moribundo, se ven dos jóvenes que de muy distinto modo manifiestan el dolor que les causa su pérdida.

El primero, dotado de una fisonomía afable, delicada y melancólica, ha tomado una de sus manos, y la besa delirante arrasados los ojos de lágrimas.

Este es D. Nerco Abreu de Itapeby, su hermano legítimo.

El segundo, de aspecto varonil y severo, en sus facciones pronunciadas, largos cabellos, luenga barba y formas atléticas, revela al indómito habitante de los campos, al intrépido gaucho criado en medio de los peligros y de los combates, al caudillo de los bosques, acostumbrado á dominar y á vencer en todas partes. Negra nube de tristeza

empaña ahora su altivo semblante, y vuelve á menudo la cabeza como si no quisiera dejar traslucir la compasion que le inspira su enemigo.

Este es Amaro, el aventurero cuya familia y apellido se ignoran y á quién los intrusos llamaban *Caramurú*, es decir, Satanás.

A poca distancia, sentada sobre un sofá, aquella angelical muger, bella como la esperanza, graciosa como la primera imágen de amor que cruza por la frente de un adolescente, á quién vimos en el capítulo primero tímida y ruborosa asomar su infantil cabeza al través de los barrotes de su ventana, llorando cubre ahora su rostro con un pañuelo.

Esta es Lia, la prometida esposa de D. Alvaro.

Detrás de los médicos, en actitud anhelosa, con manifestas señales de dolor profundo, un venerable anciano contempla al enfermo. Ardientes lágrimas ruedan hilo á hilo por sus pálidas mejillas.

Este es D. Carlos Niser, pariente inmediato del moribundo.

Durante algunos minutos todos permanecieron en silencio. Ninguno tenía fuerzas para hablar: al fin uno de los doctores, despues de haber pulsado al enfermo, murmurando entre dientes algunas palabras, que equivalían á un *no hay esperanza*, se dirigió á la pieza inmediata.

Lia, Amaro, D. Nereo, Niser, se echaron una mirada imposible de pintar. . . .

El médico volvió con una redomita de cristal, donde habia un licor negro, y derramando algunas gotas en una cuchara de plata, con gran dificultad consiguió introducir las en la boca del paciente.

A poco rato pareció este reanimarse, é hizo algunos movimientos.

De repente su rostro se animó con un vivo encarnado, abrió los ojos, y con voz lánguida y apagada murmuró:

—¡Nereo, Amaro!

—¡Hermano mio! ¡Señor! . . . contestaron ellos acercándose mas á la cabecera del lecho.

—Silencio, dijeron los médicos; silencio: cualquiera emociion demasiado fuerte le matará.

Los jóvenes enmudecieron; pero el enfermo, presa de su delirio, animado de súbita euergrafía, incorporóse velozmente en el lecho, y gritó abriéndole sus brazos al gaucho:

—Amaro, perdóname; ¡tú eres mi hermano!

Volviéronse todos atónitos cual si dudasen de lo que oían, interrogando á D. Nereo con la vista, y su sorpresa se aumentó al notar que este afirmaba con la cabeza lo que decía el moribundo.

—Mi padre, continuó D. Alvaro, en un viaje que hizo á este pais en 1798, ya casado, sedujo á una jóven de una de las familias mas distinguidas de Paysandú, á una hermana del que era no há mucho comandante general de aquel departamento . . .

—¡Luisa Floridan! exclamó D. Cárlos, ¡infeliz! He ahí la causa de su misteriosa desaparicion.

—Su orgulloso hermano la confinó á la misma Estancia de donde fué robada Lia; allí dió á luz un niño y murió de dolor y vergüenza á los pocos dias, dejando escrita una carta para mi padre.

Dos lágrimas de fuego surcaron lentamente el rostro del gaucho. Nunca había conocido á su infortunada madre.

D. Alvaro se detuvo un momento como para coordinar sus ideas, suplicáronle los médicos que aplazase sus revelaciones para otra ocasion; pero él se sonrió con amargura, y los rechazó, diciéndoles:

—Dejadme en paz, ¡imbéciles! conozco que mi última hora se acerca, y antes de morir quiero espiar el mal que he hecho. Cogió una mano al gaucho que le escuchaba atónito, y continuó de esta manera:

—En aquella Estancia viviste, Amaro, confundido con los hijos de los peones, hasta que un antiguo y fiel criado de mi padre te robó de ella y te llevo á una de nuestras posesiones, sita en la provincia de Rio-Grande: entonces tenias tú seis años, y pudo conocerte por una cruz que te había hecho tu madre en el brazo izquierdo, con el zumo indeleble de esas raices con que los indios se tiñen el cuerpo.

—Sí, aquí está, repitió Amaro volviendo la manga de su vesta, y mostrando á los circunstantes sorprendidos aquella señal misteriosa; sí, miradla: aquí está.

—Diez años despues, mi padre cayó gravemente enfermo, hizo su testamento, y en sus últimos instantes nos llamó á Nereo y á mí, y nos dijo:

—Vosotros dos sois únicamente mis hijos legítimos; pero tengo otro, á quien no he querido ver nunca. Engañé á su madre como un vil con palabra de casamiento, y he sido causa de su muerte. En estas largas noches de angustia y agonía, los remordimientos se han despertado en mi alma punzantes y devoradores, y no he podido menos de reconocerle como hijo, y dejarle toda la parte de fortuna de que las leyes me permiten disponer. Juradme que acata-

reis mi última voluntad, y os conducireis con él como verdaderos hermanos. . . .

Aquí D. Alvaro inclinó la frente agobiado por el peso de sus propios remordimientos; su situación era idéntica á la del autor de sus días.

—Nosotros, añadió con voz lenta y agitada, nosotros se lo prometimos solemnemente; pero ¡ay! apenas cerró sus ojos á la luz, la vil codicia se apoderó de mi alma; arrojé el testamento al fuego, y amenacé á mi hermano, tímido y débil, y acostumbrado desde su niñez á plegarse á todos mis caprichos, que le mataría en el momento que llegase á descubrir nuestro secreto. . .

—¡Por piedad, calla, calla! exclamó D. Nereo, poniéndole la mano sobre los labios.

—No es esto todo, repuso el conde exaltándose á medida que hablaba, y dejando traslucir el desquicio completo de su razon; cuatro asesinos partieron á Rio-Grande para matarte, Amaro; junto con el antiguo y fiel servidor de mi padre. Por fortuna no estabas allí, y solo este sucumbió.

Un grito de horror se escapó de la boca de todos los circunstantes. El conde mismo, horrorizado de su crimen, escondió la cabeza entre las manos.

—Perdónale, Amaro, dijo D. Nereo echándose á sus piés; ¡perdónale! . . . Si él te ha robado nombre y fortuna; si ha atentado contra tu vida; si te ha perseguido luego, yo he velado por tí secretamente, hasta que te perdí de vista hace algunos años.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! murmuró el conde, estirándose y revolviéndose en el mullido lecho; ¡me abrasa las entrañas el veneno del hierro que me ha herido!

¡Dadme agua, agua! ¡Que me muero de sed!

Y era espantosa su agonía.

El recuerdo de su vida pasada, la idea tremenda de la eternidad, la memoria de su padre moribundo y de su fiel servidor cayendo acribillado á balazos, sin querer descubrir el paradero de Amaro, le hacían entrever mil espectros y visiones horrorosas que le amenazaban con látigos de fuego.

—¡Salvadme! . . . ¡Salvadme! . . . decía: ahí están . . . ahí . . . junto á mi . . . ¿no los veis? . . . ¡Ah!

Y con el cabello erizado, la frente cubierta de un sudor frío, los ojos desencajados, entreabierta la boca y agitando las manos alrededor de su cabeza, como para alejar los fantasmas que lo perseguían, exhalaba ahullidos de desesperación, imprecaciones y blasfemias que hacían estremecer de horror á la cándida cuanto afligida Lia, que se acercaba maquinalmente á su padre, y le arrastraba del brazo para que se la llevase fuera.

Es preciso haber visto morir á un hombre desesperado para formarse idea de esta escena horrorosa

De pronto quedóse inmóvil; un *¡ay!* estertóreo se escapó de su pecho; sus dientes rechinaron como si una lima pasára por entre ellos; su mirada fija, fulgurante, se clavó en la pobre niña que le contemplaba aterrada orando en voz baja por su salvación: al encontrarse sus miradas, el conde cerró los ojos, y dando un fuerte sacudimiento, sus miembros se dilataron extraordinariamente.

Todos creyeron que había muerto; pero no había muerto, no; era que Dios se compadecía del desgraciado, y el ángel de su guarda cernía su vuelo sobre él, atraído por las plegarias de la vírgen pura é inocente.

El sincero arrepentimiento del conde colmó la medida de la eterna justicia; disipáronse poco á poco sus atroces dolores; y la razon volvió á su mente estraviada. Así la bondad inmensa del Señor de cielos y tierra castiga en un minuto siglos de extravíos.

Dulcísimas preces, pronunciadas mas que con los lábios con el alma, sucediéronse á sus desesperados tormentos: inefable quietud inundó todo su ser, y la luz de la esperanza, la radiacion del espíritu divino que descendía sobre su frente, rodearon al moribundo con una aureola de celeste beatitud....

Incorpórose por vez última en su lecho: llamó á Lia y á Amaro, y uniendo sus diestras, les dijo con ese acento solemne, lleno de unción y magestad, éco del alma que solo vibra en los que ya no pertenecen al mundo:

—Sed felices, y Dios bendiga vuestra union, Amaro, hazla muy dichosa: Lia, quiérele mucho.... Toda mi fortuna es vuestra.... Asi lo dispongo en mi testamento.... Hermano mio, Lia, ¿me perdonais ahora?....

—¡Sí, contestó Amaro sin permitirle terminar la frase y estrechándole con transporte entre sus brazos; si, hermano mio; sí, y vive para coronar nuestra felicidad!....

Hubiérase dicho que solo aguardaba este perdon el moribundo para romper el débil lazo que le ligaba á la tierra; tendió á Lia la siniestra mano; estrechó con la diestra la de Amaro, inclinó el cuello sobre su hombro, y en el mismo momento en que el sol tocaba en su ocaso, la tarde del 28 de Febrero de 1827 volaba ante el tribunal de Dios el alma del que fué en el mundo D. Alvaro María de Abreu, noveno conde de Itapeby.

CARAMÜRÜ



Elie Duteil, inv. lit.

Tegdomiro Real y Prado editor.

Lit. SAN MARTÍN N.º 1.

Sed felices, y Dios bendiga vuestra union.

XIX.

Epílogo.

Amaro, reconocido como hijo del conde de Itapeby y nombrado por el gobierno provisorio general efectivo en recompensa de sus eminentes servicios, pasó á la capital, y se unió á Lia seis meses despues.....

No intentaremos profanar su ventura queriendo describirla. Dichosos cuanto es posible serlo en este miserable globo sublunar, diremos únicamente que si la felicidad existe, ellos la encontraron en la tierra sin duda.

Rodeado del prestigio y consideracion que da la gloria legítimamente conquistada; respetado, querido y admirado de sus conciudadanos, amado de una mujer jóven, bella, de talento, y dueño de una fortuna pingüe, ¿qué mas podía pedirle á Dios?... Sí en eso no consiste la felicidad, es sin disputa á todo lo que nos es dado aspirar razonablemente.

Por nuestra parte, deseamos á nuestras lectoras un marido tan apasionado, tan noble y tan digno de ser querido como Amaro, y á nuestros lectores una compañera tan bella, tan pura como Lia, y no añadimos tan rica, porque eso se sobreentiende, viviendo en un siglo tan prosáico y calculador como el nuestro.

En cambio de estos buenos deseos, al decirnos *adios*, caros leyentes, solo nos atrevemos á pedirnos una buena dosis de indulgencia para todo lo que no os haya agradado en el curso de nuestra historia. Si en esta ocasion no hemos acertado á complaceros dignamente, tal vez en otra lo alcanzaremos. Por eso el autor confia en vuestra benevolencia.

FIN.

NOTA.—La calificacion de *histórica* dada en el título á esta novela, es puramente nuestra; pues no se encuentra en el ejemplar que nos ha servido para la reimpresion. A pedido del autor, hacemos esta advertencia.

Teodomiro Benl y Prado.

INDICE DE CARAMURU.

	Página.
Carta de D. Rafael Maria Baralt.....	v
Juicio crítico por D. Francisco Orgaz.....	vii
Advertencia	xvii
Capítulo 1º. El rapto.....	1
“ 2º. Puñaladas	11
“ 3º. Cien mil patacones... ..	23
“ 4º. Lia Niser.....	37
“ 5º. El Yacaré... ..	51
“ 6º. Amor virgen	63
“ 7º. La guarida de Amaro.....	77
“ 8º. El Tubichá.....	89
“ 9º. Añang	99
“ 10º. Vértigo	111
“ 11º. El cambueta.....	123
“ 12º. Protector y protegido.....	137
“ 13º. Las carreras.....	149
“ 14º. La montonera.....	161
“ 15º. Todo por ella.....	171
“ 16º. Venganza de un gaucho	181
“ 17º. La batalla de Ituzaingó... ..	197
“ 18º. Revelaciones.....	207
“ 19º. Epílogo.....	215

PLANTILLA

Para la colocacion de las láminas.

		Página.
Lámina	1ª. Portada.....	III
“	2ª. Partió á galope hácia el monte cercano y á poco se perdió entre su lóbrego ramaje.....	9
“	3ª. ¡Me ha muerto! ¡Voto al! fueron las únicas palabras que pronunció al caer sin vida.....	18
	4ª. El gefe de los montoneros por única respuesta se atusó el bigote.....	100
	5ª. Dormía la encantadora jóven con la calma de la virtud y el abandono de la inocencia.....	115
	6ª. ¡Oh! ¡El cielo le protege! replicó Lia trocando sus lágrimas de pesar en otras de gozo.....	167
•	7ª. Sed felices, y Dios bendiga vuestra union.....	214
